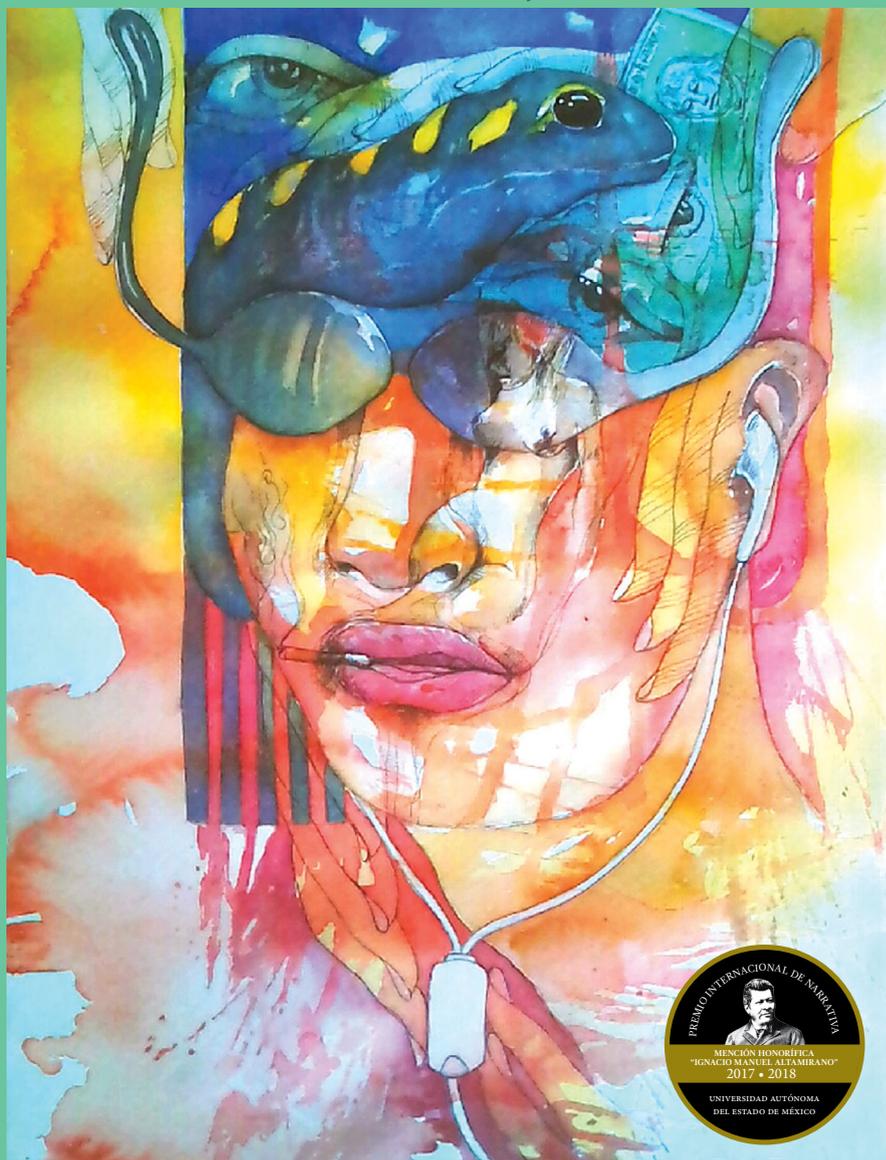


EDUARDO  
VILLAGRÁN

# DONDE COME UNO, COMEN DOS





Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca  
Rector

M. en S.P. María Estela Delgado Maya  
Secretaría de Docencia

Dr. en C.I. Carlos Eduardo Barrera Díaz  
Secretario de Investigación  
y Estudios Avanzados

Dr. en C.S. Luis Raúl Ortiz Ramírez  
Secretario de Rectoría

Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz  
Secretario de Difusión Cultural

M. en C. Jannet Valero Vilchis  
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez  
Secretario de Administración

Dr. en C.C. José Raymundo Marcial Romero  
Secretario de Planeación  
y Desarrollo Institucional

M. en L.A. María del Pilar Ampudia García  
Secretaria de Cooperación Internacional

Dra. en D. Monica Marina Mondragón Ixtlahuac  
Secretaria de Cultura Física y Deporte

Dra. en D. Luz María Zarza Delgado  
Abogada General

Lic. en Com. Gastón Pedraza Muñoz  
Director General de Comunicación Universitaria

M. en R.I. Jorge Bernaldez García  
Secretario Técnico de la Rectoría

M. en A.P. Guadalupe Santamaría González  
Directora General de Centros Universitarios  
y Unidades Académicas Profesionales

M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla  
Contralor





Donde come uno,  
comen dos

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS  
*Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México*

*Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca*  
Rector

*Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz*  
Secretario de Difusión Cultural

*M. en A. Jorge E. Robles Álvarez*  
Director de Publicaciones Universitarias

Comité organizador del 15º Premio Internacional de Narrativa  
“Ignacio Manuel Altamirano”

José Edgar Miranda Ortiz  
Gabriela E. Lara Torres  
Alicia Gutiérrez Romo

*Jurado*

Laura Martínez Belli, España  
Jaime Mesa, México  
Antonio Ortuño, México

Eduardo Villagrán

DONDE  
COME UNO,  
COMEN DOS



**Universidad Autónoma del Estado de México**

*“2018, Año del 190 Aniversario de la Universidad Autónoma del Estado de México”*

Primera edición, septiembre 2018

*Donde come uno, comen dos*

Eduardo Villagrán

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia de *Creative Commons* Reconocimiento 4.0 Internacional. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Villagrán, Eduardo (2018), *Donde come uno, comen dos*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN: 978-607-422-974-5

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*

## PRESENTACIÓN

Por decisión del jurado calificador del Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, organizado anualmente por la Universidad Autónoma del Estado de México, en esta decimoquinta edición se ha concedido una mención honorífica al escritor guatemalteco Eduardo Villagrán, por su novela *Donde come uno, comen dos*.

En el dictamen emitido por los escritores Laura Martínez Belli, de España, y Jaime Mesa y Antonio Ortuño de México, se ha ponderado sus evidentes méritos para distinguirlo con su publicación e incluirla en el catálogo editorial de este certamen que honra al autor de *Clemencia*, *La Navidad en las montañas* y *El Zarco*.

La obra es una mirada a los rituales de iniciación para cierta juventud centroamericana que debe afrontar violencia, consumo y distribución de narcóticos, cárcel y otros riesgos propios de la marginación. Son jóvenes que, para supervivir, deberán elevar la apuesta existencial y expatriarse hacia Norteamérica y Europa. En paralelo, la historia se observa con el alegre desenfado de quienes también se inician en el amor, la amistad y las traiciones.

Los propósitos académicos del Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” se cumplen al integrar a su índice la obra de Eduardo Villagrán, un aporte auténtico desde la literatura para comprender las relaciones Norte-Sur del mundo actual.

Dr. Alfredo Barrera Baca  
RECTOR

Por ser hombre de la calle siempre me he creído el muy gallito y pensé que si me agarraba la policía iba a aguantar cualquier tortura, pero en cuanto me aplicaron los primeros toques eléctricos me puse a cantar como un pajarito. Al menos tuve la presencia de ánimo de no soltar nada que en verdad pudiera comprometer a mis amigos y además que ni siquiera sé dónde están. Aún así, me di cuenta de lo efectivo que puede ser el más estúpido método de tortura, sobre todo cuando lo agarran a uno desprevenido.

Los primeros días, estos carceleros, hijos de la gran puta, no me pusieron un solo dedo encima. Vinieron a interrogarme un par de veces y luego me llevaron a la oficina de la Administración a llenar unos formularios, pero hoy sábado como que se les acabó la paciencia, los presionaron sus jefes o amanecieron de malas porque desde temprano oí sus pasotes por el corredor. Abrieron mi puerta de mal modo, me agarraron de los brazos y me llevaron casi arrastrado a un cuartito allí abajo en el sótano.

Cuando abrieron la puerta, una bombilla eléctrica amarillenta cubierta de cagadas de mosca se columpió. Me sentaron a empujones en una silla metálica pintada de gris, me amarraron al respaldo y las patas con cinta adhesiva gruesa y volvieron a salir. Yo me quedé muerto de miedo, imaginándome lo peor, repasando todo lo que me habían estado preguntando, decidido a aferrarme a la historia de que el martes yo había llegado al apartamento de Hugo Matías sólo porque me ha-

bían dicho que él vendía celulares baratos y no porque tuviera nada qué ver con el negocio de los celulares pirateados.

El más bajito de los dos apareció por la puerta, dándole vueltas a un cable eléctrico como si fuera un chicote; el más alto balanceaba en sus manos un balde plástico lleno de agua. Me quitaron los zapatos, me metieron los pies en el balde de agua fría y conectaron el cable a un tomacorriente. Yo los miraba tan campantes que ni siquiera me asusté, hasta que uno de ellos se me acercó por detrás y me metió las puntas del alambre en los oídos.

Yo pegué un grito y casi me meo. Me dieron otro toque y esta vez sí me meé. El que estaba detrás se pasó frente a mí, sosteniendo una punta de alambre en cada mano.

—Bueno, hijo de la gran puta. ¿Nos vas a decir lo que te hemos estado preguntando o nos vas a hacer gastar luz? Mirá que está cara—. Los ojos se le iluminaron, al tiempo que me acercaba las dos puntas de alambre pelado. Yo moví la cabeza para un lado.

—Sostenémelo vos Tolo, por vida tuya.

El más alto se me acercó y me agarró de las dos orejas.

—¡No muchá,<sup>1</sup> hombre! Espérense, no es para tanto. Les voy a decir todo lo que sé, pero por favor tranquilos.

—Danos los nombres de los que estaban metidos en el negocio de los celulares, pues. Apurate, porque a mí ya me entraron ganas de oírte gritar.

—¡Entonces desamárrenme o por lo menos sáqueme los pies del agua, cabrones!

Con una risotada, Tolo me sacó los pies de la palangana y la empujó para un lado con el pie.

—¿Quiénes eran los del negocio de los celulares y dónde están, pues?

---

<sup>1</sup> Apócope de muchachos (N. del ed.).

—Hugo Matías, Reinaldo Pérez y Rodney Samper, pero yo no tengo ni idea de dónde están. Cuando llegué al apartamento de Hugo Matías ya los de la Secreta estaban allí.

—¿Y cuál era tu parte en el negocio? ¡Hablá, pues! —Marvin me dio un chicotazo en la cara con el alambre.

—Yo era el encargado de vender los planes de arrendamiento. Iba a ver a los clientes, les ofrecía el servicio y si estaban interesados me daban un depósito y yo les entregaba su celular.

Seguimos así como una hora. Me preguntaron cuánto dinero se manejaba y yo les dije que no sabía; que cuántos vendedores había y les dije que formales sólo yo; que a qué otros negocios se habían metido los demás vecinos y les dije algunas cosas sobre lo que se estaba haciendo en el multifamiliar Costa Alegre II. Volvieron al tema de los celulares y tuve que confesarles que llegaba al apartamento de Hugo Matías casi todos los días.

Cuando me trajeron de regreso aquí, saqué de debajo de la banca el cuaderno que me trajo Ambrosio. Al tenerlo en mis manos sentí un hormigueo de gratitud. Voy a apuntar todo lo que les diga a estos hijos de puta para no caer en contradicciones y de una vez puedo llevar un diario para no volverme loco, encerrado en esta celda.

La tarde que me capturaron pasó algo raro. Con mis socios teníamos la consigna de avisarnos si alguien se enteraba de que nos iba a pasar algo malo y todos teníamos buenos celulares y los manteníamos activos, así que algo sucedió. A alguien no le dio tiempo de avisarme o quizá tuvo problemas con su celular, no sé.

Pensándolo bien, mis tres socios tenían razones para hacerme una mala jugada. Hugo estaba molesto conmigo desde que me descubrió quedándome con el efectivo y entregándole

papeles nada más, o sea sólo nuestras facturas y pagarés. Reinaldo me agarró mala tasa<sup>2</sup> desde la vez que lo descubrí planeando transar una escultura robada del Museo de Arqueología, en contubernio con Joaquín. El negro Samper tal vez se enteró de la vez que seguí a Yolanda hasta su apartamento y le robé un beso, aunque ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón. Ninguno de estos tres clavos me parece justificación suficiente como para que me hayan dejado caer en las manos de la policía, pero uno nunca sabe.

El día en que me agarraron yo había llegado al multifamiliar como a las cuatro de la tarde. Me extrañó no encontrar gente en las gradas porque los vecinos las usan como sillones y se ponen a platicar en ellas y los niños a jugar. Subí hasta el tercer piso, toqué la puerta del apartamento de Hugo y ésta de inmediato se abrió. Sin darme tiempo a reaccionar, dos tipos toscos e insolentes me agarraron de los brazos y me jalaron para adentro, mentándome la madre.

La sala de Hugo estaba patas arriba; papeles tirados por el piso, cojines levantados, sillas volteadas, lámparas en el suelo. Me amarraron de pies y manos con cinta gruesa, me pusieron otra tira en la boca, me llevaron a empujones al baño y cerraron la puerta con llave. Yo me quedé sentado en el inodoro, cagándome de miedo, pero al oírlos hablar me di cuenta de que sólo estaban esperando a ver si llegaba alguien más para también capturarlo y eso me tranquilizó.

Los oí registrar el taller de Hugo, caminar de un lado a otro, hablar en voz baja, trastear cosas, soltar risotadas, abrir y cerrar la refrigeradora, destapar latas, regresar a la sala, aplastar las latas vacías con los zapatos, ir otra vez a la refrigeradora, sacar más. En cierto momento me entraron ganas de orinar, pero como tenía las manos amarradas detrás de la espalda era imposible bajarme el zíper y me tuve que aguan-

<sup>2</sup> “Mala fe”, “mala vibra” (N. del ed.).

tar. Apretaba los dientes y sentía la boca tan seca que se me pegaba la lengua al paladar.

Al final de la tarde llegaron a sacarme. Un par de vecinas que estaban sentadas en las gradas pusieron caras de circunstancias al vernos pasar, vieron para otro lado. Al salir a la calle me llevaron a la parte de atrás del edificio, donde habían escondido un *pick up* tipo perrera, de esas que tienen una celda en la palangana y me metieron atrás.

Salimos cuesta abajo a toda velocidad. Los hoyos y zanjas hacían que la perrera fuera saltando y yo somatándome<sup>3</sup> contra las paredes. Al llegar a la carretera principal, el *pick up* dobló a la izquierda y por la ventanita pude ver a un caballo que se nos había atravesado, huyendo despavorido, levantando las patas en el aire. El *pick up* patinó, se fue entre la cuneta, dio vuelta con un ruido feo y yo caí contra un costado de la jaula.

Todo se quedó quieto. Sólo oía crujidos metálicos y quejidos provenientes de la cabina. Uno de los policías hablaba a gritos y el otro se quejaba. Me arrastré hasta la puerta y la zarandé para ver si se había abierto, pero no.

Grité y apareció por la ventanita la cara asustada del detective que iba de chofer. Con voz regañona y aliento a cerveza, me dijo que hiciera sho<sup>4</sup> y me estuviera quieto. Regresó a la cabina y lo oí hablarle al otro detective; después habló por su celular, a gritos y entre acezados.

Al poco rato llegó otra perrera. Oí al chofer decir que ellos no llevaban puesto el cinturón de seguridad y que él se había logrado agarrar del timón, pero que su compañero se había somatado la cabeza contra el vidrio. Llegó una ambulancia. Metieron al herido, prendieron la sirena y arrancaron rechinando llantas. La puerta de atrás se abrió y el chofer me trasbordó a la otra perrera, con la ayuda de un policía unifor-

<sup>3</sup> Golpeándome (N. del ed.).

<sup>4</sup> Hacer sho quiere decir callarse (N. del ed.).

mado. Se vinieron manejando despacio para acá para la cárcel del puerto, como si ahora de algo les fuera a servir.

El otro detective llegó muerto al hospital, nos dijeron al entrar a la recepción.

Personal de la cárcel me trajo a esta bartolina, que tiene tres metros de largo, dos de ancho y tres de alto. Arriba hay una ventanita con barrotes por donde entra olor a mar, o sea que debe dar a la bahía. Sobre el dintel de la puerta hay una bombilla eléctrica y en un rincón un desagadero con una rejilla donde a uno le toca mear y cagar. A lo largo de la pared del fondo hay una banca de cemento de medio metro de ancho, que sirve de cama.

Manfredo y Ambrosio vinieron a visitarme al día siguiente de que me agarraron, pero no me dejaron verlos. Ayer volvieron a venir y esta vez sí me llevaron a la sala de visitas. En un descuido de los guardias, Ambrosio me pasó este cuaderno y el lapicero, y yo me los metí entre la camisa. Hablando en voz baja, Manfredo me dijo que iban a encontrar la forma de sacarme de aquí. También, que Hugo, Reinaldo y el Negro desaparecieron desde el día en que me agarraron y no se ha vuelto a saber nada de ellos. Yo les pregunté si no habían dejado nada para mí, algún mensaje o algún dinero, pero ellos sólo movieron la cabeza. Manfredo me preguntó que dónde me tenían y yo le dije que en el ala reservada a los prisioneros de alta peligrosidad, aunque hasta el momento yo no haya matado ni a una mosca.

Ambrosio me vino a visitar porque se siente seguro. Su papá es un arqueólogo peruano que trabaja para el gobierno. Manfredo también se siente seguro porque trabaja en la empresa turística estatal. Ninguno de los demás vecinos se atrevería a venir a verme porque todos se sienten choteados y por nada del mundo se vendrían a meter a la boca del lobo.

Al principio yo también estuve de acuerdo con el autogolpe del presidente Cepillo y su llamada revolución pacífica. No me importó que se hubiera limpiado el culo con la Constitución porque por primera vez se miraba a alguien con ganas de hacer algo bueno por el pueblo. Nacionalizó los servicios públicos, expropió algunas tierras, canceló un par de contratos de minería e intervino algunas industrias estratégicas, pero esto lo hizo quedar mal con los ricos y los banqueros y al país le echaron chibola<sup>5</sup> negra. Le hicieron bloqueos económicos, le cerraron mercados y financiamientos y pusieron restricciones al cambio de moneda, de manera que se hizo imposible conseguir cartas de crédito y todas esas cosas que los ricos usan para hacer sus negocios internacionales. La gente también se atuvo a que ya tenía la comida y el techo asegurados y se peló la verga en vez de trabajar. Las cosas fueron empeorando y al final hasta el mismo presidente tiró la toalla y se dio lujos que nunca antes había tenido y que el país no podía aguantar. Los programas de ayuda se fueron acabando y la gente volvió a estar igual o peor que antes. Esto nos obligó a reaccionar y ahora en todas partes, no sólo en nuestro multifamiliar, todo el mundo anda viendo qué hace para conseguir un poco de dinero.

Los del multifamiliar Costa Alegre II éramos los mejor organizados; ahí se pusieron en práctica las mejores ideas. Ahora, ya con los de la policía secreta encima, se debe haber vuelto mucho más difícil, pero sería iluso pensar que mis vecinos hayan tirado la toalla. Los gobiernos, ya sea capitalistas o socialistas, revolucionarios o conservadores, deben entender que cuando a la gente se la está llevando la gran puta no se va a quedar con los brazos cruzados; siempre va a encontrar formas para tratar de vivir mejor que los perros, que sólo tienen asegurada la comida y el techo.

---

<sup>5</sup> Pelota pequeña (N. del ed.).

Les pedí de favor a Manfredo y Ambrosio que hablaran con la esposa de Hugo Matías o con la mamá del Negro para ver si no habían dejado algo para mí. En nuestro negocio ganamos mucho dinero y teníamos una reserva para utilidades, aunque en los últimos tiempos la mayor parte era en forma de nuestras propias facturas y pagarés, que la gente dio en usar como dinero. Yo tenía lo mío guardado en la gaveta de mi mesa de noche, no sé qué habrán hecho los demás con lo suyo, pero estoy seguro de que estarán de acuerdo en que algo de nuestras reservas sirva para sacarme de aquí.

Ninguno de los tres podría haberse llevado todo su capital porque nuestras facturas y pagarés sólo circulan en el puerto y de nada les servirían en otra parte. Se habrán podido llevar sólo lo que tenían en efectivo. Ahora que el negocio de los celulares pirateados se vino abajo habría que ver si la gente sigue aceptando nuestras facturas y pagarés.

Cuando algo para mal, uno siempre termina hablando de dinero.

El multifamiliar Costa Alegre II queda hasta la punta de una loma. Es el primer lugar donde se va el agua y el último a donde vuelve a llegar. Hace poco más de un año se reventó el tubo de salida de la torre de almacenamiento. Lo fuimos a ver y el torrente brotaba como una catarata inundando todo el patio de la torre y la calle de enfrente. Los encargados remendaron el tubo pero el chapuz no aguantaba con tanta presión y los que vivíamos hasta arriba seguíamos sin recibir una sola gota.

Como al tercer día se apareció por nuestro multifamiliar el negro Tomás jalando una carretilla de mano con un tonel de agua. Preguntó por el negro Samper diciendo que había sido amigo de su papá. La noche anterior, el Negro se había ido de parranda y bajó las gradas en calzoncillo, todavía medio dormido y con la cara brillante. Tomás ofreció venderle el tonel en diez dólares, Samper le dijo que para qué demonios quería él un tonel de agua y Tomás le dijo que hiciera una colecta y lo compartiera con los demás vecinos.

Reinaldo iba saliendo y al oír la plática dijo que él ponía el dinero siempre y cuando el Negro se lo reembolsara ese mismo día. Con la ayuda de Juan Tadeo bajaron el tonel y lo metieron al apartamentito debajo de las gradas del edificio que sirve de guardianía. Reinaldo y Samper les ofrecieron agua a los vecinos que vivían cerca y a sus conocidos, se regó la voz y muchos fuimos saliendo con nuestros botes, tambos y ollas. Unos pagaban de una vez y otros quedamos de pagar más tarde.

Tomás preguntó si queríamos que nos siguiera llevando y Reinaldo y Samper no supieron qué decir. Quedaron de preguntarles a los demás y propusieron que nos juntáramos esa misma noche en la terraza del apartamento de Reinaldo, así los que faltaban ponían su parte y de una vez decidíamos si se pedía otro tonel.

Además de Reinaldo, Samper y yo, esa noche llegaron Susana, Justa y Teresa, Ambrosio, Manfredo, Yolanda, Damaris, don Raúl, Hugo Matías, Simón, Juan Tadeo, Ricardo y Marlene. Se habló del problema del agua, se juntó el dinero y se decidió que se le pidiera a Tomás un tonel de agua en días alternos, mientras se restablecía el servicio. La noche estaba tibia y estrellada, Reinaldo había sacado unas sillas plásticas para las mujeres y todos los demás nos sentamos en el suelo. Se acabó el tema del agua y seguimos hablando de otras cosas. Justa había llevado unos tamalitos de masa y Manfredo bajó a su apartamento a traer una botella de ron que había comprado en uno de sus viajes a Walís.

—Bueno, pues, Reinaldo. Vaya a sacar la guitarra—. Dijo el negro Samper cuando hubo una pausa en la conversación.

—¡Ah, puta! ¿Vos creés que estás en la tienda de doña Chona para pedir gustos?

El Negro hizo una mueca de desagrado y se oyeron murmullos. Muchos dijimos que queríamos oír tocar al Negro y le rogamos a Reinaldo. Poniendo cara de estafado entró a sacar su guitarra. Es una española y la mantiene guardada en un estuche negro forrado de felpa azul. Casi nunca la saca ni le gusta prestarla, mucho menos al Negro, quien se mantiene con la ropa y las manos sucias.

El Negro la sacó sin contemplaciones, se limpió las manos con el pantalón, afinó y arrancó con una canción vieja que sólo Susana, Justa y Juan Tadeo se sabían. Los demás llevamos

el ritmo palmeando. Mientras la botella de Manfredo pasaba de mano en mano, el Negro tocó otra canción alegre y otra más. Cuando se acabaron los tamalitos, Susana bajó a traer una quesadilla partida en trozos y Ambrosio fue a su apartamento a traer una botella de pisco, un trago peruano raro, pero a esas alturas ya no estábamos para melindres. Seguimos así hasta que se acabó la comida y el guaro y la noche se comenzó a enfriar.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer para pagar el siguiente tonel? ¿Nos juntamos otra vez el sábado para dar el dinero, Reinaldito?

—El sábado tengo un compromiso, Susana, mejor lo pongo yo y hacemos la colecta el lunes en la noche.

—Lunes es mal día. ¿Tú no nos aguantarías hasta el martes? A mí me va a caer un dinero y tal vez podría traer una botella.

—¿Quién te puede decir a ti que no, Yolanda bella? Dejémoslo para el martes pues, pero ya para entonces van a ser dos toneles.

El martes nos terminamos la botella de Yolanda y yo bajé a mi casa a sacar una de Farolazo que mi papá tenía guardada desde hacía rato. Es un vino dulzón y empalagoso y cuando nos lo acabamos me entró sueño y me fui a dormir. Mi papá todavía debe andar por la Centenaria. Unos días antes de que me agarraran lo habían mandado para allá con todo y mi mamá y mi hermanita y como no tienen celular ni siquiera se han enterado de que estoy aquí.

Nos juntamos en la terraza para hablar del agua un par de veces más. En cierto momento alguien mencionó la situación que todos estábamos viviendo, de mantenernos siempre sin plata y aguantando toda clase de privaciones. Damaris, a quien yo siempre había considerado una chava bonita y pizpi-

reta pero con la cabeza hueca, dijo entonces algo que me sorprendió. Con su voz ronquita y sexy dijo que nos metiéramos a algún negocio todos juntos, que nos podríamos ayudar unos a otros, que la unión hace la fuerza, que un solo leño no arde y cosas por el estilo.

Se armó una discusión entre los que preferían hacer las cosas por su lado y los que querían hacerlas en grupo, pero nadie cuestionó la idea de montar negocios aunque fueran ilegales con tal de mejorar nuestra situación. Al final quedamos de volver a hablar del tema en la siguiente reunión. Bajando las gradas esa noche sentí una energía especial en el cuerpo. Con su intervención, Damaris se había lucido y además me pareció que se estaba abriendo una rendija en nuestra cárcel financiera. A partir de ese momento me mantuve bajo un embrujo del cual no me liberé hasta que vine a amanecer encerrado en esta celda, acostado en una banca de cemento.

Cuando por fin vino el agua, Susana nos recordó que habíamos quedado de seguirnos juntando y propuso que lo hiciéramos el siguiente jueves. El papá de sus hijos se hizo ciudadano gringo y se llevó a los niños a estudiar allá. Como ahora vive sola es materia dispuesta para cualquier reunión. Tiene como cuarenta y cinco años y está todavía bastante potable. Siempre anda con collares y pulseritas de cuentas y conchitas que ella misma hace para venderles a los gringos que vienen en los cruceros y eso la hace verse más juvenil todavía. Yolanda está más que potable: es un culazo. Tiene veintiocho años y es actriz de la televisión nacional. Cuando vienen dignatarios extranjeros la contratan como edecán y eso pone a su novio, Joaquín, para balazos. Damaris es estilista de belleza y anda siempre bien peinada y maquillada. Con esas tres mujeres era más que suficiente para que yo fuera a una reunión sin que hiciera falta hablar de negocios.

Esa noche soplaba un viento fresco. Nubes aclaradas por una luna escondida atravesaban rápido el cielo. En la vecindad de nuestro edificio casi no hay postes de luz y todo se mantiene oscuro. El foquito de veinticinco vatios que está sobre la puerta de la cocina de Reinaldo ilumina como si fuera una chenca de puro.

Nos acomodamos, nos pusimos al día y bromeamos mientras daba la vuelta una botella de ron Tata Kiao y un plato de cuarterones de tortillas con frijoles.

—Bueno, ¿quiénes faltan? Comencemos ya porque no tardan en venir los demás.

Damaris habló lo más alto que le daba su voz ronca. Tenía puesta una blusa escotada y el pelo negro le caía en gruesos canelones a ambos lados de la cara. Yo sentí una rica distensión entre las piernas pero en eso noté su expresión seria y sus cejas juntas.

—Como yo fui la que propuso que nos juntáramos si quieren empiezo yo—. Todos estuvimos de acuerdo—. Pues bueno; desde la última vez que nos reunimos di los primeros pasos y puse un salón de belleza ahí mismo en mi apartamento. Algunas ya lo fueron a conocer. De momento estoy usando un sillón corriente y palanganas para lavar el pelo, pero en cuanto pueda compro una silla reclinable y un lavatorio profesional—. Sonreímos y asentimos. Las mujeres que ya lo habían ido a conocer comentaron entre ellas.

—Cuando decía que nos podemos apoyar unos a otros me refería a que por ejemplo vos Negro, que te mantenés en el puerto, podrías conseguirme champús y cosméticos en los barcos. Yo te daría una comisión y así ganarías algo vos también.

—Yo con gusto mi negra, pero el que más se mantiene en el puerto es aquel.

Sin sacarse las manos de las bolsas Samper apuntó su bamba<sup>6</sup> en mi dirección.

—Por supuesto, sólo decime qué clase de cosas querés—. Damaris me lanzó una mirada rápida.

—Bueno, yo sólo quería dar un ejemplo. Ahora que hable alguien más, cualquiera que tenga una idea de negocios—. Se oyeron suspiros.

—Pues ideas hay muchas, mi niña. Lo difícil es ponerlas en práctica. Yo por ejemplo hago collares y pulseras, los vendo cuando viene un crucero y ahí paró la cosa. Sé que también podría venderlos en la capital, en la Rancia o hasta mandarlos a Walís, pero nunca me he preocupado por organizar la parte de las ventas.

—Manfredo podría llevártelas a Breathingrock o Walís y Bernal aquí te puede ayudar a venderlas en el puerto.

Seguimos hablando del negocito de Susana. Luego tomó la palabra Ricardo y dijo que a él también le gustaría ampliar su consultorio médico ilegal. Por último se habló del negocio de CDs pirateados de Simón, pero nadie salió con ninguna idea nueva. Cuando se agotó el tema el negro Samper le pidió la guitarra a Reinaldo, éste se hizo del rogar antes de entrar a sacarla y entre pláticas, tragos y canciones se acabó la noche.

Ayer apagaron la luz cabal cuando iba a escribir algo interesante, pero lo que pasó después fue más importante aún. Yo me había quedado acostado en la banca a oscuras, mirando el techo, desnudo y sudando sin poder dormir del calor. La noche estaba despejada; no se oía lluvia ni retumbos ni se veían relámpagos por la ventana. A lo lejos sonaba la música alegre de las cantinas del puerto. De repente, el interior de mi celda se iluminó con una luz amarillenta. La luz se apagó y se volvió a encender, se quedó prendida un segundo y se volvió a apagar.

---

<sup>3</sup> Boca carnosa (N. del ed.).

¡Parecía como si alguien me estuviera mandando señales con una linterna!

Se me figuró que alguno de mis amigos estaba tratando de comunicarse conmigo desde una lancha anclada en la bahía y eso me llenó de felicidad. Me levanté de un brinco y busqué como loco alguna forma de responder. La ventanita está muy alta y por más que salté sobre la banca no la pude alcanzar, sólo logré tirar un trapo para medio tapparla cada vez que aparecía la luz, así por lo menos notaban que me estaba dando cuenta.

La luz dejó de relampaguear y todo se quedó más oscuro que antes. Me imaginé que el amigo, tal vez Manfredo, se había ido a atracar al muelle municipal y después caminó hacia el multifamiliar Costa Alegre II, parando en el camino a comprar una cerveza. Lo primero que voy a hacer cuando salga de aquí es irme a tomar una cerveza bien fría.

Eran pasadas las diez cuando las señales comenzaron. A esa hora ya no hay guardacostas en la bahía y ya están apagadas las luces aquí. Si los lamparazos se repiten es que alguien me está mandando señales. Para responderles podría conseguir una candela y tappar y destappar mi ventana con un cuadro, un afiche o hasta un pedazo de madera o cartón. Pero no, mi mente está divagando. Lo más seguro es que fue una casualidad porque a cuenta de qué mis amigos van a saber cuál de todas las ventanas de esta cárcel es la mía.

Antes de que pasara todo esto iba a contar que aquella noche en la terraza Damaris me dijo que eso de conseguirle cosas de belleza iba en serio. Le pregunté qué clase de cosas y me dijo que champús, acondicionadores, jabones, cremas, perfumes, cualquier cosmético porque lo que no pudiera usar en su salón se lo podría vender a sus clientas. Me sugirió que le subiera a todo un diez por ciento, así ganábamos los dos.

A mí me emocionó que nos hiciéramos socios, pero mientras ella hablaba no podía evitar que mis ojos se desviaran cada rato hacia su escote. Con la cabeza le decía que sí pero mi mirada traicionaba mis verdaderas intenciones. Juro que lo primero que voy a hacer cuando salga de aquí es llevarme a Damaris al apartamento de Reinaldo, abrir la puerta con un alambre y coger con ella hasta que a los dos nos duelan los huesitos del pubis.

La siguiente vez Teresa pidió la palabra. Por ser profesora de ingeniería en la subsele del Centro Universitario de Oriente ella sabe mucho de cosas como la energía eléctrica y la energía mecánica. Nos dijo que su idea era fabricar licuadoras a pedal, lo cual no era nada nuevo y ya se había hecho en otras partes, pero que estaba segura de que aquí en el puerto iban a ser un hit porque todo el tiempo se está yendo la luz y a la gente le encantan los licuados, por el calor y por lo mucho que abundan las frutas. Las señoras de los puestos callejeros consiguen corriente en alguna casa y sacan extensiones hasta la acera, mientras que con una licuadora a pedal les iba a salir más barato, las podrían instalar en cualquier parte y sólo tendrían que poner a algún patojo a pedalear.

A todos nos pareció una excelente idea. Teresa dijo que el siguiente paso era armar un prototipo, para lo cual hacía falta conseguir una licuadora y una bicicleta, aunque estuvieran en mal estado. Para lanzar el negocio en grande había que convencer primero a las señoras de cambiar sus licuadoras eléctricas por las de pedal.

Cuando terminó de hablar, Teresa miró a Reinaldo y éste dijo que le parecía una excelente idea. Teresa se ruborizó y sonrió porque ha estado enamorada de él desde siempre, pero él no le hace caso por considerarla demasiado gorda. Además a Reinaldo le sobran mujeres por ser profesor en la escuela

de Bellas Artes y encima guitarrista, con lo cual engatusa a sus alumnas y a alguna que otra turista que llega al museo de Bellas Artes, donde queda la escuela.

Después de Teresa pidió la palabra Hugo Matías, a quien yo tenía por un tipo serio y cortés pero no amable; con un modo cortante, seco, irónico y hasta un poco hosco. Preguntó si se podía hablar con toda libertad y miró de reojo a Simón, quien ya tenía rato de estar sentado en una de las sillas plásticas. Varios dijimos que sí y alguien comentó que Simón ya no trabajaba para el gobierno, sino que al contrario, tenía su propio negocio de CD pirateados, lo cual no pareció gustarle.

Hugo dijo que desde la noche en que Damaris había tocado el tema él había estado trabajando en un prototipo de celular abierto. Explicó que un celular era lo mismo que un radio transmisor y receptor, sólo que con códigos que le permitían identificar la señal de la torre y ésta a su vez identificar al aparato. Todo lo que había que hacer era encontrar la forma de que el mismo celular se reconfigurara al detectar la señal de la torre y que mandara una señal que la torre pudiera reconocer. Dijo que también era necesario reconfigurar el número de serie del equipo, el número de identificación del móvil y no sé qué otros códigos; que una vez que encontrara la forma de hacerlo habría que conseguir los aparatos, reprogramarlos y revenderlos, o bien arrendarlos para que la persona pudiera dedicarse a vender llamadas.

Todos nos miramos sin saber qué decir. A mí me sonó como un proyecto demasiado loco, pero también me sentía intimidado por los conocimientos técnicos de Hugo. El negro Samper rompió el silencio pidiéndole a Reinaldo que fuera a sacar la guitarra y éste entró a su apartamento refunfuñando. Teresa se fue detrás de él a sacar un par de sillas para ella y su mamá Justa, quien dijo que iba a bajar a su apartamento a

traer un par de botellas de vino de marañón del que ella misma hace. Yolanda se fue detrás diciendo que a traer una caja de galletas danesas que le habían regalado en el trabajo.

Yolanda regresó cuando el Negro estaba tocando *Tristeza*, a la que siguió *Insensatez* y por último *Brasil*. Después tocó *Toda la vida* y al llegar al pedazo de “hacerle trampas al orgullo” miró a Yolanda con ojos de pícaro. Después tocó *Burbujas de amor* y al llegar a donde dice “pasar la noche mojado en ti” su mirada se volvió de un deseo tan elemental como si se estuviera muriendo de sed y Yolanda fuera una granizada de tamarindo, su bamba entreabierta y sonriente, anaranjada y brillante.

Me llevaron otra vez al cuartito de allá abajo, me volvieron a meter los pies en el balde de agua fría, me bajaron el pantalón y sin mediar palabra me ensartaron el alambre en el canuto de la verga. Yo les gritaba que ya les había dicho todo lo que sabía, que no fueran tan pura mierda y que me dejaran en paz, pero ellos sólo movían las cabezas y se reían. Entonces me inventé un par de cosas nuevas acerca de los negocios y proyectos de nuestro multifamiliar.

Asustado y agotado como estaba aún, tuve el valor para decirles que quería hacerles una solicitud especial.

—Mirá para arriba vos hijo de la gran puta—, me dijo el más chaparro, al que le dicen Marvin. Yo miré para arriba y no vi nada especial.

—¿Por qué?

—¿Qué ves?

—El techo. Todo húmedo y despintado, lleno de liga verdosa. Un techo pura mierda.

—¿Así es el de tu casa?

—No, allá en el multifamiliar los techos están todavía bien pintados de blanco.

—¿Entonces? ¿Te das cuenta de que no estás en tu casa para estar haciendo solicitudes y mucho menos especiales, grandísimo cerote?

De todas maneras les eché el cuento de que al igual que ellos yo creía en Maximón porque ya me había hecho milagros; que cuando no le ponía sus candelas o sus cigarros siempre me pasaba algo malo; que el día en que me agarraron no se las había puesto y por eso había sido el único que cayó; además, que el *pick up* en que me traían tuvo un accidente donde murió un agente de la policía secreta. Al oír esto se vieron las caras, mestizos supersticiosos que son. Marvin me dijo que estaba bueno, que iban a ver si me autorizaban tener un cuadro de Maximón. Yo les dije que también quería prenderle candelas y cigarros pero ellos me dijeron que Maximón no era tan exigente y alagartado como nosotros los del multifamiliar Costa Alegre II y que se conformaba con cualquier muestra de respeto, por pequeña que fuera. El afiche me va a servir en caso de que vuelva a ver luces en la ventana.

Volviendo a aquella noche en la terraza, Simón había estado oyendo a Hugo Matías con mucha atención y en la primera oportunidad le preguntó si él también podía entrar al negocio de los celulares. Hugo puso cara de sorprendido, luego se puso serio y le dijo que todavía era demasiado temprano para hablar de sociedades; que él se iba a dedicar a la parte técnica y que cuando hubiera algo concreto se lo iba a presentar al grupo. Aunque hace ratos que lo despidieron de la policía secreta por tratar de abusar de la esposa de un capitán, Simón todavía no se ha logrado ganar la confianza de los vecinos.

La creación de esa policía secreta nos hizo darnos cuenta de que el presidente Cepillo se había terminado de corromper. Al principio actuó como todo un populista; siguió viviendo en su misma casa, mantuvo su mismo carrito, se quedó

con su misma mujer y hasta al estadio dicen que iba. Conforme sus reformas, medidas y locuras fueron fracasando se fue aislando cada vez más. Se dio lujos que nunca había tenido, se enconchó en su rosca de aduladores y al darse cuenta de que la gente se estaba poniendo inconforme creó esa policía secreta, la cual se dedicó primero a espiar, después a controlar y por último a chingar a la ciudadanía.

Estos carceleros me acusan de ser un inconforme, un materialista y un burgués, repitiendo como loros los eslóganes de los discursos del presidente Cepillo, pero es porque forman parte del gobierno y tienen privilegios especiales. Los que no los tenemos vivimos como animales enjaulados hasta que algunos encontramos el camino de la libertad financiera. Ahora me doy cuenta de que la libertad física es más importante: estar donde uno quiere, con quien quiere y hacer lo que le da la gana aunque sean las mismas cosas de siempre. ¿Entonces, por qué luchamos tanto por hacer realidad nuestras ideas de negocios cuando teníamos toda la libertad física del mundo?

En la carrera de comunicación social uno sólo puede trabajar haciéndole propaganda al régimen del presidente Cepillo. Se acostumbra repetir como loro todo lo que dicen y hasta la forma de hablar de los voceros del gobierno y ésta se vuelve otra forma de encarcelamiento, pues a fuerza de repetir sus muladas uno para pensando de acuerdo con la mentalidad oficial. Como yo nunca trabajé en mi carrera y al único negocio que me he metido fue al de los celulares pirateados sigo pensando y escribiendo lo que me da la gana.

Estos carceleros están igual de pisados que uno pero se sienten superiores porque una vez al mes les dan pases para ir al turicentro Cayos Belcebú y una vez al año al del Icacal. Además tienen un comisariato donde pueden comprar *güisqui* importado, conservas enlatadas, jabones gringos y galletas

Donde come uno, comen dos

danasas. Eso los hace sentirse privilegiados y les basta para mantenerse perros fieles al gobierno. La clave de todo régimen político es repartir huesos.



Las reuniones por el problema del agua le cambiaron el ritmo de vida a nuestro multifamiliar. Seguíamos igual de pobres, comiendo las mismas cosas, poniéndonos las mismas ropas y caminando a pie pero algo cambió. El sólo pensar en meternos a negocios aunque fueran ilegales nos llenó la cabeza de pajaritos e hizo retoñar nuestras esperanzas. Por primera vez desde que le perdimos la fe al gobierno del presidente Cepillo se veía una luz al final del túnel y aunque todas nuestras ideas estaban en pañales cada semana se hablaba con entusiasmo de los pequeños y grandes avances en cada una. Los que ya estaban metidos en algo contaban lo que habían hecho, hablaban de sus planes para la siguiente semana y les pedían ayuda a los demás. Esto les daba a todas las reuniones un ambiente de que algo importante estaba pasando y que uno estaba en el centro.

También nos unía cierta sensación de conspiración, de estar haciendo algo ilegal a escondidas del gobierno y de la policía secreta y en las mismas narices de Simón, quien por pura pose mantenía una actitud de vigilancia, como si después de cada reunión fuera a llamar a sus superiores para chismos-searles todo lo que se había hablado. Se sentía bien estar conspirando y restregárselo en la cara, ya que mientras estuvo en la Secreta todos le tuvimos miedo. Desde que lo despidieron perdió sus influencias, pero no le quitó que lo siguiéramos viendo como un espía.

A muchos se nos salía una sonrisa cada vez que el negro Samper le pedía su guitarra a Reinaldo. Desde que el

Negro llegaba éste le mandaba mensajes corporales rogándole que no lo fuera a chingar, que se fuera a lavar las manos, que se quitara la chumpa<sup>7</sup> con botones metálicos que podían rayar su guitarra, que se cambiara los pantalones sucios y que fuera cualquier otra cosa menos el negro Samper. El Negro bromeaba con los hombres, flirteaba con las mujeres y se iba a sentar a la rueda que todos formábamos en el suelo, con las piernas cruzadas y la bamba entreabierto, oyendo a los que hablaban como si estuviera viendo un partido de voleibol. Llegado el momento se volteaba hacia Reinaldo y le pedía la guitarra. Nosotros le echábamos puyas<sup>8</sup> a Reinaldo y le dábamos ánimos al Negro, en parte porque nos gustaba oírlo tocar y también porque ya nos habíamos vuelto parte de la coreografía. Samper nunca repetía su fórmula, siempre encontraba una manera diferente de pedirle la guitarra y Reinaldo nunca se pudo negar, aunque fuera a traerla de mala gana y haciéndole toda clase de advertencias al entregársela.

Una noche Teresa estaba explicando que su licuadora de pedal era nada más una bicicleta con la rueda de atrás montada sobre un sistema de rodillos. Al pedalear, la rueda de atrás hacía girar los rodillos, que tenían adaptada una polea con una faja que transmitía la fuerza hasta la base de la licuadora, donde otro juego de poleas subía las revoluciones y un sistema de piñones les cambiaba el giro. La base de la licuadora iba atornillada a una mesa y hasta allí me acuerdo. Nos pidió ayuda para echar adelante el negocio porque a ella no le alcanzaba el tiempo. En el Centro Universitario donde ella da clases hay un laboratorio electromecánico donde podía conseguir algunos materiales y trabajar durante el día, dijo, pero no se le hacía fácil salir a la calle. Nos preguntó si algunos de nosotros estaríamos interesados en participar, diciendo que ella estaba dispuesta a compartirlo todo por partes iguales.

---

<sup>7</sup> Chaqueta corta (N. del ed.).

<sup>8</sup> Bromas, chanzas, retos o azuzamientos (N. del ed.).

Ambrosio, Juan Tadeo, don Raúl, Simón y yo levantamos la mano. Hugo Matías dijo que mejor se les diera prioridad a los que tuvieran más necesidad. Se decidió que Juan Tadeo iba a conseguir las licuadoras y bicicletas y don Raúl se iba a encargar de las ventas. Con esto se acabó la discusión y el Negro aprovechó para pedirle la guitarra a Reinaldo.

Susana bajó a su apartamento y regresó con un queso fresco y un rimero de tortillas de harina. Yolanda le pidió permiso a Reinaldo para usar su estufa y al rato salió con una tanda de tortillas dobladas rellenas de queso derretido. El que tenía más a la mano era el Negro y Yolanda le dio la primera doblada. En la oscuridad pude ver que cuando Yolanda le acercó el bocado él le prensó un dedo con los labios. Ella retiró la mano sin brusquedad y sin darse por enterada, ni yo lo habría mencionado si no hubiera sido por lo que pasó después.

Aquí el desayuno consiste de un plato de frijoles enteros fríos, así nada más cocidos con sal, un huevo duro y una tortilla. El almuerzo es otro plato de frijoles enteros con una cucharonada de arroz y dos tortillas. La cena es otro plato de frijoles y otra tortilla. Ése es el menú de todos los días excepto los domingos, cuando al almuerzo le agregan una pierna o pechuga de pollo tiesa, pero a cambio no dan cena.

Esa noche acompañé a Damaris a su apartamento porque le había conseguido una caja de champús de burbuja. Ella vive con su mamá y su hermano José Antonio; Pepe para su familia, Pepino para los demás. Su mamá es una señorona guapa, amante de un alférez que está a cargo de una de las patrulleras del puerto y por eso puede tener ese apartamento y vivir con cierta comodidad. Damaris hace esfuerzos por parecer independiente, por eso puso ese salón de belleza, pero la relación de su madre con el alférez le permite trabajar con un mínimo de riesgos y además sabe que si le va mal no se va a morir de hambre.

Cuando llegamos a su puerta me hizo la seña de que me esperara. Salió con tres dólares en la mano y me dijo que me daba los otros dos cuando le entregara la caja de champús. Le pregunté si podía pasar adelante y ella sacudió la melena. Se despidió de mí poniéndome la oreja en vez de la mejilla para que le diera un beso sin arruinarle el maquillaje, a pesar de que ya era hora de dormir y yo por reflejo también volteé la cabeza, de manera que en lugar de besarnos nos orejeamos. Caminé para mi apartamento y al pasar frente al de Yolanda oí las voces encabronadas de Joaquín y del negro Samper; a veces, la voz de Yolanda tratando de calmarlos.

¡Yo no necesito que me hagás ningún favor, Negro cerote!

—A mí tus problemas me pelan la verga, Joaquín. Yo sólo para que Yolanda no se sienta comprometida.

—Yo no te invité, Negro. Vos te viniste conmigo y yo por cortesía te pasé adelante pero te dije que ya no tardaba en venir Joaquín.

—Va, pues. Dejémoslo allí. ¡A mí qué me importa lo que vos hagás!

¿Qué estabas haciendo aquí? ¿Quién te tiró el hueso?

—Entonces Joaquín, ¿qué querés que hagamos con esa es-cultura?

—Esperate, mi amor. Primero resolvamos este asunto.

Oí los pasos de Joaquín acercarse a la puerta y seguí caminando para mi apartamento, pensando sonsacar al Negro al día siguiente. Ya estando adentro alcancé a oír las voces de los dos, todavía alegando.

Tolo y Marvin interrumpieron mis reminiscencias cuando me vinieron a traer, me llevaron al cuartito, me sentaron en la silla, me amarraron con la cinta y dieron la vuelta como para ir a traer el balde de agua fría y el alambre.

—¡No, muchá! Espérense—, les grité—. ¿Para qué quieren gastar luz, si yo les voy a decir todo lo que quieren? ¿Qué me gano yo con estarles ocultando algo que de todas maneras me van a sacar? Yo sé que de aquí no me van a soltar hasta que les haya dicho todo lo que sé, entonces ahorrémonos problemas. Les voy a contar de todos los negocios que se estaban haciendo en el multifamiliar y quiénes estaban metidos, hasta donde yo sé. ¡Espérense, hombre! Regresen, vengan para acá—. Uno se aferra a la esperanza de que hablándoles como iguales lo van a tratar como igual.

Marvin y Tolo se pararon en seco, se miraron, se voltearon y levantaron las cejas. A Tolo le brillaron los ojos con la insana maldad y el deseo morboso de ejercer su mezquino poder sobre mí, pero lo venció su natural pereza. Marvin, quien me parece el más pensante de los dos, dijo que sí con la cabeza.

—¡Bueno, cabrón! Te vamos a dar una oportunidad. ¡Decinos dónde podemos encontrar a Matías, Reinaldo y Samper!

—Eso no lo sé, muchá. No tengo idea de dónde pueda estar ese trío de cerotes. ¿No por irlos a buscar caí en la trampa yo, pues?

—Andá a traer las cosas, vos Marvin. Démosle a este pisado unos buenos toques para que se deje de mates.

—¡No, hombre! ¡Tza! No es para tanto. Les voy a contar otras cosas más importantes. ¡Espérense!

—¿Verdad que sos hueco?

Les dije que Simón conseguía los DVD nuevos en la escuela de informática del Centro Universitario de Oriente y se les pusieron redondos los ojos ante la posibilidad de incriminar a alguien del gobierno. Simón tenía un buen conecte allí, les dije. Se los sacaban por cajas, él se los daba a Manfredo y éste cada vez que iba a Punta Gruesa los llevaba a un café

internet para que les grabaran películas gringas o mexicanas. Luego don Raúl se encargaba de venderlos o alquilarlos.

También les conté una historia retocada. Joaquín, quien de todas maneras me cae mal por ser creído y amante de Yolanda, se dedica a sacar piezas arqueológicas del Museo de Bellas Artes y se las vende a los turistas de los cruceros. Esto les llamó la atención porque les encanta ver si se pueden traer para abajo a alguien de una clase social superior; humillarlo y si es posible jalárselo para acá, tenerlo bajo su poder y someterlo a sus estúpidas torturas.

En mi versión, Joaquín lo ha venido haciendo desde hace tiempo. Encuentra una escultura que no está inventariada; por ejemplo a veces el Ministerio de Cultura decomisa una pieza, la manda al museo y en el papeleo se las ingenian para que no aparezca en el inventario; o si no las piezas desaparecen del sistema sin ninguna mala intención y por descuido; alguien las recibe, alguien más las va a guardar a la bodega, otro les asigna un código, otro pendejo ingresa mal el código y en todo el proceso se le pierde la pista. Otras veces lo hacen con toda la malicia del caso; llega alguna pieza valiosa, el museo la recibe y algún cabrón se las ingenia para reemplazarla por otra de menor valor, a veces hasta dando a hacer una réplica. De esta cuenta a Joaquín nunca le han faltado piezas a las que les puede echar el guante para transarlas bajo la mesa. Cada pieza se vende en mil, dos mil, tres mil, diez mil dólares y a veces hasta más.

La historia se me ocurrió por haber oído a Joaquín discutiendo con el Negro y de otra vez que oí a Joaquín platicando con Reinaldo. Me salió tan buena que si Joaquín no lo ha estado haciendo, debería. Mis verdugos se la tragaron con todo y anzuelo. Me preguntaron qué tan seguido hacía Joaquín esa clase de negocios, quién era su intermediario en las ventas,

qué papel jugaba Yolanda y si yo sabía de alguna pieza que estuviera en transe en estos momentos. Ahuevado por haber comprometido a Yolanda, les aclaré que ella no tenía nada que ver; que era nada más la novia de Joaquín, pero que no estaba metida en sus negocios turbios. Les dije que Reinaldo era uno de sus principales contactos para vender las piezas robadas en el puerto, a sabiendas de que Reinaldo anda lejos.

Samper también ha estado metido gracias a su amistad con Reinaldo. Así son los negocios. Después de que yo los oí mentarse la madre, por intermedio de Reinaldo, el Negro paró buscándole comprador a la escultura de Joaquín. Como ellos dos querían mantener sus manitas limpias y hacer dinero bajo la mesa tenían que depender de hombres de la calle como nosotros.

Les dije que Joaquín lograba vender unas cuatro o seis piezas al año, pero como eran tan valiosas con una que vendiera era suficiente para pasarla un buen tiempo y con eso le bastaba. También, que lo más probable era que no tuviera grandes cantidades de dinero guardadas. Todo lo que hacía era vender una pieza y gastarse la plata, minimizando el riesgo de quemarse.

Les conté otras anécdotas del proyecto de Teresa, de la venta de vino de Justa y del negocio de artesanías de Susana, haciéndolos parecer más grandes de lo que son. No les solté más detalles acerca del negocio de los celulares ni del uso de los recibos y pagarés con el logotipo de la iguana como dinero, primero porque ni yo mismo entiendo cómo ocurrió ese pequeño milagro y segundo porque a estos cabrones es mejor soltarles la información poco a poco, así sienten que su trabajo del día valió la pena.

Me trajeron de vuelta a mi celda sin haberme metido el alambre en ningún agujero del cuerpo. Eso me hizo sentir con-

tento, agradecido y hasta hermanado con ellos. En el camino les pregunté dónde vivían. Marvin me dijo que en el multifamiliar Costa Alegre I, que queda como tres cuadras abajo del nuestro. Me lo imaginé vestido de paisano, caminando por la calle que baja hasta el puerto y hasta cuates me imaginé que podríamos haber sido, pero tampoco me puedo engañar. Ningún hijo de puta que aprende a torturar puede ser amigo de uno porque no es posible que por dentro siga igual; algo les debe cambiar después de ejercer su oficio sádico. De todas maneras se lo voy a comentar a Ambrosio para que averigüe si tiene mujer e hijos, si alguien de su familia compró o arrendó celulares, quiénes son sus amistades y qué cantinas frecuenta. En el ambiente del puerto todos se conocen y uno puede tener influencias o palancas que ni siquiera se imagina.

Al día siguiente de su discusión con Joaquín, me topé con el Negro y le pregunté qué había estado pasando. Me contó que Yolanda se le había puesto al tiro y que por eso se había ido detrás de ella. Lo invitó a pasar adelante a su apartamento y en esas estaban, platicando y tomándose un vaso de rosa de Jamaica con ron, sentados uno junto a otro, cuando oyeron ruidos en la puerta.

Joaquín tiene su propia llave y entró con un bulto en las manos. Al ver al Negro dio un reculón, volteó a ver a Yolanda, miró al Negro otra vez y le cambió la cara. Se puso pálido y allí fue cuando empezó la discusión. Según el Negro, había sido nada más por celos pero cuando le pregunté si no había sido por el paquete me desvió la mirada. Le dije que había oído a Yolanda hablar de una escultura y el Negro me confesó que Joaquín le había llevado esa escultura a Yolanda para que se la guardara. Se la había encontrado en la bodega del museo, dijo y como no aparecía en ningún inventario se la llevó para su oficina, pero le entró miedo de que se la fueran a encontrar.

Su idea era que Yolanda se la guardara para tenerla a mano en caso de que Reinaldo o alguien más pudieran colocarla con algún turista de los cruceros.

Cambiamos de tema y hablamos del negocio de los celulares. El Negro me dijo que Hugo Matías estaba a punto de realizar un gran descubrimiento y que tal vez esa misma noche lo iba a anunciar. Cuando le pregunté qué era sólo movió la cabeza, tratando de esconder una sonrisa.

La siguiente vez que nos reunimos en la terraza me lo encontré en gran plática con Yolanda; los dos en una esquina, sentados en el suelo hablando quedo y mirando a los lados para ver si alguien los estaba oyendo. Yo me fui a la cocina a platicar con Reinaldo y Hugo Matías, que se habían quedado parados frente al barcito, pero al llegar se callaron y no supieron qué decir. Me di cuenta de que habían estado hablando de algo grueso, me puse a hablar de otras cosas y al rato ya estábamos los tres platicando como que si nada.

Salimos a la terraza. Fueron llegando los demás, subió el volumen de la cháchara y cuando amainó Hugo pidió la palabra.

—Bueno, ahora sí llegó el momento de contarles en qué he estado trabajando. Nada más quisiera pedirles que no fueran a repetir nada de lo que aquí se diga porque son cosas delicadas y se nos puede venir abajo todo el negocio. ¡Hasta problemas con la policía podríamos tener! —Se rió, como si le hiciera gracia que todo el negocio se fuera a venir abajo o que fuéramos a tener problemas con la policía, o nada más restándose importancia.

Un celular, nos dijo, es un híbrido entre un equipo de radiocomunicación y una computadora. Cuando uno enciende su celular, éste capta la señal de la torre más cercana; en otros países las torres emiten señales de varias compañías pero aquí

sólo hay una, propiedad del gobierno y administrada por un testafarro del presidente Cepillo. Al captar esa señal el celular la reconoce y manda otra señal que contiene el código del aparato y el número que tiene asignado. Esto le permite a la torre y a la compañía validar el aparato y el número telefónico. La torre emite otra señal autorizando el uso de la frecuencia y de una vez comienza a llevar el conteo del tiempo utilizado. Todo esto se hace en una fracción de segundo.

Hugo había estado trabajando día y noche en una rutina de programación que usurpaba la identidad de algún celular reconocible por la torre y luego hackeara la señal para reprogramar el número del aparato mismo, asignándole uno que la torre pudiera habilitar para hacer llamadas y no estuviera bloqueado por el sistema. Creía haberlo logrado y ya había realizado algunas pruebas, pero rápido la torre detectaba algo raro y bloqueaba la señal. Ahora estaba trabajando en una rutina que le permitiera encriptar la llamada para que la torre no la pudiera bloquear. Era algo sencillo, dijo, pero había que hacer un montón de pruebas para estar seguro de que siempre iba a funcionar.

Todos nos vimos las caras. Sólo Reinaldo nos vio con una expresión de “ya ven que se lo dije”, como si él también hubiera sido parte del gran descubrimiento. Teresa hizo algunas preguntas relacionadas con el hardware y el software que nadie entendió y Hugo se las respondió.

—Entonces, Hugo. ¿Cuál es el siguiente paso; en qué te podríamos ayudar? Porque a mí me parece que ya tienes casi todo resuelto.

—Pues todavía falta, Susana, pero como tú dices va a ser cosa de unos días nada más. Cuando ya esté probado el algoritmo me gustaría programarlo en otros celulares para estar seguro de que funciona en cualquier aparato, sin importar el

modelo ni qué tan viejo sea. Habría que conseguir unos seis u ocho celulares de diferentes marcas, hacer las pruebas y de allí ya se puede lanzar el negocio en grande.

Todos nos volvimos a mirar.

—¿Cómo vamos a hacer para conseguir los celulares, si todos son propiedad de gente que trabaja con el gobierno? No nos los van a regalar ni tenemos dinero para comprarlos. Tampoco los podemos conseguir prestados porque como vos decís hay que reprogramarlos y ya no se podrían volver a usar con el sistema de la compañía nacional.

—Yo puedo conseguir algunos. Al museo llegan extranjeros que compran uno para usarlo mientras están en el país y seguro que van a preferir venderlos antes que llevárselos de vuelta. Tendría que invertir algo de lo que tengo ahorrado pero después me los reponen, ¿verdad?

Hugo Matías sonrió con la boca cerrada y asintió. Seguro de eso habían estado hablando.

—Una vez probado el sistema se puede formar la empresa. Alguien se encarga de conseguir los aparatos; ése podría ser Reinaldo. Yo me encargo de programarlos, alguien más tiene que salir a venderlos o a darlos en arrendamiento y otro de las cobranzas. Se pueden instalar puestos callejeros en diferentes puntos de la ciudad y vender las llamadas por minuto. Todo eso lo podemos ir viendo en el camino.

—Eso va a estar difícil, vos Hugo. Te ven en un puesto callejero vendiendo llamadas y rápido llega la policía a preguntarte qué onda.

—Tenés razón, Bernal, pero se pueden poner los puestos de venta adentro de las colonias y edificios multifamiliares, en alguna casa o apartamento. Uno por manzana en las colonias y uno por piso en los edificios, verdad. La persona firma un contrato, paga un depósito, se le entrega su aparato, se pone

a vender las llamadas y cada mes se le pasa cobrando o viene a pagar aquí.

—¿Y cómo se haría para saber cuántas llamadas hicieron?

—Le programo un contador de minutos y segundos a todos los aparatos, como lo hace la telefónica nacional. A otros se les puede vender el aparato con tiempo ilimitado para llamadas internas y al extranjero.

—¿Y no sería posible cobrarles a todos por llamada o por minuto, como hace la telefónica?

—Claro, pero tendríamos el problema de estar cobrando al menudeo cada mes y eso sí sería demasiado choteado. Además la gente siempre anda cascareando y qué nos ganaríamos con suspenderles el servicio, si después habría que ir a reclamar el aparato. En cambio, los que se den en arrendamiento para que la persona venda llamadas darían menos problema porque al estar cobrando tendrían con qué pagarnos y sería un negocio de mayor volumen. No, yo creo que los otros mejor venderlos con tiempo y alcance ilimitados, al menos al principio. Después podemos ir viendo.

—Pues te felicito, Hugo— dijo Ricardo —. O sea que tu sistema está listo y sólo falta perfeccionarlo para que la torre no bloquee el enlace. ¿Funciona, pero nada más por poco tiempo?

—Si quieren hagamos una prueba.

Sacó un celular de la bolsa de su camisa y lo encendió. Todos se le quedaron viendo como si en cualquier momento fuera a salir volando. Pasados unos instantes se prendió una lucecita verde.

—¡Listo! Ya encontró señal. Hagamos una llamada local y después una internacional. ¿A qué número quieren llamar?— Teresa le dio el número de la garita del Centro Universitario.

—¿Aló? Sí, un momento por favor—. Hugo le pasó el celular a Teresa.

—¡Don Víctor! ¿Me escucha? Soy yo, Teresa. Nada más para preguntarle si todo está bien por allá. ¿Ya se fueron los estudiantes? ¿Dejaron todo cerrado y las luces apagadas, verdad? No, nada especial. Buenas noches don Víctor, hasta mañana.

Teresa sonreía feliz como si ella hubiera sido la que había hecho el gran descubrimiento.

—Se oye igual que los teléfonos de la empresa.

—Eso no tiene por qué cambiar porque sólo le hice cambios al software. La bocina, el micrófono y el teclado siguen siendo los mismos y se usa la misma señal de la torre y hasta con su misma potencia. Ahora hagamos una llamada internacional. ¿A quién podemos llamar?

—Llamemos a mi cuate Michel en España. Esperate, voy a traer el número.

—Sólo que en España son ahorita, ¿qué horas son?

Hugo Matías vio la hora en el celular y contó con los dedos. A mí me extrañó que tamaño genio matemático usara los dedos para contar, pero así es. Muchos escritores tienen mala letra y a estos carceleros bravucones los deben tener de un huevo sus mujeres.

—Las cinco y media de la mañana. ¿Estás seguro de que querés despertarlo a estas horas?— Hugo se rió.

—Pero podemos llamar al David y a la Elsitita. Donde ellos son nada más las diez y media. Aquí tengo el número.

—¿Dónde queda eso, Susana?

—En Michigan. Allí vive el papá de los nenes, en un pueblo que se llama Ypsilanti.

Susana sacó un papelito de su bolsa y se lo pasó a Hugo. Éste marcó, le contestaron, preguntó por David, se lo pasaron,

lo saludó y le pasó el teléfono a Susana, quien habló con él unos minutos. David le pasó el teléfono a su hermana, Susana habló otros diez minutos con Elsita y al terminar ésta le pidió que le pasara a Teresa, quien después de unos momentos puso una expresión extraña.

—No se oye nada.

—¿Ven? ¡Cabal lo que les decía! Pasados diez, quince minutos la torre se da cuenta de que algo raro está pasando y me interfiere la señal. Ya encontré cómo encriptarla pero el programa todavía tiene algunos bichos. De aquí al fin de semana lo tengo ya todo resuelto y ya la semana entrante podríamos empezar a trabajar.

Todos hablamos a la vez. Unos comentábamos, otros hablaban con Hugo y otros hablaban bien de él, de lo inteligente que era por haber descubierto cómo piratear los celulares de la compañía del estado. Yo me acerqué a felicitarlo y de la nada me pidió que me encargara de organizar la venta de llamadas; debe haber sido porque aunque soy callejero tengo lo que las doñas llaman buena presencia, buen aspecto. Me explicó que tendría que ir a todos los multifamiliares y colonias cercanos, encontrar a los que quisieran vender llamadas, hacer los arreglos, recibir los depósitos y entregarles su aparato. Después cada quien tendría que llegar al apartamento de Hugo a hacer su pago mensual. Si pasada una semana no cancelaba, Hugo le borraba la encriptación a través del mismo teléfono y se lo desactivaba. Hugo me dijo que para meterlo al negocio le iba a pedir a Juan Tadeo, quien esa vez no había llegado a la reunión, que se hiciera cargo de recibir los pagos.

Todo esto lo hablamos a mil por hora mientras los demás, parados alrededor nuestro, esperaban su turno. El negro Samper dijo que él se haría cargo de las compras de celulares usados y de las ventas de aparatos con tiempo ilimitado. Ya

con Reinaldo habíamos quedado en que él también iba a conseguir aparatos usados con los turistas que llegaban al Museo de Bellas Artes. Muchos se acercaron a ofrecer sus servicios o queriendo formar parte de la sociedad, pero Hugo les dijo que para empezar era suficiente; que comenzaríamos a trabajar tan pronto estuviera listo el algoritmo de encriptación y que poco a poco se podría ir ampliando la sociedad.

Esa noche me sentí parte del grupo de los elegidos.

Se dio por terminada la sesión y como todos se miraban alegres Reinaldo entró a su apartamento y sacó una botella de ron. Le retorció el pescuezo, dio un trago largo, se la pasó a Hugo Matías, éste a su vecino y la botella siguió dando la vuelta. Justa bajó a su apartamento con Susana y regresaron con una bandeja de tortillas cuarteadas rellenas de frijoles refritos y queso. Cuando ya sólo el culito de la botella iba quedando, Yolanda fue a traer una botella de un licor con sabor a café que le habían regalado; demasiado dulce para mi gusto, pero ya socados<sup>9</sup> qué pisados y también la comenzamos a rolar.

Cuando ya todos teníamos las barrigas llenas, el Negro se limpió las manos en el pantalón, vio a Reinaldo y levantó las cejas. Éste no se dio por enterado y siguió con la vista fija en el azafate de tortillas.

—No se me haga la brocha enano, que de nada le sirve.

Reinaldo lo miró feo y moviendo la cabeza entró a su apartamento a sacar la guitarra. Se la ofreció al Negro y éste se levantó para recibirla, pero en lugar de entregársela se la retiró. Miró al Negro a los ojos y sólo cuando éste le sonrió y bajó la cabeza fingiendo humildad se la puso en las manos. En esos juegos de maricas se mantenían.

El Negro se sentó a la par de Yolanda y le dijo algo al oído. Yolanda sonrió y le contestó en una voz tan baja que no alcancé

---

<sup>9</sup> Borrachos (N. del ed.).

a oírla. El Negro cumplió con el ritual de afinar e hizo un par de acordes. Cantó una canción acerca de las estrellas del infinito y la inmensidad del mar que casi todos sabíamos y lo acompañamos palmeando y repitiendo el coro. Después cantó aquella en inglés de la película *Pretty woman*, intercalando solos y deslizando los dedos con rapidez y forzando las cuerdas para hacer sonar la guitarra como si fuera eléctrica. Así seguimos hasta pasada medianoche y nos despedimos todos como grandes amigos.

Bajé a donde Damaris pero antes pasé a mi apartamento a recoger la caja de burbujas de champú. Al llegar a la puerta de ella la encontré cerrada; en la rendija de abajo no había luz. Di un par de toques suaves y la puerta de inmediato se abrió. Damaris me dijo en susurros que su mamá estaba dormida y no quería despertarla. Me entregó dos billetes de a dólar y yo le di la caja. Estaba despeinada y contenta y no tuvo empacho en darme un beso de verdad, aunque ligero como el roce de un pétalo. Caminé de vuelta a mi apartamento sintiendo una inmensa alegría en todo el cuerpo.

Mi sensación de felicidad fue creciendo al entrar a mi casa, desvestirme y meterme a la cama. ¡No pude dormir! Sentía que mis sueños se estaban haciendo realidad de una manera mágica. Hugo Matías había descubierto una fórmula infalible para hacer dinero y me había abierto las puertas a la sociedad sólo por haber estado en el lugar correcto en el momento preciso. Damaris por fin se me había puesto al tiro. Además, en el multifamiliar habíamos formado una comunidad, un grupo de amigos con quienes podíamos hablar de nuestros sueños y de nuestros planes y compartir lo poco que teníamos. Habíamos creado un club que nos permitía llenar ese espacio entre el atardecer y la hora en que uno se va a la cama.

Cerraba los ojos, me dormía y me volvía a despertar de la pura emoción. Juro que a veces sentí que hasta podía ver en

la oscuridad; era como si mis ojos vieran la escena de mi propio cuarto en una luz amarillenta verdosa, que a saber dónde salía. Sonreía, me volvía a dormir, despertaba, distinguía todo alrededor mío en esa luz amarillenta verdosa, pensaba en mi buena suerte, sonreía otra vez, enterraba mi cara en la almohada y me volvía a dormir. Así pasaron las horas hasta el amanecer de esa única noche en la que fui feliz.

A los celadores del ferrocarril los rotan para que no agarran malas mañan y cuando a mi papá lo mandan a otro pueblo casi siempre se lleva a mi mamá y a mi hermanita. Mi abuela se pasa a vivir a nuestro apartamento y como ya está bastante vieja tiene el sueño ligero, así que cuando está en casa yo acostumbro quitarme los zapatos para que no me sienta entrar. La viejita sólo acierta a hacerme café con leche en las mañanas, frijoles volteados con plátanos fritos para el almuerzo y frijoles con crema para la cena y yo se lo agradezco, aunque siempre trato de almorzar y cenar en la calle... ¡Hijo de la madre, cómo no lo había pensado antes!

Uno se pone a escribir babosadas para llenar el tiempo entre la cena y el momento en que apagan la luz. Ya voy para una semana de estar aquí encerrado y es lógico que comience a desvariar. Quizá lo he estado haciendo desde el día en que llegué, por el gran susto de haber caído en manos de la policía y haber venido a parar a esta cárcel.

Las páginas que llevo escritas están llenas de justificaciones, digresiones, exageraciones y verdades a medias. A falta de libertad física, le he dado rienda suelta a mi libertad de expresión. Nada de lo anterior puede ni debe ser tomado al pie de la letra, sino más bien como una forma de entretenimiento y desahogo.

Es cierto que Manfredo colabora con Simón grabándole DVD en Walís, pero es porque le gusta ayudar a todo el mundo,

no por lucrar. Además, si alguno de nuestros vecinos puede considerarse afín al régimen es don Simón Salazar. Es cierto que yo organicé todo lo del alquiler de celulares pirateados y la venta de llamadas, pero después el arrendatario de cada piso o colonia se comunicaba directamente con Hugo Matías o le iba a pagar a Juan Tadeo y yo no tenía nada qué ver con el manejo del dinero. A mí me pagaban una pequeña comisión sobre cada revendedor que conseguía y nada más.

A estas alturas no podría decir quiénes eran los revendedores de los demás multifamiliares y colonias porque perdí la cuenta. Yo salía todas las mañanas como cualquier vendedor, con mi mochila al hombro llena de celulares y formularios de contratos. Visitaba los multifamiliares y colonias, me iba de piso en piso y de manzana en manzana, viendo a quién le podría interesar el servicio. Cuando conseguía un cliente llenábamos el formulario, el cliente me daba el depósito, yo le entregaba su aparato y le enseñaba cómo hacer las llamadas porque había que ingresar un código. Hasta ahí llegaba mi participación.

Los detectives de la Secreta no encontraron a Hugo Matías porque alguien lo debe haber prevenido. Él logró escapar llevándose las copias de todos los contratos con revendedores y los de compraventa de teléfonos particulares. Es imposible para mí recordar todos los nombres pues el servicio se vendía como pan caliente. Con que me firmaran el contrato y me entregaran el dinero era suficiente. Me olvidaba de ese cliente y pasaba al siguiente. En lugar de perder el tiempo interrogándome a mí deberían averiguar quién fue el infiltrado que le avisó a Hugo Matías.

Exageré al decir que Joaquín López, curador de esculturas del Museo de Bellas Artes, comercia con piezas arqueológicas robadas. Sólo me consta que en una ocasión trató de vender

Donde come uno, comen dos

una pieza, pero no puedo asegurar si era robada o alguien le dio el encargo de venderla. Bajo tortura uno es capaz de decir cualquier cosa y lo que no sabe se lo inventa.



Hasta el momento he dicho cosas sueltas acerca del presidente Cepillo y su gobierno, pero llegó la hora de hablar en serio acerca de su vida y del papel que ha jugado en nuestro país. Para ello me baso en las cuartillas de educación cívica que reparte el Ministerio de Cultura, Deportes y Entretenimiento, pero sobre todo en un libro de circulación restringida que me prestó el papá de Ambrosio. Las fuentes de información abundan y son parte de la historiografía nacional, pero la trayectoria de Cepillo ha sido tan controvertida que una visión seria, como la del libro del papá de Ambrosio, permite apreciarla en forma más completa y con mayor objetividad.

Gregorio Cepillo estudió bachillerato en el Rafael Aqueche, un instituto público conocido por su ambiente liberal, revoltoso y populachero. Su paso por ahí le dio los últimos toques a esa personalidad populista por la cual es conocido y que tan bien le sirvió cuando se lanzó para presidente y durante sus primeros años de gobierno. Para su suerte, el año en que se graduó se creó una universidad privada que contrató a los mejores profesores del país y repartió becas a granel. A Cepillo le dieron una y así fue como paró cursando Ciencias Políticas en el mejor ambiente académico de su época.

Es cierto que él dejó materias retrasadas toda la secundaria, pero al entrar a la universidad se sintió retado. Destacó entre sus compañeros sin necesidad de volverse un ratón de biblioteca porque de esa época provienen también algunas de las anécdotas más divertidas de su juventud. ¡Nuestro presi-

dente no era puritano ni tampoco puntilloso en los pagos a los dueños de los restaurantes y bares estudiantiles que frecuentaba!

El quinto centenario del Descubrimiento de América sirvió de pretexto para que España resaltara los lazos que unían a nuestros países con su madre putativa. Organizó celebraciones, brindó estatus migratorios especiales y les dio becas universitarias a estudiantes hispanoamericanos. Cepillo estaba en el primer lugar de su clase cuando la Universidad de Navarra ofreció una beca a través de la universidad donde él estudiaba y fue seleccionado en forma automática. Feliz de irse de su casa con dinero entre la bolsa, nuestro futuro presidente se fue a estudiar a Pamplona.

La universidad de Navarra había sido fundada por el Opus Dei y tenía una tradición conservadora, pero Navarra al igual que el resto de España gozaba en esos tiempos de un ambiente de euforia y liberación gracias a la muerte de Franco y de su propia adhesión a Europa. Cepillo, de espíritu librepensador, fue a caer parado. Hizo muchos amigos, se hizo miembro de la Asociación de Estudiantes Internacionales y además tuvo la suerte de que le asignaran como asesor al doctor Gustavo Aragò, politólogo hijo de Sergio Aragò, héroe de la guerra civil española y quien le tendió una emboscada al general franquista José Moscardó la tarde del 20 de octubre de 1944, según dice el libro del papá de Ambrosio

Mentor y discípulo hicieron una buena amistad. Se juntaban una vez por semana a tomar vino, comer tapas y componer el mundo en los bares de la calle San Nicolás. A raíz de esas discusiones le nació a Aragò la idea de escribir el libro titulado *La descolonización de América*, que se paró convirtiéndose en el manual de operaciones del gobierno de Cepillo cuando llegó a la Presidencia.

La historia personal de Aragò explica por qué se volvió un hombre radical, antiautoritario y rebelde. Su padre fue masacrado por las tropas franquistas durante su fallida emboscada a la salida del túnel de Ulleu y su madre se quedó sumida en la pobreza. Venido a menos, Aragò no tuvo más remedio que aguantar los desaires de sus vecinos, hijos de prósperos hacendados, mientras su madre se partía el lomo trabajando para mantenerlo en el ambiente de privaciones de la España de la posguerra. Por haber nacido en Val d'Aran, que queda en la falda norte de los Pirineos, Aragò se consideraba catalán, apoyaba la autonomía de la región y se rebelaba contra la imposición de la identidad española. Esto lo llevó a ver sólo lo negativo de la conquista y colonización de América, en especial que les hayan quitado sus tierras a los indios y que les hayan impuesto la religión católica. Todo se repone, dice Aragò, pero un campesino no puede vivir sin tierras qué cultivar ni tampoco puede ser feliz si le han colonizado la cabeza con creencias extrañas.

Pocos han leído el libro de Aragò de principio a fin porque son más de setecientas páginas. A mí me lo dejaron como tarea cuando estudié comunicación social, pero para quien no tenga ganas de leer tanto hay una cartilla resumen ilustrada con caricaturas. No recuerdo todos los razonamientos pero en la cartilla dice que “puesta la causa, aparece el efecto y quitada la causa, desaparece el efecto”, con la caricatura de una balanza inclinada por el peso de un gran libro con una cruz y otra de la misma balanza, sin la Biblia y equilibrada.

Al graduarse Cepillo se regresó al país y consiguió trabajo dando clases en la universidad católica. A los dos años renunció y puso su propia empresa de asesoría, dedicada a hacer encuestas para candidatos a puestos públicos. Trabajó en esto durante ocho años y de allí salió su capital; el libro del papá de

Ambrosio dice que alterando los resultados de las encuestas para favorecer a tal o cual candidato, pero no presenta pruebas. Así también le encontró el gusto a la política y aprendió las astucias que después lo llevaron a la presidencia.

El año de las elecciones había como siempre un menú de nueve o diez candidatos, cada uno con sus siglas de partido, su musiquita y sus logos de animales y objetos de la vida cotidiana: el gallo, el león, la escoba, el avión, el árbol, la pala. De la noche a la mañana aparecieron por todas partes afiches con la foto de Cepillo viendo hacia el horizonte con una cara de inspiración enmarcada en dos machetes cruzados y abajo la leyenda “Por el bien de su bolsillo vote por Cepillo”. Sus colores eran alegres y variados y su musiquita resultó ser la más pegajosa. Quedó en segundo lugar en la primera vuelta, hizo alianzas estratégicas y atrevidas para la segunda y ganó la presidencia por cuatro mil votos.

Una vez sentado en la silla les hizo ver a la población y a sus aliados políticos que sus promesas de campaña iban en serio. Esto desconcertó a los que lo habían apoyado, pues para ellos era válido decir cualquier cosa con tal de ganar, pero tampoco era cosa de tomárselo tan en serio. Cepillo los neutralizó dándole al caudillo de cada facción un puesto bien remunerado en el gobierno.

La gente del pueblo se alegró al ver que un miembro de la clase política arremetía contra el resto. ¡Por fin había llegado al poder alguien dispuesto a cumplir con lo que había prometido! Los primeros inconformes fueron los políticos afectados, incluyendo los diputados, quienes publicaron manifiestos inflamatorios en los periódicos, movieron sus influencias con el ejército y los ricos, fueron a hablar con el embajador gringo y terminaron por ponerse en huelga en el mismo Congreso.

Sin pensarlo dos veces, Cepillo mandó a la Escolta Presidencial a capturar a sus líderes. Ninguno de los suplentes quiso asumir el riesgo de ser apresado y el Congreso se disolvió. Cepillo censuró los periódicos para evitar publicaciones sediciosas, lo cual no les gustó a los intelectuales ni a las organizaciones no gubernamentales ni a los países que defienden los derechos humanos. La cúpula del sector privado exigió un pronunciamiento por parte de la Corte de Constitucionalidad, pero mientras ésta deliberaba su presidente murió en un asalto a mano armada. El incidente provocó las habladurías de siempre y derivó en un clamor por una consulta popular, la cual Cepillo de inmediato convocó, solicitando a cada departamento enviar a dos representantes; en la confusión del momento a la gente se le olvidó que el mismo Cepillo había nombrado a los gobernadores departamentales. Lanzó una campaña publicitaria desprestigiando a los diputados, que de todas maneras tenían fama de marrulleros y corruptos y ganó la consulta popular por simple mayoría.

Ya sin trabas se dedicó a poner en práctica sus ideas reformistas, o mejor dicho las de su profesor Gustavo Aragón. Emitió un decreto-ley garantizando la propiedad privada, pero afirmando el derecho del Estado a intervenir en casos de calamidad, acto de Dios y evidente interés social. Sospechando que ahí había gato encerrado la cúpula del sector privado protestó, pero antes de que pudiera lanzar una campaña de desprestigio Cepillo declaró de calamidad nacional la pobreza crónica, la desnutrición y el hambre y de interés social su erradicación.

Luego desempolvó una antigua ley y nacionalizó algunas tierras ociosas en fincas de la costa Sur. Las dividió en parcelas y las repartió entre los principales jefes militares para asegurar su complicidad, poniéndoles como condición producir

artículos de la canasta básica; también les dio tierras a dos o tres comunidades indígenas de las más visibles en el ámbito político del país. Los representantes del sector privado no pudieron protestar porque el gobierno estaba pagando las tierras en efectivo y a precios de mercado, el ejército estaba comprado y el embajador gringo, izquierdoso, dijo que la miseria y la malnutrición eran problemas innegables y que lo mejor era que el país resolviera sus problemas sin interferencia externa.

Cepillo subió el monto de su apuesta y pasó a las fincas ganaderas. De ahí a los cultivos de caña diciendo que era más barato importar azúcar de los Estados Unidos que producirla aquí. Para financiar sus programas endeudó al país con el Banco Mundial, el Banco Interamericano y el Banco Exterior de España, cuyos ejecutivos aprobaban cualquier crédito siempre y cuando estuviera respaldado por una garantía soberana.

Muchos de los expropiados se fueron a Miami o a Europa con sus cuentas repletas de dinero y quienes no lo habían hecho se apresuraron a vender para curarse en salud. Los militares demostraron ser pésimos agricultores y peores administradores y casi todos quebraron. Sus tierras fueron recuperadas por el Estado y ellos pasaron a estado de retiro, llevándose como regalo de despedida jugosas pensiones.

El siguiente paso en la receta de Aragò era devolverles sus tierras a las comunidades indígenas pero Cepillo reculó ante la posibilidad de darles demasiado poder a los indios. Dijo que primero era necesario organizar y capacitar a las comunidades y que eso no se podía hacer de la noche a la mañana. Fue dejando pasar el tiempo y sin mayor alharaca el gobierno se convirtió en el mayor terrateniente del país.

Las deudas e intereses se fueron acumulando hasta que los bancos internacionales exigieron sus respectivos pagos. Cepillo solicitó un periodo de gracia adicional argumentando

que organizar a las comunidades estaba tomando más tiempo del que se había previsto. Fue poniendo cada vez nuevas excusas hasta que los bancos no tuvieron más alternativa que retirarle su apoyo y sus gobiernos poner al país en la lista negra. Ya para entonces a casi nadie le importó porque la mayoría de los inversionistas había transferido su dinero a otros países y ellos se habían ido tras de su capital.

Para mantener a la opinión pública a la defensiva Cepillo enfocó su atención al tema de la religión. Declaró al país un estado laico, les quitó las exoneraciones de impuestos a todas las iglesias y les echó a la Autoridad Tributaria encima. Promovió la educación secular y apoyó la expresión cultural alternativa, sobre todo cuando había creencias paganas de por medio; danza, literatura, música, pintura, escultura, artesanías populares y sobre todo folklore con elementos religiosos ancestrales recibieron jugosas subvenciones del Estado. De esa cuenta en este puerto inculto hay una subsección del Centro Universitario de Oriente y un Museo Departamental de Cultura y Bellas Artes.

La mayor parte de la gente siguió practicando la religión católica o evangélica a escondidas, mientras que otros eligieron adoptar creencias mayas, mestizas o garífunas. El culto de Maximón dejó de ser mal visto y ganó popularidad entre el grueso de la población. El número de sus adeptos creció, sobre todo entre quienes tenemos algún ancestro maya, que en este país somos la mayoría.

Conforme los ricos abandonaron el país se vino abajo la inversión y el desempleo se fue para arriba. El bloqueo económico encareció las importaciones y los productos nacionales no se quedaron atrás, desde el pan hasta las casas. Para controlar los precios, el gobierno nacionalizó las grandes industrias y comercios y prohibió los negocios pequeños, con la

excusa de evitar la especulación y el abuso. En compensación repartió libretas de consumo, que dan derecho a alimentos básicos a precios bajos y a un poco de tabaco y ron. También construyó colonias de casas pequeñas y edificios multifamiliares con apartamentos de dos y tres piezas, entre ellos el Costa Alegre II.

El gobierno del presidente Cepillo no le robó nada a nadie. Las nacionalizaciones se hicieron a precios de mercado y fueron financiadas con fondos de la banca internacional pública y privada; préstamos que nunca fueron pagados, pero ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón. La causa principal de su fracaso fue aferrarse demasiado al poder, como al no atreverse a seguir la receta de Aragò y devolverles sus tierras a los indios.

Eso de “quitada la causa desaparece el efecto” era pura alucinación de Aragò. Hay cosas que una vez causadas no se pueden cancelar. La piedra tirada ya no regresa y una mentada de madre tampoco.

Pasados unos años de privaciones Cepillo se desanimó y se dedicó a desquitarse de todas las críticas e injurias y se dedicó a disfrutar los años que le quedaban. Como había tantos inconformes se le hizo necesario crear una policía secreta. Ahora todo el mundo se queja de la situación, pero todos hemos recibido cosas buenas; todos tenemos un techo para abrigarnos, nadie se está muriendo de hambre, la educación es gratuita y se acabó el analfabetismo.

La gente nunca está conforme. Aunque tenga lo básico siempre quiere más. En el Costa Alegre II nos metimos a negocios ilegales para salir de la estrechez económica en la que nos manteníamos, pero aquí sí aplica el precepto del presidente Cepillo, que quitada la causa desaparece el efecto porque ahora, después de más de un año sin que se haya ido el agua y

Donde come uno, comen dos

en vista de las dificultades de meterse a negocios particulares, la gente abandonó la costumbre de estarse juntando y con ella sus pretensiones materiales, resignándose a vivir con lo poco que tiene.



Ayer la sesión de interrogación estuvo más dura que otras veces. No hacía falta porque yo he estado colaborando de todas las formas que me es posible. Vinieron a la hora de costumbre y sin siquiera contestar mi saludo me llevaron para allá abajo. Traté de entablar conversación con Marvin preguntándole si las lluvias de anoche habían bloqueado las vías de acceso a los multifamiliares, pero sólo me volteó la cara.

Me arrastraron de los brazos por el corredor, me bajaron las gradas rebotando y me metieron al cuartito de un empujón. El cuartito estaba a oscuras. Se lo comenté a Marvin y me dijo que se había ido la luz. Le dije que tal vez la tormenta eléctrica había dañado algún transformador o se había caído alguna rama sobre los cables, pero no me contestó. Los dos salieron del cuartito cerrando la puerta de un gran somatón.

Regresaron con una lámpara de querosén y un rollo de cinta gruesa. Me amarraron como de costumbre y me quitaron las chancletas. Tolo se metió la mano a la bolsa, sacó un clavo de dos pulgadas, me tomó del pie derecho, ensartó el clavo entre el dedo y la uña del dedo gordo y lo movió para los lados.

Yo pegué un grito y después otro. Entre alarido y alarido les preguntaba qué más querían saber. En lugar de contestarme Tolo me metió el clavo en la siguiente uña y lo movió de un lado a otro, haciéndolo sangrar. Yo seguí gritando y él meneando el clavo. Siguió con todos los dedos de mi pie derecho. Se pasó al izquierdo y dedo por dedo repitió la misma operación.

Yo grité, protesté, di aullidos y hasta deliré del dolor. Jamás había sentido algo parecido. Cuando Tolo terminó su sanguinaria tarea me quedé postrado en la silla, ellos dos parados frente a mí con los brazos cruzados, sin decir nada.

Recuperé el aliento, abrí los ojos y me les quedé viendo sin poder ocultar mi rencor.

—Bueno pues hijo de la gran puta. Nos dijeron que tu amigo Manfredo ha estado yendo a Breathingrock y sabemos que el Negro tiene un hijo ahí. ¿Le ha estado llevando cosas o recogiendo dinero? Contéstame o te lo vuelvo a hacer.

No puedo explicar cómo me sentía. Ya se me había pasado el dolor pero sentía todo el cuerpo dormido como si me hubieran anestesiado. Pensé que si Tolo me lo volvía a hacer no me importaba pues ya me había insensibilizado. Respiré hondo.

—Vos Tolo hacé lo que te dé la rechingada gana. Yo no sé dónde está el Negro ni me importa. Manfredo pasa por Breathingrock camino a Walís porque allí le toca validar el zarpe. Si querés seguirme haciendo daño es cosa tuya, pero yo no sé nada y nada más puedo decirles.

Todo esto lo dije de un hilo y con tanta convicción que Tolo y Marvin se dieron cuenta de que no les estaba mintiendo. Me desamarraron, me ayudaron a levantarme de la silla, me devolvieron mis chancletas y me trajeron de vuelta. Yo no podía caminar del dolor; me apoyé en los talones y me tuve que sostener de los hombros de ellos. No podía asentar la planta del pie porque sentía que los dedos me iban a estallar.

Ayer no tuve ganas de escribir. Me la pasé tendido en la banca con los pies contra la pared, a ver si así se me pasaban las ardientes pulsaciones. Poco a poco fueron bajando aunque mis pies siguen amoratados e hinchados. No creo que se me hayan infectado pues durante la noche no sentí fiebre, sólo

ese calor hijo de la gran puta que hace aquí, con esta ventanita tan pequeña, sobre todo cuando no está entrando brisa del mar.

Antier iba a contar las novedades que me trajo Ambrosio pero con todo este dolor se me quitaron las ganas. Parece que Damaris cerró su salón de belleza y se inscribió en el Centro Universitario de Oriente para tomar cursos de nutrición, aromaterapia, yoga, masajes, leer el iris de los ojos y cosas que tienen que ver con la salud y belleza de las mujeres en forma natural, sin utilizar materiales ni equipos. Teresa también abandonó el negocio de las licuadoras a pedal porque de todas maneras con lo que gana en la universidad alcanza para que ella y Justa vivan mejor que los demás. Ahora que yo estoy preso y el Negro huido, Ricardo tampoco tiene quién le consiga jeringas, suplementos médicos y remedios en el puerto, aunque de todas maneras les sigue prestando algunos servicios de salud a los vecinos.

No deja de ser chistoso cómo Ricardo se las ingenia para prevenir y curar enfermedades estando todos sin plata y sin recursos. Sus principales recetas son consumir menos grasa y azúcar, comer más frutas y verduras, hacer ejercicio, bajarle al consumo del guaro y del cigarro y tratar de dormir mejor. Si le llega un paciente con almorranas le dice que solas se le van a quitar y que no hace falta echarse pomadas ni ungüentos, ni mucho menos operarse. Les recomienda comer muchos frijoles, tomar bastante agua, hacerse tés de cáscara sagrada, si consiguen tomar leche de magnesia y si no comer bleado, verdolaga, espinaca o cualquier hoja verde. A los que padecen de presión alta les recomienda comerse cinco dientes de ajo picado con aceite y perejil, sopeado con pan francés. También dejar de pelearse con su mujer, lo cual para él resulta fácil decir.

Marlene es un verdadero ángel. No sólo es guapa, sino además un pan de Dios y se le nota la sensualidad, a pesar de ser discreta en su forma de vestir y de portarse. Para uno que tiene buen ojo ella debe ser de esas mujeres sensibles en todo sentido, incluyendo la cama; de esas que sin mucho aspaviento, fuera de uno que otro gemido, tienen tres o cinco orgasmos en una sola cogida.

El remedio de Ricardo para prevenir la gastritis y la acidez es tomar un vaso de agua con el jugo de tres o cuatro limones, en ayunas y antes de meterse cualquier otra cochinada a la boca. Parecería una contradicción porque el limón es ácido pero las viejitas siempre han dicho que es un alimento fresco. Cuando le pregunté por qué funcionaba me dijo que al recibir el estómago algo ácido su reacción era tratar de mantener el equilibrio frenando la producción de más ácidos, lo cual resultaba en una menor acidez; o sea, baboseándose al estómago.

Aquí en el puerto se consiguen limones en todas partes. La gente los cosecha en los patios de las casas y los venden por casi nada o los regalan. En cambio en esta cárcel no dan nada de fruta y lo tienen a uno a puro frijol, arroz y huevo.

Susana sigue con su negocito de artesanías, pero a la misma escala que cuando empezó. Alguien le trae conchitas de Playa Clara o consigue pepitas, las pinta de colores y las va ensartando con hilo de pescar. Cuando entra un crucero baja al muelle a venderlas y ese dinerito la saca de apuros, aun cambiando los dólares a la tasa oficial.

Simón sigue viento en popa con su negocio de los DVD pirateados. No sé cómo hace para grabarlos ahora que Manfredo está más controlado, pero sigue vendiéndolos y dando funciones en su propio apartamento, a donde llegan chavitos a ver lo último en películas pornográficas. Aquí estoy yo, sometido a las peores torturas, privado de mi libertad, durmien-

do en cama de piedra y comiendo frijol, arroz y huevo; allí andan Hugo Matías, Reinaldo y el negro Samper prófugos y sin poder regresar a su patria ni a su tierra ni a su familia; allí están Damaris, Teresa, Susana y Ricardo haciendo de tripas corazón y sobreviviendo con lo poco que tienen; y por otro lado ahí anda Simón haciendo dinero en las barbas de todo el mundo y sin que nadie le diga nada.

Gustavo Aragò tenía razón en unas cosas y en otras no. Quitarles sus tierras a los indios fue sumirlos en la miseria pero quitarles sus tierras a los ricos para dárselas a los campesinos sin tierra no es suficiente, a menos que éstos sean buenos agricultores. No porque un cabrón sepa cortar caña o recoger café va a saber escoger la semilla, preparar la tierra, sembrar y cuidar las plantas, matar las plagas, cosechar a tiempo y vender el producto a buen precio. ¡Peor todavía si el gobierno se queda con las tierras, las reparte sin ton ni son, o se las da a los militares!

Criticar es fácil. Todos necesitamos un chivo expiatorio, alguien a quien echarle la culpa de nuestra situación, de nuestra pobreza, impotencia, falta de oportunidades y hasta aburrimiento. Esta necesidad se hace más fuerte cuando uno está preso; es lógico que uno le dé por despotricar contra el gobierno, las autoridades, la policía secreta y hasta contra los mismos carceleros, quienes en el fondo son gente como uno, sin mejores oportunidades en la vida.

Entre el momento en que apagan la luz y me logro dormir he pensado en lo que hice, lo que me trajo a esta cárcel. No me arrepiento porque aunque era algo ilegal no era nada inmoral o malo; nada que los demás no estaban haciendo o queriendo hacer. Lo que he tratado de entender es por qué uno, teniendo lo básico, siempre anda buscando más, de dónde viene la insatisfacción humana.

He llegado a una conclusión simple y sencilla: la gente no se puede estar quieta. Si uno está aquí, quisiera estar allá; si está pensando en una cosa rápido se desconcentra y piensa en otra; si platica con una persona se aburre y quiere platicar con otra; si tiene mujer se le van los ojos tras otra; si es mujer se le antoja otro chavo o quiere más vestidos o un jardín más bonito o una cocina más bonita o le llama la atención probar también con chavas. No importa qué, la cosa es cambiar, sentir uno que se está moviendo para algún lado, ya sea con el cuerpo o con el alma. En el fondo seguimos siendo nómadas, migratorios, vagabundos y ambulantes y por eso no podemos estarnos quietos.

Ningún gobierno puede exterminar la plaga de hormigas que la gente tiene en el culo. Bastante hizo el presidente Cepillo dándonos lo básico, resignándose a ser un paria entre los presidentes del mundo, teniendo como únicos aliados a los demás parias, a los rechazados como él. Nadie puede culparlo si a estas alturas ya está buscando cómo vivir tranquilo y con cierta comodidad. Quizá lo único que se le podría pedir sería darle a la gente más de libertad para que se pueda dedicar a algún negocio honrado, ganar unos centavos y así vivir con un poco más de dignidad.

¡Qué alivio! Vergüenza me da también, por haber sido tan culero. Hace unos días me entró la paranoia de que los carceleros me estaban leyendo, pues era lógico que si me estaban tratando de sacar la mayor información posible se aprovecharan también de cuando yo no estuviera en mi celda para leer este cuaderno. Podrían haberlo hecho durante los interrogatorios o cuando yo iba a recibir visita. Mientras Tolo y Marvin me torturaban, otro cabrón podría haber entrado y sacado el cuaderno para fotocopiarlo en la oficina de la administración.

Ayer los de mi sector teníamos visita a la enfermería, que queda en el ala opuesta del hospital nacional de donde está el laboratorio de Marlene. Sabiendo que iba a estar fuera todo el día les dejé tendida una trampa a estos carceleros. Puse el ala de una mariposa que se había entrado por la ventana entre la última y penúltima página que llevaba escrita y cuando regresé seguía en el mismo lugar.

Sentí una gran sorpresa, luego felicidad y después me dio risa. Me carcajeaba solo de lo arrastrado que he sido, escribiendo cosas buenas del régimen de Cepillo y hasta de los mismo carceleros ¡y qué si los muy imbéciles no me habían estado leyendo! Lo más seguro es que ya se volvieron analfabetos funcionales.

En fin, toda historia tiene más de un lado y no todo lo que ha hecho Cepillo ha sido malo. No se trata de satanizar a nadie porque los ateos no creemos en Dios y por lo tanto

tampoco podemos creer en el Diablo. ¡Roja se me pone la cara de la vergüenza y me sudan los pies al leer todas las mariconadas que puse! “Ay, los interrogadores pueden obtener de mí todo lo que necesiten”. “Ay, la vida del presidente Cepillo ya forma parte de la historiografía nacional”. “Ay, Cepillo nunca fue demasiado puntilloso en los pagos a los dueños de bares y restaurantes estudiantiles”. ¡Ladronote hijo de la gran puta! Siempre se iba de las cantinas sin pagar. Aprovechando un descuido del dueño, él y sus amigos se levantaban de la mesa y salían corriendo.

Mientras escribía en ese tono de supuesta objetividad sentí como si también estuviera preso en la cárcel de mi propia cabeza. Cabal como decía ese otro loco cerote, el español profesor de Cepillo, Gustavo Aragò: si te colonizan la cabeza estás más que pisado. No sólo estaba preso y aguantando torturas, sino que tampoco me podía desahogar. Aun en mis horas de soledad tenía que seguir tratando de quedar bien con estos hijos de la gran puta. Aunque de nada sirva, ¡qué rico es pensar y escribir lo que a uno le da la gana!

Volviendo a donde estaba antes de que me entrara el ataque de paranoia, la noche en que cuajó el negocio de los celulares supe lo que era la felicidad. Razón tenía porque a partir del invento de Hugo Matías, las cosas mejoraron más allá de lo que nos hubiéramos podido imaginar. Reinaldo puso el dinero para comprar los primeros veinte celulares usados, Hugo Matías los programó y en dos días ya estaba yo saliendo a la calle a venderlos.

Me fui directo al multifamiliar Costa Alegre I y ahí coloqué seis aparatos en arrendamiento. Una señora insistió en comprarme uno y aunque el encargo de Hugo Matías había sido darlos en arrendamiento se lo vendí.

—No hay clavo. Vos tratá de colocarlos en arrendamientos pero si alguien te quiere comprar un aparato vendéselo. ¿Te firmaron los contratos?

Saqué de mi mochila los contratos enrollados, doblados y hechos un molote. También el dinero, lo fui contando mientras se lo entregaba. Le dije que le quedaba debiendo unos centavos porque de ahí había agarrado para comprar una gaseosa y unas papas fritas.

—Vos Hugo, ¿será que me adelantás algo sobre mi quincena? Es que ando sin un centavo y al salir a trabajar a la calle uno siempre tiene que gastar, mano.

—No, yo creo que lo mejor es que se te pague tu sueldo y tus comisiones a fin de quincena, tal y como quedamos. Lo que sí se puede hacer es darte viáticos, algo para transporte y para que podás tomar o comer cualquier cosa.

Así era Hugo, bueno en la parte técnica y bueno para los negocios. Por eso nos fue bien desde el principio.

Del multifamiliar Costa Alegre I seguí cuesta abajo y agarré dos multifamiliares más. De ahí en adelante ya no me acuerdo bien. Todos los días me parecen iguales. Reinaldo y el negro Samper regresaban por la noche con el montón de aparatos, yo regresaba con el fajo de contratos y los molotes de pisto y Hugo Matías se pasaba el día encerrado, programando y maquinando.

Desde la primera quincena se le pagó el préstamo a Reinaldo. Hugo nos dio a cada uno nuestro sueldo y a mí mis comisiones y se pagó el suyo. El dinero que sobró lo dividió en dos, la mitad para seguir comprando celulares y la otra mitad la guardó como reserva para lo que iban a ser nuestras utilidades, de las cuales yo ya no podré ver ni un centavo.

Conforme el negocio se fue levantando también creció el movimiento de plata en el multifamiliar. Nos seguíamos jun-

tando a hablar de otros proyectos pero ahora con más dinero entre la bolsa y mayor tranquilidad en el espíritu. La escasez de comida y guaro se volvió cosa del pasado. Ya fuera el Negro, Reinaldo o yo llevábamos una botella y si se acababa mandábamos a comprar otra. Reinaldo le daba unos centavos a Justa o a Susana para que nunca faltaran las buenas bocas y entremeses. Fuera de eso nada cambió. Seguíamos sintiéndonos parte de la comunidad de desheredados del multifamiliar Costa Alegre II, igual de pelados que antes e igual de solidarios.

Aprovechando que tenía más dinero entre la bolsa, di encargos en el puerto para conseguir cosas para el salón de belleza de Damaris. En lugar de pedirle dinero adelantado se las daba en consignación. Nos volvimos una especie de socios y como yo no le exigía mayor cosa nuestra sociedad se fue convirtiendo en una complicidad sabrosa.

Cuando no estaba el alférez ni andaba por allí el Pepino me invitaba a pasar adelante a su apartamento y me daba algo de tomar. Yo compraba galletas o pasteles en la Pati y cuando le iba a dejar algo se los llevaba. La siguiente vez ella me los servía acompañados de algún refresco o café y así fuimos entrando en confianza.

Una noche, debe haber sido como a las tres semanas de que habíamos empezado a vender los celulares, nos reunimos en la terraza de Reinaldo por iniciativa de Teresa. Yo había pasado comprando una botella de ron Tat Kiao y Reinaldo le había dado a Susana un par de billetes para que hiciera una maleta de frijoles refritos y comprara un rimero de tortillas y un queso. Nos saludamos, intercambiamos chismes, yo me senté a la par de Damaris y cuando estábamos acomodados Teresa aclaró la garganta.

—Bueno, chicos. La prueba de la licuadora salió bien y ya estamos listos para lanzarla a la venta. A mí me gustaría armar de una vez cuatro o cinco. Con Juan Tadeo quedamos que él las podría ir a vender.

—Si me permite, señor Teresa, lo mejor sería sacarle una foto al aparato ese para ver si se logra interesar a las señoras primero, así no hay que andar cargando.

—Reinaldo, ¿será que te prestan una cámara en la escuela?

Reinaldo parpadeó. Matías, él y yo nos cruzamos miradas. Yo asentí.

—Bernal se puede encargar de tomar las fotos, ¿verdad vos?

—Yo con todo gusto te consigo la cámara, Teresa. Lo que no puedo hacer es dársela a aquel para que tome las fotos. Las tendría que tomar yo mismo y sería hasta el sábado porque entre semana doy clases todos los días.

—Sólo mariconadas es usted, Reinaldo. ¡Préstele la cámara a Bernal, hombre!

—¡Vos cállate Negro! ¿Qué sabés vos de los compromisos que yo tengo con los de administración?—El Negro bajó la cabeza haciéndose el regañado. Algunas mujeres le echaron a Reinaldo miradas feas. Samper levantó la cabeza y desplegó su mazorca.

—Te perdono el exabrupto pequeñín, pero con la condición de que vayás a sacar la guitarra.

Reinaldo no pudo reprimir una sonrisa. Entró a su apartamento y regresó con el estuche. El Negro no se movió de su lugar, sólo miró a Reinaldo animándolo a que se la llevara.

El Negro estaba de humor sentimental. Yolanda y otros le pidieron canciones alegres pero él mantuvo la misma línea; *Summertime*, *Mediterráneo*, *La Canción Mixteca*, como si ya estuviera presintiendo algo. Al final todos agarramos la onda

y lo acompañamos palmeando, haciendo coros y siguiendo las letras hasta donde las sabíamos.

Se acabó la segunda botella y la noche se enfrió. Yolanda y el Negro bajaron las gradas juntos. Por quedarme hablando con Hugo, Damaris se me adelantó. Me despedí de él, bajé casi corriendo y llegué al piso de ella cabal cuando estaba a punto de abrir la puerta de su apartamento. Al oír mis pasos volteó a ver, quitó llave y esperó a que me acercara.

—¿Quieres pasar adelante a tomarte una taza de chocolate?

Fue a la cocina, su falda verde claro campaneando como un tiovivo alrededor de sus piernas morenas flacas. Me senté en el sofá sintiendo la marea subir, pero no pude evitar seguir pensando en lo que habíamos hablado con Hugo, que era pasar todos los celulares arrendados a pago anticipado. Eso nos iba a traer más plata e íbamos a poder financiar la compra de más aparatos. Así son los negocios, le meten estática al amor.

Damaris regresó con las dos tazas. Tomamos en silencio. Yo me sentía apurado sin saber por qué y me acabé el chocolate en dos minutos mientras ella sorbía despacio su té de yerbabuena. Vi el reloj, eran apenas las once. Mi trabajo nunca empezaba antes de las diez porque antes la gente anda en otras cosas y no está para atender vendedores y el de ella también porque las señoras van al salón después de haber encaminado sus tareas del día.

Damaris puso la taza todavía con un culito de té verde amarillo sobre la mesa y cruzó la pierna, la palma de su mano derecha sobre su rodilla huesuda.

—Pues yo digo que para este fin de semana ya te puedo tener algo de dinero, Bernalito. El lunes te puedo hacer un pago.

—No tengás pena Damaris porque tampoco me urge. Lo importante es que te estén sirviendo las cosas. ¡Dámelo cuando podás, hombre!

—Es que no te quiero quedar mal porque te has portado tan buena onda conmigo. Mira Bernal, yo reconozco que me había equivocado contigo. Te tenía catalogado como un chavo bayunco<sup>10</sup> y ordinario, pero a partir de que nos comenzamos a reunir te he ido conociendo mejor.

—¡Tú te merecés eso y más, Damaris! Fue gracias a ti que nos comenzamos a juntar. Sos la más joven del grupo, trabajadora y encima guapa.

Al decir esto tomé la mano que tenía sobre la rodilla. Ella no la retiró, en parte para que mi mano no cayera sobre su pierna por la pura fuerza de la gravedad. Me echó una mirada rápida y parpadeó un par de veces. Levantó el meñique y prensó las puntas de mis dedos. Le agarré la mano, acerqué mi cara a la de ella, la miré y como no se movió ni dijo nada pegué mis labios a los suyos con suavidad, sin portarme chucho. Ella abrió su boca líquida y dulce, con olor a yerbabuena.

Besarla fue como recibir la comunión de manos del mismísimo Jesús. Su boca estaba bañada por un néctar dulce, divino y embriagador. Nuestros dientes se chocaron, la pasión nos hizo rozarlos unos contra otros como un instrumento musical primitivo. Arremolinamos nuestras lenguas, puse una mano detrás de su cabeza y ella sus brazos flojos en mis hombros. Alternamos posiciones de cabezas, le puse la mano en la nuca y luego la deslicé despacio hasta la parte baja de su espalda. Damaris retiró la cara, sonrió torcido, se bajó la falda hasta las rodillas y agarró su taza de té. De un trago, se tomó lo que quedaba y dio un suspiro.

—Qué tarde es ya, ¿verdad? ¿Te terminaste tu chocolate?

—¡No, Damaris, no seas así! No me mandés a dormir todavía. Es temprano y ninguno de los dos tiene que madrugar. ¡Es

---

<sup>10</sup> Persona escasa de delicadeza. Tosco (N. del ed.).

el beso más rico que me han dado en toda mi vida, te lo juro! Quedémonos un rato más.

—No, lo que pasa es que ya no tarda en venir el Pepino, pero hay más tiempo que vida, hombre. ¡Andate para tu casa!

Sonrió a labios cerrados, recogió las dos tazas se levantó y se hizo a un lado para que yo pasara.

—¿Te hablo mañana, entonces?

—Mañana no porque voy a estar ocupada, pero ninguno de los dos se está yendo a ningún lado, hombre. Nos vemos cualquier rato por aquí. De todas maneras, seguro que te doy algo el lunes.

Parada como estaba y con las dos manos ocupadas, le di un beso tronado en los labios. Dije buenas noches y me fui para mi apartamento, feliz como si me hubiera ganado la lotería.

Cepillo cerró todas las loterías del país diciendo que eran un invento capitalista para ganar dinero manipulando las ilusiones de la gente. La gente también había dejado de comprar porque si se ganaban un premio no tenían mucho en qué gastárselo ni se podían ir de compras al extranjero.

Nunca he sido putañoero ni pajero pero en este encierro, al pensar en Damaris, me dan ganas de tener sexo con Manuela Palma de Muñeca. Juro por Dios y mi santa madre que al salir de aquí lo primero que voy a hacer es ir a buscar.

Al regresar del trabajo al día siguiente me encontré a Teresa haciendo una demostración de su licuadora a pedal. Sobre una mesa pintada de verde había una sandía, un melón, una papaya, varias anonas y mangos, un racimo de bananos, un pichel de agua, un tarro de azúcar y una torre de vasos plásticos de colores. Detrás de la mesa, Justa cortaba tajadas de melón sobre una tabla de picar, les quitaba la cáscara y las echaba en la licuadora con agua y azúcar. Luis, el hermano de Yolanda que vive con su mamá en otra colonia, estaba montado en la bicicleta, listo para pedalear. Reinaldo ajustaba la cámara.

—¡Dale, pues Luisito!

Luis pedaleó con todas sus fuerzas y la licuadora zumbó. Reinaldo tomaba fotos como un paparazzi. Pasado un minuto Justa le dijo a Luis que parara para ver cómo iba el licuado. Lo probó, le dijo que pedaleara más y cuando estuvo listo sirvió un vaso y se lo entregó al Pepino. Todos nos fuimos acercando a recibir el nuestro. El día siguiente me lo pasé en la computadora de Teresa en el Centro Universitario haciendo el folleto.

Juanta bajó al pueblo con el folleto y regresó con cinco encargos. Eso en lugar de alegrar a Teresa la preocupó porque había que conseguir todas las partes, armar los aparatos y hacerles todos los ajustes. Pasado un mes sólo había logrado armar dos licuadoras, pero mantuvo el ritmo y de allí en adelante no había mes que no terminara dos o tres.

El volumen de plata volvió a dar un salto notable en nuestro multifamiliar. Además de los celulares pirateados y las licuadoras, alcanzaron auge el salón de belleza de Damaris, la clínica de Ricardo, los collares de Susana y los DVD de Simón. Pisto llama pisto, lo pude experimentar en carne propia porque la inyección de dinero del negocio de los celulares les sirvió como estímulo a los demás.

Reinaldo le daba plata a Susana para que preparara un plato de bocas para las reuniones y ella invertía el sobrante en su negocito de collares. Yo compraba una botella de guaro donde la señora de la esquina y al día siguiente su hija llegaba al salón de belleza de Damaris, quien con ese dinero ajustaba para pagarme los cosméticos. Yo le compraba una gorra usada a la mamá del Negro y éste le reponía una cuerda que le había reventado a la guitarra de Reinaldo. Todos ganábamos y todos gastábamos.

Seguíamos teniendo los mismos problemas de siempre. No podíamos viajar, nadie podía comprar carro ni motor para

su lancha, ni montar una fábrica de verdad ni comprarse un terreno para sembrar algo, pero los problemas pequeños se fueron resolviendo. Había comida suficiente aunque fuera sencilla y cosas de beber, aunque no pasáramos de ron Tata Kiao, vino Marañón, Farolazo y *güisqui* de contrabando.

Esos meses vivimos lo más cerca posible a la felicidad. El Negro se le arrimaba cada vez más a Yolanda, Teresa subía seguido al apartamento de Reinaldo aunque fuera sólo a platicar y Damaris y yo fuimos llegando cada vez más lejos.

Hoy vino por mí ese par de desgraciados y sin mediar palabra me llevaron al cuartito. Como siempre, yo traté de meterles plática para ver si lograba suavizarlos pero otra vez se hicieron de oídos sordos. Cuando llegamos me dijeron que me desabrochara el pantalón, me sentaron en la silla y me amarraron las manos al respaldo, y los tobillos a las patas. Tolo, que tiene planta de degenerado, me desabrochó el pantalón y a mí me dio miedo que me fuera a pisar de verdad, pero me alcancé a preguntar, ¿entonces por qué no me amarraron al revés?

—¡Levantá las nalgas!

Extrañado, hice lo que me pedía. Tolo me bajó el pantalón hasta las rodillas, se sacó un alicate de la bolsa del pantalón y se acuclilló. A mí se me fue el alma al culo temiendo que me fuera a agarrar de los huevos pero lo que hizo fue agarrarme el pellejo de la verga.

—Bueno, pues. Decinos qué pensaban hacer tus socios con el pisto en caso que les tocara salir huyendo. Apurate pues, que a nosotros nos están presionando. A los jefes no les pasa que ustedes se los hayan pisado en forma tan descarada y quieren recuperar aunque sea parte de su dinero. Si no nos decís, te voy a arrancar la pija y se la voy a llevar de muestra para que vean que estamos haciendo todo lo posible—. Dicho

y hecho, me agarró la verga con el alicate sonriendo con saña y el diablo en sus ojos.

Apretó y yo tuve una sensación desgarradora. Me dije a mí mismo ¿qué tal si de veras me arranca la pija? Pegué un grito. Tolo siguió apretando y soltando, apretando y soltando. Yo movía la cabeza para los lados con desesperación y soltaba toda clase de pujidos.

Tolo apretaba, yo soltaba un chillido y ellos dos se reían. Tolo volvía a apretar, yo chillaba otra vez y ellos se volvían a reír. Tolo me dejaba en paz un momento, yo me confiaba y respiraba hondo, él volvía a apretar, yo bramaba y ellos se volvían a reír.

—Ah pues, hombre, mejor decinos de una vez por todas qué hicieron con el pisto, vos cerote.

Marvin habló con una voz desilusionada, como si no estuviera hablando con un prisionero sino consigo mismo o con un amigo. Tolo apretó y yo pegué otro alarido. Me di cuenta de que me iban a seguir torturando hasta que confesara algo y decidí darles una pista falsa.

—Va pues, les voy a decir algo que no les había dicho todavía.

Yo tenía la verga amoratada e hinchada pero no me salía sangre. Tolo apretó una vez más y yo grité.

—Miren, pues—. Hablaba entre acezados—. Lo que yo sé es que hay un alférez metido en todo esto. Me lo encontré varias veces secreteándose con Reinaldo Pérez. No sé cómo se llama porque sólo lo conozco de vista pero me dijeron que es el comandante de una de las patrulleras del puerto. Supongo que su papel debe haber sido llevárselos a algún lado. Ese alférez es casero de una señora que vive ahí en el multifamiliar.

Tolo levantó la vista y miró a Marvin. Hizo el amago de que me iba a dar otro apretón y yo sin querer pegué un brinco. Se rieron.

—¿De quién?

—De doña Perla Flores.

—Bueno cabrón. Investigar a un oficial de la Marina es un asunto delicado pero vamos a ver qué se puede hacer. Eso sí, si nos estás baboseando o nos estás dando casaca la próxima vez sí te va a llevar la gran puta. ¡Te voy a arrancar los huevos, vas a ver!

Mañana será otro día, pensé mientras Marvin me soltaba los brazos y Tolo me despegaba la cinta de los tobillos. Me miré la verga, moví la cabeza, vi a Tolo y achiné los ojos con cara de “me las vas a pagar hijo de la gran puta”, pero él vio para otro lado y sonrió torcido.

Tengo los pies amoratados, las manos hinchadas y la verga como si fuera berenjena. Aún así no creo que me hayan causado ningún daño irreparable; son cosas que en un par de semanas se van a curar. Estos cabrones no se arriesgan a dejar evidencias que puedan servir como prueba de sus marranadas.

Para bien o para mal, el daño que me causaron me va a impedir hacer algo que tenía pensado desde hace un par de días. Ya llevo más de tres semanas aquí y sin poderlo evitar por las noches se me vienen distintas imágenes de Damaris en diferentes posiciones y estados de desnudez. Me había resignado a tener sexo con Manuela Palma de Muñeca, pero ahora no me queda otra que mantener mi estado de castidad.

Qué haría uno sin su sentido del humor. En este puerto y en este país tenemos la costumbre de reírnos de todo. Cruza la calle un cabrón, sin ver que viene una camioneta y tiene que dar un gran brinco para que no lo atropelle. ¿Y qué hace?

Voltea a ver al bus y se ríe como si fuera gracia que casi lo mató. Nos ha tocado vivir tanto en el mal tiempo que ya se nos volvió costumbre poner buena cara.

La historia que me inventé del alférez puede no estar tan lejos de la realidad. Las cosas se deben haber dado más o menos así. La policía secreta recibió la orden de catear el apartamento de Hugo Matías a eso de las dos de la tarde porque cuando yo llegué eran las cuatro y ya me estaban esperando. Hugo lo debió haber sabido de inmediato porque le dio tiempo de juntar los papeles importantes e irse con el dinero. Las carreteras se mantienen bien vigiladas, así que su huída tuvo que haber sido por agua.

El alférez no pudo haberlos llevado en una patrullera porque habría sido demasiado choteado. Debe haber usado una de esas Zodiac de la Marina, que tienen carta blanca para navegar por todas las costas sin que los estén registrando. A la hora en que se fueron las olas deben haber estado perras, sobre todo en dirección a Walís y eso les sirvió de excusa para salir disparados, sin preocuparse por encontrarme ni avisarme.

Lo lógico es que el alférez se los haya llevado a Punta Gruesa o al lado waliseño del río Chahal. Esto habría bastado para ponerlos fuera del alcance de las autoridades. De allí pudieron haber tomado una lancha más grande a Walís City o de una vez hasta cayó San Pablo o Palo Rojo.

Yo ya había pensado en todo esto y no fue por casualidad que incriminé al alférez. El par de veces que nos cruzamos en el corredor me contestó el saludo con una mirada fea. A mí se me hace que ya le echó el ojo también a Damaris porque así es esta clase de cerote y ella está para comérsela con crema batida. Si no le pueden probar nada que por lo menos le den un buen susto.

Vino a verme Manfredo. Me confirmó que él había sido el que mandó las señales luminosas y eso me llenó de alegría. También me trajo el afiche de Maximón y unas candelas que no me dejaron entrar, ni tampoco la caja de fósforos ni el paquete de cigarros. Me dijo que Hugo Matías se había comunicado con él, pero no me dio más detalles porque mientras menos yo sepa menos les puedo confesar a estos cabrones y menos los puedo comprometer.

Sólo me dijo que Hugo está preocupado por mi situación y le encargó hallar la forma de sacarme. Lo que más lo llenó de pesar es que Marvin y Tolo me están torturando, pues él sabe que yo no tengo idea de dónde están. Hugo siempre cumple lo que promete y hace todo lo que dice, así que va a encontrar la forma de mandar dinero para financiar mi salida.

Yo tampoco me pienso quedar con los brazos cruzados. Con Manfredo vamos a ensayar nuestro sistema de comunicación pasado mañana entre siete y ocho, cuando todavía esté prendida la luz aquí. Con un amigo pescador van a echar un trasmallo para disimular y si no hay moros en la costa Manfredo va a alumbrar la linterna hacia mi ventana, la va a apagar diez segundos y la va volver a encender.

Lo tiene todo triangulado. En la popa van a estar las luces de Cayos Belcebú que es ahora el Hotel Presidencial, en la proa una torre de telecomunicación y en el centro la cárcel. Sólo tienen que ponerse cabal entre Cayos Belcebú y la torre, apuntar su reflector hacia acá y contar la séptima ventana de izquierda a derecha.

Esto me va a permitir saber que está allí y nada más. Para que él sepa que lo vi, voy a tirar un trapo contra la ventana porque para usar el afiche de Maximón tendría que colgarlo de una pita o amarrarlo de un palo y no creo tener tiempo para hacer los arreglos. El siguiente paso va a ser encontrar

la forma de que yo le mande señales de vuelta. De nada sirve que él se esté comunicando conmigo si yo no le puedo contestar. ¡Tantos celulares que pasaron por mis manos y ahora me toca volver a los métodos más primitivos de comunicación!

Para enviar señales después de que apaguen la luz tendría que conseguir una candela, un candil o una antorcha. Podría hacer un quinqué con un bote y un pedazo de trapo, pero el problema sería conseguir el combustible.

Manfredo me dijo que todos mis demás socios están bien pero no me quiso dar detalles. Me imagino a Reinaldo en España, a Hugo Matías en algún país como Suiza o Dinamarca y al negro Samper en Brasil o en alguna isla del Caribe. Todos deben estar pasándola de lo más bien y el único que se quedó bien pisado soy yo.



Al nomás despertar se le vienen a uno las mejores ideas. Anoche me devanaba los sesos pensando cómo conseguir una escalera y armar mi pequeña garrucha para subir y bajar el afiche, cuando la solución es mucho más sencilla. De noche una candela ilumina el interior de esta celda como si fuera un farol. Sólo tengo que hacer un cartucho con el afiche de Maximón y quitárselo y ponérselo a la candela.

Simplificando más las cosas, antes de que apaguen la luz entre siete y ocho puedo usar la misma bombilla. Me paro en la banca, enrolló el afiche y tapo y destapo la bombilla. Claro que esto sería mucho más choteado porque a esa hora todavía andan vigilantes en el pasillo y también a Manfredo se le haría más difícil estar anclado en la bahía mandando señales en mi dirección.

Todavía no quiero pensar en Damaris porque no quiero que se me vaya a parar. Prefiero distraer mi mente recordando los meses de la época dorada del multifamiliar; cuando nos seguíamos juntando porque siempre había algún proyecto nuevo, teníamos dinero para celebrar y estábamos llenos de esa esperanza que uno siente cuando se le abren nuevas puertas en la vida. Aunque estábamos involucrados en un negocio ilegal, habíamos terminado por convencernos de que el aire es de todos y que las bandas de frecuencia de radio también.

Cuando quiero pensar en una mujer atractiva sin caer en lo sexual, pienso en Marlene. Es de mediana estatura, morena clara, pelo negro liso y se viste sencillo; bonita, sin ser una

gran belleza. Siempre tiene una sonrisa en los labios y una palabra amable para todos. Se lleva muy bien con su marido y se le nota una dulzura natural. Anda con vestidos hasta la rodilla y chancletas de hule, pero cuando pasa uno no puede evitar voltear a verla, no con ojos de chucho como a Yolanda o a Damaris, sino con una especie de admiración y fascinación. Es una mujer cien por ciento femenina, que no le falta ni le sobra nada.

Trabaja en el laboratorio biomédico del hospital nacional, que tiene entrada propia pero se encuentra comunicado con el hospital. En una de tantas reuniones Marlene dijo que el jefe de compras del hospital estaba interesado en arrendar un servicio telefónico y vender llamadas. A mí me pareció arriesgado hacer negocios con un funcionario del gobierno pero de todas maneras lo fui a ver.

Don Andrés vive en una colonia que le dicen El Nacimiento porque todas las casas son pequeñas pero coquetas, como un nacimiento navideño, hasta con caminitos, jardines y arbolitos. Esas colonias las hace el gobierno para que sus empleados de cierto nivel tengan una casa sobre el suelo y no vivan en alto como las gallinas, como nosotros. Desde que lo vi me di cuenta de que era el tipo de persona que le entraba a los negocios turbios. Tenía puesta una camiseta percutida sin mangas y un pantalón caqui. No se le veía cintura por la gran panza, sentado en una mecedora en el porche de su casa con un cigarro sin encender en una mano y un periódico en la otra. Lo saludé, me sonrió torcido y le pude notar un diente de oro.

Rápido caí en cuenta de que en esa colonia era mejor vender los celulares y no arrendarlos. Se notaba que todos tenían buenos empleos y ganaban lo suficiente como para comprarse el servicio con llamadas ilimitadas. Además, por

tratarse de casas individuales, a la gente le iba a ser difícil hacer o recibir llamadas desde otra casa.

Mi olfato callejero percibió algo más. Me quedé platicando con don Andrés sentado sobre la pequeña pared que separa el porche de la entrada de su casa. Me ofreció un cigarro y se lo acepté, a pesar de que casi nunca fumo. Me dio fuego y prendió el suyo.

—Mire, compa. Usted que es jefe de compras del hospital, ¿no será que tiene facilidades para conseguir medicinas, jeringas, cosas así?

Dejó de mecerse y me miró. Pude notar que tenía un ojo más chiquito que otro, como si me estuviera apuntando con un arma invisible.

—¿Y cómo qué cosas querría usted, compa?

—Es que un amigo médico me vive dando encargos porque yo voy seguido al puerto, pero en los barcos no se consiguen cosas de medicina. Le preguntaba porque de seguro usted conoce a los proveedores.

Él miró para abajo, después para un lado, le dio un par de chupones a su cigarro, se hamaqueó con cara pensativa con el labio de abajo encima del de arriba, en una mueca concedora. Dejó de mecerse y me miró.

—Mire compa. Aquí no vamos a estar hablando babosadas. Usted sabe que yo puedo conseguir cualquier cosa que un médico necesite. Pídale a su amigo una lista, me la da y hablamos de precios. Eso sí, que quede entre usted y yo. No le comente nada a nadie y menos a la Marlene. ¡Tst, ni me lo tiene que decir! Sólo le pido que no le vaya a comentar nada a ella ni a nadie—. Me di cuenta de que estaba tratando con todo un profesional.

—Ah, por supuesto que no, compa. De eso no se preocupe, en eso estamos claros. Yo consigo la lista, se la traigo,

usted y yo hablamos de precios, yo lo consulto con él y vemos si camina la cosa. Mi negocio son los celulares pero si le puedo hacer una campaña a un cuate, ¿por qué no, verdad?

—Usted también ganaría algo ¿o me va a decir que no?

—Pues siempre es bueno que quede untada la olla, aunque yo no lo estaría haciendo por negocio sino por hacerle el favor.

—Un negocio es bueno cuando todos ganan o cuando todos tienen algo que perder.

Me despedí del viejo cabrón. Ya estaba oscureciendo. Caminé rápido por la calzada del puerto con la idea de pasar a la Pati a comprarle unos pasteles a Damaris, pero estaban cayendo unos grandes vergazos de agua. Pensando que se iban a mojar, seguí de largo. De todas maneras ya estaban cerrando y además le habría tenido que meter mano a algunos centavos del negocio.

Al llegar me fui directo al apartamento de Ricardo, pero todavía no había llegado. Marlene me pasó a la sala, fue a traer una toalla para que me secara y se sentó en el sofá, con la pierna cruzada y balanceando el pie. Terminé de secarme y me senté en uno de los sillones tratando de hacer conversación, sin poder evitar que mis ojos se desviaran cada rato hacia sus rodillas morenas pálidas, rasuradas y desnudas.

Me preguntó cómo estaban mis papás, haciéndome sentir que los consideraba más de su generación y a mí más como un patojo, aunque los dos tengamos la misma edad. Le dije que mi papá seguía trabajando de celador en el ferrocarril y que mi mamá seguía trabajando de costurera y que cabal por esos días había estado trabajando en el vestuario de una obra en la que iba a salir Yolanda.

Como a las siete y media apareció Ricardo. Nos dimos la mano, besó a su mujer, me preguntó si me estaba pasando algo

y le dije que no, que quería hablarle de otra cosa. Se me fue una mirada rápida en dirección a Marlene.

—Voy a calentar la cena mi amor—. Marlene se despidió desde la puerta de la cocina levantando el brazo y moviendo los dedos, como tocando una castañuela. Le conté a Ricardo de mi plática con don Andrés.

—Pues qué mala onda, Bernal. Cabal hoy estuve hablando con un vista de aduanas que me ofreció conseguirme algunas cosas, si no te diría que sí de una vez. Ahora tengo que esperar a ver qué me consigue este cuate antes de involucrar a alguien más. Encima trabaja en el hospital; por Marlene, vos sabés. Siempre te lo agradezco y cualquier cosa te aviso.

Nos despedimos y yo agarré para mi casa. Se me ocurrió pasar a ver si estaba Damaris pero su puerta estaba cerrada y la rendija oscura. Regresando me topé con Yolanda, quien venía entrando de hacer gimnasia, toda sudada y alegre. Nos saludamos, la acompañé hasta la puerta de su apartamento y en un momento de inspiración al despedirnos la besé en los labios. Ella los apretó, volteó la cara, me miró con simpatía pícara y movió la cabeza.

La siguiente vez que vi a Ricardo me contó que el vista sí le estaba consiguiendo medicinas, pero que se las daba muy caras y que era demasiado exigente para cobrar. Eso lo mantenía entre la espada y la pared: él tratando de cobrarles lo mínimo a sus pacientes y el vista atosigándolo con sus precios y su política de cobros. Quedamos que cuando se le fuera acabando el inventario me haría una lista para que yo se la llevara a don Andrés, pero antes me agarraron.

La verga se cura rápido por ser un órgano lleno de vasos sanguíneos. Ya se deshinchó y me está dejando de doler. El color bajó de morado a café oscuro y el dolor, que al principio era una serie de pulsaciones inaguantables, se volvió un ma-

lestar sordo y parejo, de esos que se sienten cuando uno ya se está comenzando a curar.

Hice un cartucho con el afiche de Maximón y probé tapar y destapar la bombilla. Logro llegar hasta ella sin ningún problema y mi celda se oscurece lo suficiente como para que Manfredo lo pueda notar desde la bahía. Me sigue preocupando hacerlo cuando hay tantos guardias rondando por el corredor.

A pesar de ser tímido y callado, a Ricardo le gusta contar chistes, sin importarle que sean más viejos que la maña de pedir fiado. Una noche, cuando la cháchara inicial en la terraza ya se había quietado y antes de que llegara Marlene y el Negro comenzara su concierto, nos preguntó si queríamos que nos contara uno. Algunos nos miramos las caras porque casi todos son malos.

—Va, pues. Este chiste está dedicado a ustedes los chicos del negocio de los celulares. Había una vez un señor que vivía en el multifamiliar Nenúfares III y que les había arrendado un servicio a ustedes. Un mes le salió la cuenta diez veces más alta y se vino a quejar aquí con Hugo Matías.

Todos sonreímos, animándolo a seguir. Hugo sonrió apenas y asintió, como sospechando que se le venía encima alguna burla o crítica.

—“Pues aquí me aparecen registrados todos estos minutos, caballero”, le dijo Hugo. “Es más, ahora agregué una subrutina que me permite saber a dónde llamó. ¿Quiere que veamos?”. Ingresó el número a su computadora y tecleó comandos. “Mire pues, aquí están todas sus llamadas. ¡Híjuela! Tiene un montón a Nueva York, usted. Con razón. Por eso le salió tan caro”. “¡Cómo va a ser eso!”, dijo el señor, “¡Si yo nunca he llamado a Nueva York! Ni siquiera conozco a nadie allí”. “Pues entonces fue alguien más que vive en su casa, ¿por

qué no pregunta?” “No, si yo vivo solo. Nadie entra a mi casa. Ni siquiera empleada tengo, yo mismo me hago mis babosadas”. “Qué raro. ¿Está seguro de que no hay nadie más en su casa?» «Pues tengo un loro, pero...” “¡Ah, entonces ahí está! Seguro que fue el loro”. Entonces al día siguiente el señor salió a la hora de costumbre pero regresó a los quince minutos y cabal: el loro tenía el celular agarrado en una pata y con dos dedos oprimía teclas. El señor lo oyó decir “¿New York? ¿New York?” Se puso muy enojado, le quitó el aparato, lo agarró de las patas y lo somató contra la mesa y después contra la pared hasta que el loro se desmayó. Entonces agarró un martillo, lo clavó de las alas en la pared y se fue para su trabajo. Como a la media hora el loro se despertó, abrió los ojos y vio un crucifijo que estaba colgado en la pared de enfrente.

A todo esto Marlene ya había llegado, pero Ricardo estaba tan metido en su chiste que no se dio cuenta.

—“¡Vos INRI!”, dijo el loro. Jesús no contestó. “Vos INRI, te estoy hablando”. Como a la cuarta o quinta vez, Jesús dijo en voz grave “¿qué querés?” “Vos INRI, ¿desde cuándo estás ahí?” “Desde hace dos mil años” dijo Jesús. “¡A la gran púchica! ¿Y hasta dónde llamaste?”

Todos nos reímos menos Marlene, que es muy católica.

—A ver si cuando tengás un paciente grave te burlás así, Ricardo.

Ricardo la volteó a ver con la boca abierta. Algunos soltamos risotadas. Ricardo se levantó para llevarla a que se sirviera algo, todos hablamos con todos y al poco rato ya estaba dando la vuelta una botella de ron.

Durante las reuniones, la puerta de la terraza que da a la cocina del apartamento de Reinaldo se mantiene abierta. Entré a sacar un vaso de la alacena y oí el tono de un celular. Era el de Reinaldo, que estaba sobre la mesa. Vi un número

desconocido y sabiendo que Reinaldo no iba a llegar a tiempo contesté.

—¡Reinaldo! Soy Joaquín.

—Esperate Joaquín. Soy Bernal. Ya te lo paso.

Fui a donde estaba Reinaldo, le di su celular y le dije quién lo estaba llamando. Él me miró feo.

El Negro ya tenía rato de estar tocando. Le fue subiendo el ritmo a la música, de bolero pasó a merengue y de merengue a reggae. Justa apareció con un azafate de enchiladas y con eso la noche terminó de ponerse buena. A mí se me alborotaron las hormonas pero en eso le vi a Damaris una carita triste y deprimida. Al despedirnos en su puerta terminó de sepultar mis ardores con un beso frío y rápido, dio media vuelta y entró a su apartamento.

¡Ya, pues! Tan sencilla que era la cosa. Voy a hacer una lamparita con una batería pequeña, una bombilla de linterna y un pedazo de alambre. Todo eso lo puedo meter dentro del zapato. Si pasa un carcelero le digo que es para leer. ¡Quién se va a imaginar que va a haber alguien anclado en la bahía captando mensajes de la cárcel a altas horas de la noche!

El salón de Damaris despegó al empuje de todas las cosas que yo le conseguía; champús, acondicionadores, cremas y jabones, tintes, aclaradores, tratamientos para barros y espinillas, exfoliadores, suavizadores de callos, depiladoras, rasuradoras de vello, desodorantes vaginales, polvos de arroz, pomadas para la celulitis, bronceadores artificiales, pintura de uñas, acetona, lápices de labios, bases para maquillaje, sombras de ojos, crayones de cejas, cepillitos para las pestañas y tratamientos para eliminar puntas quemadas. Cualquier cosa que me ofrecían en el puerto yo la compraba y Damaris jamás me la rechazó. Nunca le pregunté cuánto facturaba pero al poco tiempo consiguió una ayudante, Rita, igual de bonita

que ella pero más chaparra y pintarrajeada. A los pocos meses también se compró una motoneta.

Desde la noche en que contesté el celular de Reinaldo me había quedado pensando qué se traería entre manos ese par de angelitos. Joaquín casi nunca iba al multifamiliar, a pesar de que Yolanda vivía sola; ella era la que se iba a quedar a la casa de él, una casa parecida a la de don Andrés, sólo que más grande y en una colonia más bonita. Joaquín y Reinaldo tenían la oportunidad de verse todos los días, por lo que se me hizo raro que lo estuviera llamando a esas horas.

Una noche salimos con el negro Samper de donde doña Chona y agarramos para el parque a ver si encontrábamos otros músicos con quienes descargar.

—Vos Bernal. El negocio de los celulares está caminando bien pero el problema es que la gente de los demás multifamiliares y colonias no tiene dinero. Las ventas suben pero muy despacio y las ganancias hay que repartirlas entre cuatro. A mí no me importa y estoy seguro que a vos tampoco, pero Reinaldo ya no aguanta las ganas de irse de aquí. Yo tanteo que para finales de año ya juntó el dinero para su pasaje a España y algo para llevar entre la bolsa pero él se quisiera ir antes. El cuate es un buen guitarrista. Yo vivo chingándolo porque somos amigos pero la verdad es que toca bastante bien guitarra clásica. Unos amigos suyos en Barcelona tienen un grupo parecido a los Gypsy Kings, igual de poseros y casi igual de buenos y aquel se les quisiera unir.

—Sí hombre, vos. Todo el mundo quiere un celular pero le cuesta mucho conseguir el dinero.

—No vayás a repetir lo que te voy a decir pero Reinaldo y Joaquín quieren armar otro negocio. A Joaquín le llegan piezas arqueológicas para que las clasifique, como esa escultura que te conté que le dio a guardar a Yolanda. Es un animal de

jade parecido a una iguana con incrustaciones de oro. Puede valer mucho dinero pero Joaquín le dijo a Reinaldo que si le dan diez mil él la deja ir. Reinaldo me habló a mí y como vos te mantenés en la calle pensé que también te sería posible colocarla. Te lo digo en confianza porque éste es un asunto muy delicado. Joaquín se está jugando el puesto, si no es que lo metan al bote.

—Pues con gusto, mano. ¿Creés que sería posible conseguir una foto de esa escultura donde se pueda ver el tamaño, el color, las marcas de oro? ¿Cuánto me tocaría a mí?

—Voy a hablar con Reinaldo para que le tome una. Él me ofreció que partiéramos mitad y mitad todo lo que yo consiga arriba de diez mil dólares y yo compartiría mi mitad con vos.

El Negro se topó con otros músicos y se pusieron a tocar. Yo me quedé un rato y en el camino para mi casa me fui pensando. Transar piezas arqueológicas robadas del Museo de Bellas Artes era un crimen que podía costar varios años de cárcel, por lo que habría que moverse con mucho cuidado. Sin embargo, esto nos daría la oportunidad de ganar un montón de dinero junto y sacarnos de penas porque lo que uno gana poco a poco se lo va gastando.

Ahora la venta de esa escultura me podría sacar de esta cárcel.

En la siguiente reunión Reinaldo se portó muy amable conmigo. Él casi siempre es brusco en su trato, no porque sea mala gente, sino porque es paranoico y siempre cree que uno se lo está tratando de pisar. Como tuvo una mejor educación y tiene más dinero, mantiene una actitud defensiva hacia los pobres. Yo me hice el loco y respondí a sus atenciones como de costumbre, pero en cierto momento nos cruzamos una mirada que nos dio a entender que los dos sabíamos que estábamos en la misma jugada.

Esa noche Marlene llegó con un vestido sencillo y vueludo, fresca y rozagante, y con el pelo húmedo. Al verla Susana se acercó a saludarla y cruzaron palabras. Marlene bajó a su casa y regresó con una bandeja de croquetas de pescado. Hugo Matías y yo sacamos dinero para mandar a traer dos botellas de ron. El Negro pidió la guitarra y Reinaldo la fue a sacar. Yo me fui a sentar junto a Damaris.

El Negro terminó de afinar, hizo unos acordes introductorios y arrancó con *Tú me acostumbraste* al tiempo que yo me acerqué a Damaris. Me senté junto a ella, le puse una mano sobre la rodilla y ella me la retiró como si estuviera quitándose un artrópodo indeseable. Para mantener su pose de estrella apetecida por todos, Damaris prefería no hacer pública nuestra relación.

Pepino ya se cree todo un hombre porque le sale un poco de barba y se la rasura. Esa noche andaba con una pelusa de tres días y como le sale negra parecía un personaje de la televisión gringa. Aprovechando que el Negro estaba tocando canciones movidas y había dejado a Yolanda al garete Pepino la sacó a bailar.

Damaris se hizo del rogar y yo fui a sacar a Susana, quien baila muy bien; de una forma anticuada y con influencias de merengue y chachachá, pero con mucho ritmo, gracia y soltura. Teresa sacó a Reinaldo y al rato ya estábamos todos bailando, excepto Damaris, Justa y Juan Tadeo. Damaris se estaba haciendo la loca y ni por chiste me volteaba a ver, pero mientras más se esforzaba por no verme más me daba yo cuenta de que me estaba controlando.

El Negro tocó *Guantanamera* pero pronunciándolo *Juan-tanamera* mirando a cada rato a Juan Tadeo, quien en su juventud tocó tumbas en un grupo de salsa. Juanta entró al apartamento de Reinaldo y sacó un envase plástico de agua

purificada de cinco galones de la que se vendía antes. Esos tambos suenan mejor que muchos tambores.

Juanta fue entrando en calor y le iba saliendo el virtuosismo callejero. El Negro se quitó la chumpa, le puso la guitarra encima, fue a quitarle Yolanda al Pepino y bailó con ella al puro ritmo del tambor. Yo fui a sentar a Susana y saqué a Damaris, quien esta vez se levantó de un brinco. Marlene y Ricardo también bailaron al son del envase vacío.

Nos despedimos sudados y contentos. Acompañé a Damaris hasta su apartamento cruzando los dedos para que el Pepino no fuera a aparecer. Por suerte se había ido con el Negro a seguir la rumba a donde doña Chona y con seguridad a jalar un poco de coca.

Damaris abrió su puerta y me volteó a ver con una mirada retadora.

—Bueno, pasá buena noche, Bernal. Me voy a dormir porque estoy muy cansada.

—¡Pero todavía no, hombre! Tomémonos un tecito aunque sea. Tu mamá debe estar dormida y el Pepino se fue a seguir la fiesta.

—No, es que no me siento bien. Hoy me vino la regla.

—¡Ah, bueno! Entonces te dejo descansar. Que pasés buena noche.

Caminé a mi apartamento grabándome la fecha, pero mejor no pienso en esas cosas porque todavía tengo la verga dolorida.

En esa época teníamos suficiente dinero como para pasarla bien, pero no demasiado como para que se crearan divisiones y envidias. Todos los vecinos y amigos estábamos saboreando la palabra esperanza, la cual ahora se me figura como una miel verde claro cuyo regusto es un futuro que con seguridad va a ser mejor y que nuestros sueños se van a ha-

cer realidad. Esa esperanza era un vientecito que nos daba impulso durante el día y en la noche más alegría a nuestras reuniones.

La vida no es cola de iguana. Uno no debe hacerse bolas ni desperdiciar una sola oportunidad para celebrar porque nunca sabe cuándo va a estar encerrado en una celda, comiendo frijol y huevo, con las patas hinchadas y con la verga amoratada, si no es que de una vez camino al otro potrero.

Lo único malo era que no circulaba suficiente dinero como para que nuestro negocio siguiera creciendo. Nuestro mercado se estaba saturando. En esa situación y con la euforia que sentíamos nos pusimos demasiado ambiciosos y allí fue cuando a Hugo Matías se le ocurrió otra de sus brillantes ideas.



A veces uno está a punto de escribir algo interesante y en eso apagan la luz y al día siguiente se le olvida o le cuesta retomar el hilo. Iba a contar la idea brillante que se le ocurrió a Hugo Matías, pero en la claridad del día ya no me deslumbra tanto. Una tarde llegué a quejarme con él porque había encontrado mucha gente interesada en arrendar celulares para revender las llamadas, pero no había logrado firmar ni un solo contrato porque nadie tenía el dinero para dar el depósito completo. Unos me habían pedido fiado, otros me ofrecieron vales, otros fraccionar el depósito y otros algún animal o cosa en trueque. Hugo nos había dicho que jamás aceptaríamos pagos que no fueran en efectivo y yo había llegado a preguntarle qué íbamos a hacer para seguir vendiendo.

Mientras yo hablaba Hugo parecía distraído. Se abombaba la parte interior del cachete con la punta de la lengua, se la pasaba al otro cachete y repetía la operación. Ése era su tic cuando estaba de veras concentrado. De vez en cuando me echaba un vistazo, pero rápido desviaba otra vez la mirada.

—Pues sabés, vos Bernal—dijo después de soltar un suspiro—. Aceptar cosas en trueque no se puede porque ¿dónde las vamos a guardar? Yo no quiero chompipes, gallinas, cochitos ni cachivaches en mi apartamento, ni vos tampoco. Vales, pagarés y esas babosadas menos aún porque después quién va a andar cobrando. Yo estoy de acuerdo en que hay que encontrar una solución pero no es así de sencillo. ¡Va a haber que pensarlo muy bien!

—Yo sólo veo dos caminos, mano: o aceptamos el trueque o fraccionamos el depósito para que nos lo vayan pagando conforme vendan llamadas.

—Eso no sería conveniente porque el depósito debe cubrir por lo menos el valor del aparato, si no se van a comenzar a perder. Dejame pensarlo.

—Si no se puede de un modo ni del otro, no veo por dónde vas a encontrar otra solución por más que lo pensés.

—En la vida todo tiene solución, mano.

Hugo le había pedido a Reinaldo que hiciera un logotipo para poner en los recibos, contratos de servicio, afiches y volantes de propaganda y Reinaldo había hablado con uno de sus alumnos, que era diseñador gráfico. Ese día nos reunimos en el apartamento de Reinaldo a ver el boceto. El logotipo tenía la forma de una iguana y yo pensé en la escultura de Joaquín. Reinaldo dijo que era una salamandra y que no tenía mucho que ver con las iguanas, sino más bien con las ranas, una especie de lagartija gorda y arqueada. El diseñador había puesto el nombre *Celulibre* en el centro del arco que formaba el cuerpo del animal. A todos nos parecieron bien el nombre y el logotipo. El Negro y yo nos miramos.

—Está bonito, verdad vos. ¿A quién no le gusta el nombre?

Todos nos encogimos de hombros o movimos las cabezas, dando a entender que no nos importaba o que nos gustaba.

—El logotipo también está bonito. ¿Qué les parece a ustedes? ¿De dónde lo sacaste, Reinaldo?

—¿Les gusta o no?

Hugo, Samper y yo hicimos gestos que sí.

—¿De esos animales no hay por aquí, verdad Reinaldo?

—Teresa me dijo que en las faldas de los volcanes del altiplano sí hay.

—Bueno, entonces dejémoslo así. ¿Quién sabe dónde podríamos dar a imprimir unos mil recibos, unos quinientos contratos y unos mil volantes? ¿Quién tendrá algún negocio de impresión, que no sea del gobierno?

Otra vez nos encogimos de hombros y movimos las cabezas.

—Vos Reinaldo, ¿será que Teresa te haría el favor de sacarnos las copias en la universidad? ¿Por qué no le preguntás?

—¡Ah, puta! ¿Por qué no le preguntás vos?—Solté una carcajada.

—No te pongás brincón, hombre. Yo sólo te lo estoy diciendo porque ella a vos te hace más caso.

—¡Comé mucha mierda!

Nos reímos. A Reinaldo no le gustaba que lo molestáramos con Teresa, a pesar de ser una mujer encantadora. Alegamos un rato y lo convencimos.

—Va, está bueno pues. Todo sea por irme a España, así no tengo que seguir aguantándolos a todos ustedes ¡hijos de la gran PUTA!—Hugo le dio dinero y nos fuimos cada quien por nuestro lado.

Al terminar la siguiente reunión acompañé a Damaris a su apartamento y esa vez sí me dejó entrar. Nos dimos una buena besuqueada en el sofá y cuando el ardor se estaba acabando me puse de rodillas en el suelo y exploré sus muslos con las dos manos. No se dejó bajar el calzón pero le puse el dedo en la entrada húmeda y unos centímetros más. De nuevo me tocó caminar para mi apartamento vestido y alborotado y esta vez no me topé con Yolanda en el corredor.

Reinaldo nos convocó para mostrarnos la papelería que nos había hecho Teresa. Me impresionó lo bonita que había salido y me sentí socio de una empresa formal. Yo me quedé con todos los formularios de contrato, la mitad de los volantes

y la mayor parte de los recibos. Reinaldo y el Negro se quedaron con la otra mitad de los volantes y algunos recibos.

Esa misma tarde comprobé que los formularios me facilitaban mucho el trabajo. No había que estar escribiendo y por estar numerados se podía llevar mejor control. En los lugares donde no pude vender nada les dejé los volantes a algunos patojos, con el encargo de que los repartieran.

Al poco tiempo de estar usando la papelería, Hugo Matías me dio un encargo que me pareció raro.

—¿Sabés qué Bernal? Cuando alguien te ofrezca algo en trueque apuntá en un papel en cuánto te lo ofrecen. Por ejemplo, si te quieren dar un par de gallinas por diez pesos, un chompipe por veinte o un cochito por cincuenta—. Hugo soltó la risa—. Anotá también la dirección y le pasás dejando el apunte al Negro. Entonces Negro, vos tratá de pagar los celulares que comprés con las cosas que le ofrecieron a aquel en trueque, ¿ves? Si por ejemplo alguien te pide cincuenta pesos por un celular, ofrecele el cochito o si no ¡dos chompipes y dos gallinas! —Todos soltamos carcajadas.

—Eso no se puede, vos Hugo. La persona va a querer ver las cosas, no creás que las va a aceptar sólo así. ¡Va a ser una perdedera de tiempo!

—No, porque si no les parecen las cosas les devolvemos los celulares, hombre. Tachás donde dice recibo, ponés pagaré y abajo la cantidad y se lo dejás en garantía.

—¿Y si no les parece?

—Les pagás en efectivo como siempre y se acabó el problema, pero probemos, si no se nos va a estancar el negocio. La gente le ofrece a Bernal cosas en trueque y nosotros no podemos estarlas aceptando, pero tal vez alguien sí las quiere y qué mejor que sea alguien que nos quiera vender un celular,

verdad vos. Nada se pierde con probar. Hací lo mismo vos también Reinaldo y miremos si las cosas caminan por allí.

—Pero a veces la gente pide un precio y las cosas no valen tanto, vos Hugo. Después llega la persona con un pagaré de cincuenta y se da cuenta de que el cochito pisado no vale más de treinta pesos.

—Ahí sí tenés razón, Reinaldo. Cuando te ofrezcan algo vos Bernal, de una vez regatealo. Deciles que no vale tanto, que nosotros se lo recibiríamos en tanto y que ésa sea la cantidad que apuntás. Si al final no están conformes que vengan aquí, les devolvemos su aparato o les damos su dinero o les ofrecemos alguna otra cosa en trueque. ¡En el camino se emparejan las cargas!

—Pues tiene razón aquel, muchá, nada se pierde con probar.

—Sólo que a mí no me serviría de nada porque no puedo estarle ofreciendo a un turista un chompipe o un pato si se va al día siguiente. Yo sí voy a tener que seguir trabajando en efectivo.

—No porque pueden venir a comprarle artesanías a Susana, vos Reinaldo. Los turistas se van con sus collares y sus pulseras y Susana vende sus cositas. Los pagarés no tienen por fuerza que gastárselos, los pueden negociar con gente que tenga algo que les interese.

—¡Putá, mano! Estás complicando demasiado las cosas. Yo mejor sigo como voy y ahí que vea el Negro si puede colocar alguna cosa en trueque.

—¿Y no que querías juntar pisto rápido para irte a España, pues? No desperdiciés la oportunidad aunque sea un poco más complicado, hombre. ¡Probemos!

Al final estuvo de acuerdo en probar. A Hugo Matías se le perdió la mirada, se abombó un cachete con la lengua y después el otro.

—Pero ¿saben qué, muchá? Hagan los pagarés por cifras redondas; de a diez, de a veinte, de a cincuenta. Vos también Bernal; cuando estimés el valor de alguna cosa redondéalo a la cifra más cercana, así a aquellos se les facilitan las cosas.

Todos estuvimos de acuerdo sin terminar de entender el motivo de su petición, pero ya estábamos acostumbrados a que la mente de Hugo pensara en circuitos diferentes. Así lo hicimos y paso a paso, no todos los días ni con todas las personas, la idea de Hugo fue pegando. El dueño de un celular viejo prefería un chompipe para hacerse un buen caldo que un aparato inservible en la gaveta de su mesa de noche. La primera vez que una señora me pagó el depósito con dos pagarés de a veinte y uno de a diez sentí casi como que fuera dinero.

Rápido nos gastamos los mil recibos que había hecho Teresa y tuvimos que pedirle más. Esta vez le dijimos que de una vez llevaran impresos los valores; de a cinco, de a diez, de a veinte y de a cincuenta.

Como siempre, la solución a un problema es mucho más sencilla de lo que uno se imagina. Me puedo olvidar de colgar el cartucho de Maximón. Todo lo que hace falta es la batería, el pedazo de alambre, la bombilla y un poco de tape, alquitrán o hasta chicle. Pego el alambre al polo negativo, hago una argollita de contacto para el polo positivo y pongo la bombilla encima. Con sólo encenderla la ventana de mi celda se va a ver iluminada desde afuera y al apagarla se va a oscurecer. Los materiales me los meto en el zapato y el chicle me lo entro masticando.

Una vez un cuate nos vendió un celular, pero se tardó varios días en ir a recoger sus gallinas y cuando llegó la señora ya se había comido una y vendido la otra. Para que no echara

el viaje de balde le ofreció a cambio un reloj de pulsera que había sido de su difunto esposo. El fulano aceptó y a partir de ese momento nuestros recibos se convirtieron en dinero.

Un día ocurrió el pequeño milagro que se repite todos los días, pero que uno casi nunca ve nacer. El Negro le fue a comprar un aparato usado a la nuera del negro Tomás y le ofreció algunas cosas en trueque. A la chava no le interesó ninguna pero cuando el Negro estaba por irse, ella dio el paso que nos convirtió en emisores de moneda.

—Pero sabés qué Negro. Llévate el celular y déjame ese papel, ahí veo yo qué hago con él. Tal vez junto más y les voy a comprar un servicio a ustedes o se lo vendo a otra persona porque ustedes igual se lo recibirían, ¿verdad?

—Por supuesto Lorenita. Nosotros le aceptamos este pagaré a cualquiera que nos lo presente. Es por cincuenta pesos, o sea que se le daría el equivalente en tiempo de aire o se le descontaría del valor de un contrato o de un celular o de alguna otra cosa.

Cada vez con mayor frecuencia nuestros pagarés fueron aceptados como forma de pago por los vecinos de los condominios y colonias donde trabajábamos. El Negro convencía a los dueños de celulares usados de que se los aceptaran sin que hubiera nada de por medio. Éstos a veces me hablaban por teléfono para ver qué había disponible, otras veces los usaban para comprar tiempo de aire y otras nada más los guardaban como si fuera dinero de verdad.

Por el logotipo de la salamandra, la gente dio en llamarle iguana a nuestra forma de pago. Primero como chiste y después de manera cada vez más natural alguien decía que había comprado veinte iguanas de tiempo de aire o que su celular valía cincuenta iguanas. Al principio nos daba risa pero poco a poco se fue convirtiendo en algo normal.

La siguiente vez que dimos a hacer materiales, Hugo le pidió a Teresa que nos hiciera siete mil con la palabra pagaré en vez de recibo. Nos hizo mil de a cien, mil de a cincuenta, mil de a veinte, dos mil de a diez y dos mil de a cinco. Cuando nos los entregó yo sentí que estábamos recibiendo billetes nuevos, pues en eso se convertirían en cuanto Hugo los firmara como presidente de la compañía y Reinaldo como tesorero.

Hugo había dado el primer paso para resolver el problema del dinero. El respaldo de nuestra moneda era el negocio de los celulares porque todo el mundo sabía que podía cambiar sus pagarés por tiempo aire o por otro celular. Además, como nuestro negocio era ilegal, todos sabían que si hacíamos cualquier cabronada nos iban a denunciar a la policía.

Si hasta ese momento nos había estado yendo bien, ahora nos fue mejor. Las iguanas tenían circulación limitada pero servían para casi todo lo que necesitábamos en el día a día; comida, guaro, bici-taxis, cigarros, ropa del mercado. Una vez Damaris trató de pagarme las cosas que yo le conseguía con iguanas pero me hice el quite porque en los barcos no me las recibían. Tampoco servían para comprar medicinas ni cosas importadas, pero con que sirvieran para las necesidades básicas era más que suficiente.

Recuerdo esos meses, desde que Hugo Matías inventó el dinero hasta que nos desbarataron el negocio, como un torbellino de colores, música, comida, trabajo, alcohol, sexo, amistad y risa. Casi no me acuerdo de nada en particular porque cuando a uno le está yendo bien ni siquiera se da cuenta. Es hasta después, cuando está bien pisado, que trata de acordarse hasta del último detalle.

Una de esas noches acompañé a Damaris hasta su apartamento. Estaba seguro de que su mamá iba a estar dormida porque esa tarde la había llegado a visitar el alférez y se había

tomado una pastilla. Nos besamos un rato en el sofá y cuando llegó el momento de dar el siguiente paso no sé de dónde me salió la inspiración: en lugar de echármele encima, como habría sido lo normal, me acosté de espaldas y la jalé sobre mí. Esto le gustó, me di cuenta que de veras se excitó. Se montó a horcajadas dejando que la falda se le subiera arriba de los muslos, se inclinó para besarme de manera que sus pechos rozaron mi cara a través de su blusa floja, se enderezó, me miró, sonrió y lo volvió a hacer hasta que yo tuve otra inspiración sublime.

Ahí lo más lógico habría sido que yo le hubiera desabrochado la blusa y el brasier, o le hubiera bajado el calzón, pero de nuevo volví a hacer lo menos lógico. Sin cambiar de posición, me desabroché el cincho, me desabotoné el pantalón, me bajé el zíper y me bajé el pantalón y el calzoncillo. Ella me agarró la verga, me la pajeó un par de veces, se hizo el calzoncito a un lado y me dejó entrar.

A mí me castañetearon los dientes de la pura emoción y no me pude aguantar. Por lo mucho que me gustaba, después de que me vine me quedé duro y ella se siguió restregando contra mí hasta que dio un gemido, después otro y otro largo final. Se embrocó sobre mí, me dio un beso y yo sentí sus labios firmes y fríos, como si toda su sangre se hubiera ido ahora hacia partes más importantes de su anatomía.

Nos quedamos un rato abrazados y tranquilos. De repente ella pareció acordarse de algo. Se desmontó de mí como quien se baja de una bicicleta, se enderezó el calzón, se alisó la falda y se arregló el pelo.

—Bueno chulito. Andate para tu casa porque ya va a venir el Pepino. Mañana tengo un día muy ocupado porque hoy tuve que cerrar temprano. Ah y mirá, te encargo que me traigás más acondicionadores de coco porque ya se me acabaron y las señoras cómo me los piden.

Me subí el pantalón, me levanté, me subí el zíper y me abroché el cincho, sintiéndome usado pero feliz.

—Qué pena que no hayamos usado ninguna protección, Damaris. ¡Ni siquiera se me pasó por la mente!

—No, hombre. ¡Si yo hace rato que me puse el DIU!

Soltó una carcajada ante mi ingenuidad. Y era cierto; el gobierno del presidente Cepillo había puesto el control de la natalidad al alcance de todos y todas. Sólo quien se descuidaba o de veras quería tenía o provocaba un embarazo. Me fui para mi apartamento pensando en la siguiente vez.

El costado de la verga se me quedó irritado dos o tres días por culpa de los rozones del calzoncito dorado de Damaris, ardor que me hacía sentir cerca de ella todavía, atesorada iniciación. Suerte que ya se me curó de todas las magulladuras, si no mientras escribía todo esto se podría haber puesto otra vez como berenjena.

Ambrosio me dio una noticia que me dejó turulato, sin poderlo creer, sin saber qué decir, con ganas de llorar o gritar y sin poder hacerlo delante de los guardias. Tal y como hablamos, Ambrosio le ofreció a Ricardo hacerle el contacto con don Andrés. Ricardo le pasó la lista de cosas, Ambrosio se la llevó a don Andrés, éste le cotizó precios y Ambrosio regresó a donde Ricardo a ver qué negocio lograban armar.

Marlene lo pasó adelante, lo sentó en el sillón de la sala, le ofreció un vaso de refresco y ella se sentó en el sofá mientras Ricardo llegaba. Le pregunté si había cruzado la pierna y él me miró con cara de “¿y eso qué putas tiene que ver?” Hablaron de cosas sin importancia y cuando Ambrosio vio el reloj eran las siete.

Los minutos siguieron pasando. Marlene seguía hablando de todo y de nada; de lo rica que había estado la comida en tal o cual reunión, de lo bien que había tocado el negro Samper aquella noche. A las ocho Marlene miró su reloj.

—¡Qué raro! Ricardo siempre viene antes de las siete y si no me avisa. Como ahora casi todos tenemos celular, verdad.

—Sí hombre, gracias a todos aquellos. Pobre el Bernal, ¿verdad?

Marlene le pidió que me mandara saludos y le siguió llevando el rumbo en sus esfuerzos por mantener viva la conversación. Ambrosio tampoco se quería ir porque se sentía bien en su presencia, hasta que se le hizo demasiado obvio. Se

levantó, dio las gracias y le encargó decirle a Ricardo que en cuanto llegara lo fuera a buscar.

Ambrosio se fue para su apartamento, calentó su cena, se la comió y se puso a lavar platos. Terminando estaba cuando sonó su celular.

—¡Hola, Marlene! ¿Ya llegó Ricardo?

—No.

—¿Todavía no? Bueno, no hay pena, cuando llegue decile que hablamos mañana, entonces.

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Marlene?

—Sí—. Voz de ultratumba.

—Marlene, ¿está todo bien?

—No, Ambrosio. Todo está mal. Muy mal.

—¿Marlene, qué pasó?

—Acuchillaron a Ricardo.

—¡Ay, no! ¡No puede ser! ¿Y cómo está él?

—Muerto.

—¡Marlene, no me digás eso por favor! ¡No puede ser! ¿Por qué me estás diciendo estas cosas?

—Me acaba de llamar la policía.

—¡No, Marlene! ¡Esto no puede ser! ¡Voy para allá ahorita mismo!

—No, porque tengo que ir a reconocer el cadáver. Ya no tarda en llegar la policía. Te quiero pedir el favor de que les avises a los demás. Lo vamos a velar aquí mismo en el apartamento.

—¡Ay, Marlene! No lo puedo creer.

—Te tengo que dejar porque me están tocando la puerta.

—¿No quieres que te acompañe?

—No, gracias, amigo. Prefiero que me hagas el favor de avisarles a los demás.

Marlene cortó y Ambrosio se quedó con el trapo de secar platos en una mano y el celular en la otra, sin poderse mover. Reaccionó. Llamó a Susana y ésta tampoco lo pudo creer, hasta que al fin le creyó y dijo que le iba a avisar a Yolanda. Siguieron así, de llamada en llamada y de incredulidad en incredulidad, hasta que como a las diez de la noche lo llamó Teresa para avisarle que iba a haber una junta en la terraza.

Los vecinos fueron llegando solos, en pares y en tríos. Se formaron grupitos, comentando en voz baja. Se hizo una gran rueda pero nadie se quiso sentar. Todos se quedaron parados con las manos cogidas por delante y las cabezas gachas, como esperando un regaño o la condena de un juez. Los cuchicheos subieron de nivel.

—Que yo sepa aquel no tenía ningún enemigo.

—También pudo haber sido una equivocación. Esas cosas pasan.

—A mí me dijeron que aquel estaba presentando un recurso legal contra el gobierno para que le permitieran abrir otra vez su consultorio.

—¿Y no sería por alguna chava, muchá? Aquel era mero entrador.

—¡No seas imbécil, Pepino!

—Un día de éstos te va a verguear el alférez.

—¿Él y cuántos más?

Siguieron así, especulando, esperando, bromeando para disipar la tensión y otros temblando de frío. Sonó el celular de Susana. Ambrosio la vio ponerse seria y supo que era Marlene. Susana habló casi sólo en monosílabos para terminar con “no tengás pena, m’ija”.

—¡Hey! Ustedes, dice que ya regresó de reconocer el cadáver de Ricardo. ¡Ay, sea por el amor de Dios! Dice que se lo llevaron a la morgue para hacerle una autopsia y que hasta

mañana lo entregan. Ella está en su apartamento pero prefiere estar sola.

Se sentía en el ambiente que todos querían ir a consolar a Marlene; abrazarla, compartir su dolor, conmiserarse con ella por este incomprensible crimen.

—Pobre la Marlene. Tan buena gente los dos. No se merecían algo así.

—Sobre todo habiendo tanto cerote que sí se lo merece.

—¡Hacé sho vos, hombre!

—¿A qué horas van a traer el cuerpo, no te dijo?

—No, pero seguro que va a ser temprano porque la autopsia la van a hacer hoy en la noche.

—Yo no voy a poder dormir ni ustedes tampoco. Velemos a Ricardo aun sin Marlene, muchá. Ahorita vengo, voy a preparar algo de comer.

—Lástima que no estén aquellos para que pongan el guaro, hombre.

—¡Sho, por la gran puta!

Durante el velorio se hizo toda clase de especulaciones pero hasta hoy día nadie sabe quién mató a Ricardo ni por qué. A la conclusión que muchos llegaron es que fue una equivocación. Aunque el nivel de criminalidad ha bajado gracias a que el gobierno de Cepillo es un estado policíaco, todavía se dan crímenes por encargo, sobre todo aquí en el puerto y a veces los sicarios se equivocan de víctima.

Con Ambrosio ya no pudimos hablar más porque se nos acabó la media hora. Apenas le dio tiempo para contármelo todo, pero aun así me acordé de pedirle los materiales para la lamparita.

La muerte de Ricardo, increíble y dolorosa, ha servido para restregarme en la cara que la vida no retoña. Los amigos y vecinos del multifamiliar deben estar sintiendo algo pa-

recido. Aunque me queje y por increíble que parezca, tengo suerte de estar metido aquí en la cárcel y que no me hayan desaparecido todavía. Mientras uno está vivo hace todo lo que puede, esté donde esté, aunque sea sólo pensar, escribir o tener sexo con Manuela Palma de Muñeca.

Durante la velación improvisada, Susana y Yolanda convencieron a Marlene de que subiera a la terraza un rato. Tratando de encontrar una explicación para su muerte, leyó la carta que Ricardo le había escrito al juez que estaba conociendo su caso. Según lo que me dijo Ambrosio, todo eran cosas razonables cuyo objetivo era que dieran más libertad para ganarse los centavos y tener mayores motivaciones en la vida.

Hoy me tuve que tragar mis palabras porque en cierto momento deseé estar muerto. Marvin y Tolo vinieron por mí de peor humor que otras veces. Sus jefes les dieron una gran puteada porque investigaron al alférez y me salió el tiro por la culata. Uno dice “mañana será otro día” pero cuando llega ese mañana se arrepiente.

El alférez resultó ser un hombre más allá de toda sospecha. Para empezar, está casado con una sobrina en segundo grado del presidente Cepillo, o sea que tiene cuello de garza, el muy maldito. Segundo, dizque es un héroe de guerra, condecorado porque una vez capturó una tiburonera de pescadores waliseños que se metieron a nuestras aguas territoriales. Por último, el día en que mis socios huyeron tenía la coartada de que andaba en un patrullaje oficial por el río Chahal, cosa que para mí lo incrimina más todavía.

Damaris me contó cuál había sido el acto heroico del alférez. Se lo expliqué a los guaruras pero éstos me oyeron como oír llover. Al llegar al cuartito me dijeron que me bajara el pantalón y el calzoncillo mientras yo seguía dándoles explica-

ciones pero ellos, serios y pálidos como nunca los había visto, sólo movían las cabezas.

—¡Bajátelo rápido, pues!

Mis ojos se desviaron hacia sus manos para ver si alguno de ellos tenía el alicate, pero no. Tolo recogió el alambre con el tomacorriente que estaba en un rincón y yo sentí una oleada de alivio.

—¡Date vuelta!

Tolo me dio un azote con el alambre.

—¡Apurate, pues!

Di la vuelta.

—Ahora poné las manos sobre el respaldo de la silla y abrí las piernas.

Temí que esta vez sí me fuera a meter la verga y apreté las nalgas lo más posible mientras Marvin me sostenía duro de las orejas. Oí a Tolo acercarse, sentí sus manotas sobre mis nalgas, luego el raspado de los alambritos en las paredes del ano y de inmediato el shock eléctrico que me hizo sentir que me salían chispas de los ojos. Pegué un grito.

—¡Quieto o te vas a ir feo!

Marvin tenía una cara seria y empujada. Tolo me volvió a meter el alambre en el culo y yo volví a gritar. Siguió así unas diez veces más hasta que perdí la cuenta. Me escurrían babas en forma incontrolable y por fin, con un ruido de gárgaras acuosas, me cagué.

—¡Putá!

Tolo dio un salto hacia atrás y Marvin soltó la risa. Ya fuera de alcance de mi brote de caca, Tolo se echó un par de risotadas también.

—¡Ve! Ya llenaste todo de mierda. Ahora te va a tocar limpiar.

Después de la injuria de haber recibido toques eléctricos en el culo y de haberme cagado me tocó el insulto de limpiar el cuartito con un trapo que me tocaba ir a remojar en un bote de agua sucia, retorcer y volver a ensuciar. No me preguntaron nada ni quisieron oír ninguna explicación. Fue una sesión de humillación y tortura nada más.

En el camino de regreso siguieron haciendo bromas pesadas, pero en el fondo yo me sentía aliviado de que en verdad no me hubieran hecho algo peor. Estos carceleros son gente burda y tosca y no se andan con contemplaciones de ninguna clase. Se cogen a otros hombres, a animales y hasta frutas. El ardor del ano se quita más rápido que el oprobio de que a uno se lo cojan en contra de su voluntad.

La acción heroica del alférez fue que cuando se topó con la lancha de pescadores waliseños les marcó el alto y éstos en lugar de hacerle caso le dieron toda la gasolina al motor y salieron disparados hacia Punta Gruesa. El alférez los alcanzó antes de que logaran entrar a aguas waliseñas y uno de los pescadores hizo un par de disparos de revólver al aire para asustarlo, pero la lancha del alférez llevaba una ametralladora 30-30 y con un par de ráfagas bastó para que el pescador le quitara toda la gasolina al motor y se dejara alcanzar. Al alférez le dieron una medalla por el acto heroico de meterse con alguien más chiquito que él.

Le voy a escribir una carta a Marlene para que se la lleve Ambrosio, pues no dejo de pensar en lo sola que se debe estar sintiendo. Ella y Ricardo eran tan unidos y no habían tenido hijos. De una vez le voy a pedir a Ambrosio que averigüe si Yolanda todavía tiene la escultura de Joaquín.

Aquí es difícil que las parejas se animen a tener hijos porque no saben cómo los van a mantener ni qué futuro les pueden ofrecer. Además las campañas de control de la natalidad

de Cepillo se han logrado meter hasta el último rincón y casi todo el mundo toma pastillas, se pone el DIU, se hace una vasectomía, se amarra las trompas y si le toca improvisar usa condones, que se consiguen por casi nada en cualquier tienda.

Reinaldo me pasó las fotos de la escultura y vi que era un animal con forma de iguana o lagartija pero liso, panzón y con una cola gruesa del mismo largo que el resto del cuerpo. No tenía cresta en la cabeza ni en la espalda. Sus ojos eran saltones y sus patas cutas, pero lo que más llamaba la atención era su color. Era de jade negro brillante con manchitas de oro amarillo casi redondas por todo el cuerpo, desde la cabeza hasta la cola.

Metí las fotos en mi mochila, pero de buenas a primeras no encontré a quién ofrecerla. Una vez se las enseñé a Ambrosio acordándome de que Reinaldo me había dicho que la escultura era del Perú y él me las pidió para mostrárselas a su papá. Su viejo le dijo que parecía una especie de salamandra que vive en el Ecuador más que en el Perú; que la escultura parecía antigua y que a saber cómo habría venido a parar aquí; que tal vez había sido parte de algún intercambio entre nuestros antepasados de Centro y Suramérica.

Damaris me ha mandado un par de mensajes a través de Ambrosio. Me pregunta cómo estoy, me dice que espera salga pronto, me manda mil besos y me informa que ya se le acabó tal o cual cosmético. Yo habría esperado que viniera a verme o por lo menos que me mandara a decir que me extraña, que le hago falta y que está muy apenada por mí, no sólo que se quedó sin champú de coco.

Aquí uno sólo tiene sus memorias. El futuro no existe porque uno no sabe si cualquier día le dan aguas y el presente tampoco porque es demasiado pura mierda. Sin embargo, puedo recordar a mi sabor y antojo las buenas cogidas que nos

dimos con Damaris en el sofá de la sala de su apartamento, mientras su mamá dormía bajo los efectos de algún somnífero y el Pepino andaba metiéndose todos los narcóticos, alucinógenos y estupefacientes que podía.

A Damaris le gustaba coger, se lo tomaba como algo natural, sin exageraciones ni aspavientos, casi como si estuviera haciendo algún ejercicio, yoga o le estuvieran dando un masaje. Conforme fuimos agarrando confianza yo fui aprendiendo a aguantarme. Poco a poco fui sintiendo cómo ella se aflojaba porque al principio la había sentido muy apretada, como si no tuviera tanta experiencia como aparentaba. Nuestras sesiones sexuales se convirtieron en una gimnasia placentera, más llenas de gusto que de pasión.

Una vez mi abuelita se enfermó y mis papás la llevaron al hospital de Bananera. Se tuvieron que quedar a dormir y eso me permitió entrarla a mi apartamento. Me dio clavo usar la cama de mis viejos y la mía es angosta y se hunde en el centro como una hamaca, así que después de quitarnos las ganas en el sofá de la sala la mandé de vuelta para su casa. Otra vez a Reinaldo le cayó una turista, se fue a quedar a su hotel y yo a base de ruegos y de chantajearlo con la venta de la salamandra lo convencí de que me dejara dormir con ella en su apartamento. Él me recomendó cerrar bien las puertas, llevar mis propias sábanas y almohada, no tocar nada de su comida ni bebidas, no usar su regadera, no fumar, no prender su televisor, no abrir la refrigeradora, no tocar su guitarra y no dejar entrar a nadie más. Yo le dije que sí a todo, que estaba bueno, que no se preocupara, que muchas gracias y que iba a hacer todo lo posible por vender esa escultura.

Fue la única vez que dormimos juntos, atendidos a que el Pepino se había ido de farra y doña Perla se había tomado una doble dosis de somníferos. Me di el gusto de desvestirla,

desvestirme, recostarla en la orilla de la cama, levantarle las piernas, hacerle armas al hombro, chompipito en bicicleta y por último patita de burro en bajada. Ella todavía quería que hiciéramos candelita chorreada, pero diciéndole “ahora le toca al pueblo” yo me le encaramé, le abrí las piernas y terminamos como Dios manda. A las cinco de la mañana se salió de la cama, se puso algunos trapos encima y se fue para su apartamento.

Cuando las cosas van bien la gente anda de buenas. Los tiempos de bonanza sirven de afrodisíaco natural. Una mañana iba yo bajando las gradas camino al trabajo y me topé con Teresa, que venía subiendo con un paquete bajo el brazo. Me dijo que le llevaba una papelería a Reinaldo y yo le ofrecí llevársela, pues en tres brincos llego a la terraza, mientras que Teresa se mueve como galápago en pedrerío empinado. Ella me dijo que no tuviera pena, que de todas maneras tenía que hablar con Reinaldo, que no sé qué que no sé cuántos y nos despedimos.

Ya en la calle se me ocurrió revisar mi mochila y me di cuenta de que sólo me quedaban dos formularios de contrato. Sintíendome tonto por no haberlos contado antes de salir, regresé y subí corriendo al apartamento de Reinaldo. Al llegar a su puerta oí ruidos raros, como el lamento de un manatí en celo cuando se mete debajo del agua allí por Punta de Palma, sólo que en lugar de continuo era intermitente; una serie de gemidos que no parecían humanos, en un tono de voz lastimero y agudo. Paré la oreja y era el crujir de la cama de Reinaldo y los gemidos de Teresa haciéndoles segunda.

Ese día mejor bajé al puerto a ver si le encontraba comprador a la escultura y a buscarle cosas de belleza a Damaris.

El negro Samper le había estado echando los perros a Yolanda desde siempre. Todos lo tomábamos a broma porque Yolan-

da tenía novio oficial y éste, aunque tufoso y mal cayente, tenía más qué ofrecerle. Mujer sofisticada y de ambiente, Yolanda le seguía la corriente como parte de una coreografía divertida, de un papel que le tocaba jugar, el de la bella e inalcanzable musa poniéndosele a tiro al gran guitarrista para servirle de inspiración. Nos acostumbramos a que el Negro se fuera a sentar a la par de ella, le prensara los dedos con la bemba o la acompañara hasta su apartamento, pero de aquello nada.

El Negro y yo tenemos en común que nos sabemos mover en el ambiente complicado y hasta criminal del puerto. Nuestra amistad ha sido más importante que los negocios que hemos tenido y muchas veces hemos dejado a un lado asuntos de dinero con tal de irnos a tomar unas cervezas. Una noche fuimos a donde doña Chona y lo noté cabizbajo, lo cual me extrañó porque el Negro siempre anda de buenas y nada le afecta. Teníamos dos o tres semanas de no platicar y nos habíamos perdido la pista. Aún después de dos cervezas seguía con el moco caído. Yo mantuve mi línea de seguirle hablando de cualquier cosa sin tocar ningún tema serio, dándole la oportunidad de que se alegrara o destapara el gallo. Se acabó su cerveza, le noté indecisión en la cara y yo también le di el último trago a la mía.

—Vos, Negro. ¿Pedimos otra y me contás qué putas te está pasando? A mí no te me hagás la bestia porque te conozco demasiado bien y soy tu amigo.

El Negro me echó una mirada de chivo ahorcado. Le dio un par de vueltas a su botella como si fuera una perinola, movió la cabeza para los lados y sonrió con tristeza. Levantó el brazo.

—¿Doña Chonita? ¡Por vida suya! ¿Querés otra, vos?

Llegó la ayudante de doña Chona con dos botellas ocres empañadas.

—No me pasa nada, mano, pero vos sabés cómo son las mujeres. Ahora la Yolanda me salió con que Joaquín le pidió que se contentaran y hasta le ofreció matrimonio. Ella me pidió unos días para pensarlo y eso me tiene en el avispero, man.

—Ya me había dado cuenta de que andabas bien encanchedo con la Yolanda, Negro. ¿Qué pasó, se peleó con Joaquín y te dio colazo, me vas a decir?

—Entre ella y yo siempre ha habido buen rollo, mano, pero esta onda de las reuniones me dio la oportunidad de verla más seguido y echarle los perros en serio.

—Me di cuenta.

—Como ella andaba con Joaquín siempre se hacía los quites pero hace como tres semanas él le armó una escena de celos por algo que pasó en el trabajo de ella y se pelearon grueso. Cuando me lo contó le dije que no tuviera pena porque yo no soy celoso. Ella se rio y me dijo que a mí me miraba más como a un amigo y hasta un hermano y así lo dejamos. En la siguiente reunión todo siguió igual, ella siempre amable y cariñosa pero poniendo distancias.

—Esa fue la vez cuando vos te fuiste tras de ella como chucho pero rápido te regresaste con la cola entre las canillas, verdad.

—No, lo que pasó fue que ella bajó temprano y yo tenía ganas de seguir tocando. Pues bueno, como a los dos o tres días la fui a buscar a su apartamento.

Me contó que había ido como amigo ya que ella no le había dejado alternativa. Lo pasó adelante, fue a la cocina a traerle un vaso de fresco de sunchales, se sentaron en el sofá y durante la plática le contó que en el canal habían estado haciendo recortes y que ahora la competencia estaba más gruesa y también las intrigas. La falta de comprensión de Joaquín le

complicaba las cosas. Ya estaba harta de trabajar allí porque le daba muchos problemas, dijo, pero más harta aún de estar con gente que no la comprendía.

El Negro me miró con desconfianza y hasta injuria, como si yo le hubiera hecho algo malo.

—Te voy a contar pero no lo vayás a andar repitiendo.

Conozco y admiro a Yolanda pero por su estatus y su relación con Joaquín siempre la he considerado un fruto prohibido, excepto por la vez que le robé el beso. Por eso para mí es fácil y hasta delicioso poner en escena lo que el Negro me contó. En la soledad de esta jaula me hace bien pensar en las cosas buenas, ricas y dichosas de la vida porque es una de las pocas formas de escapar de aquí.

El Negro me dijo que de repente había sentido algo diferente en el ambiente. Yolanda se había dado un baño y tenía el pelo todavía húmedo. Un halo oscuro teñía los hombros de su blusa de seda verde olivo y sus mechones sombreaban dos ramilletes a ambos lados de sus pechos demarcando las copas del brasier. Se levantó, fue a la cocina moviendo de arriba abajo sus nalgas perfectas y regresó con un plato de sardinas y galletas saladas. Le llenó el vaso de fresco de súchiles al Negro y se sirvió ella también.

—Bueno pues, entonces por nuestra amistad—, dijo el Negro con sorna, alzando el vaso.

—Y por la música, ¿no trajiste tu guitarra?

—Se me reventó una cuerda y de todas maneras hoy no tenía ganas de tocar.

—Qué raro, si es lo que más te gusta.

—Me gusta más platicar contigo. Por estar tocando a veces uno no habla con la gente.

—Es cierto, sobre todo en grupos grandes.

—Hasta cuando estamos solos nos cuesta hablar de nuestras cosas, Yolanda.

—¿Qué cosas, Negro?

—Tú sabes. Somos amigos pero entre nosotros siempre ha habido un buen rollo. Lo que pasa es que Joaquín te corta las alas.

—Ay, Joaquín y sus berrinches. Le dije que mejor pasáramos un tiempo cada quien por nuestro lado. Poner un poco de distancia nos va a caer bien a los dos.

—Sí, me contaste. En cambio a mí me caería bien acortar distancias.

Yolanda no dijo nada. Mantuvo una expresión blanda y la mirada en la zona donde confluía con la mirada del Negro. Sin darle tiempo, el Negro la tomó de las mejillas y le dio un beso en los labios. Yolanda parpadeó, no le respondió el beso pero tampoco volteó la cara, sus labios se quedaron relajados y suaves.

—Pero sólo te acercaste a medias.

El Negro comprendió que estaba en uno de esos momentos de la vida que ocurren sólo una vez. Tomándola cargada, sintiéndola pequeña y liviana como una niña, la llevó a su cuarto, la sentó en su cama, la volvió a besar y esta vez ella le respondió el beso. El Negro le soltó el primer botón de la blusa y cuando iba por el segundo Yolanda lo interrumpió para quitársela ella misma. Al Negro le llegó una oleada de su olor a chocolate tibio cuando ella se pasó las manos detrás de la espalda para desabrocharse el brasier. Sus pechos eran pálidos comparados con el resto de su cuerpo y apenas colgaban dibujando medialunas en su parte inferior. Tenía pezones de mujer blanca; rosados, pequeños y apretados. El Negro besaba un pezón hasta que se ponía suave antes de pasar al otro y

repetía la operación, ella sentada en la cama, en jeans y con el torso desnudo, acariciando la cabeza murusha.

Las manos del Negro arañaron la cintura de Yolanda buscando desabrocharle el pantalón, pero ella alzando las nalgas se lo desabotonó ella misma y se lo bajó junto con el calzón. El Negro terminó de zafárselo de cada uno de los pies descalzos, haciéndola levantar las piernas en tijereta de bailarina. Se sacó su propia camiseta y se quedó con el torso desnudo él también.

Yolanda le pareció en ese momento una obra maestra de Dios, pero como yo no soy creyente digamos que de la Creación; sentada con las piernas entreabiertas, la espalda recta, los pezones erectos, los labios separados y la mirada expectante. Al Negro se le figuró el instrumento perfecto y se sintió el músico destinado a tocarlo desde el principio de los tiempos. Agarrándole la cara con las dos manos la volvió a besar, resbaló su lengua entre los pechos, el ombligo y el vientre, le separó las piernas y metió la cara entre el vello con olor a aceite de oliva. Le besó los bordes, exploró primero con la lengua y paró usando las yemas para descubrir la mandarina partida en dos, con un gajo solitario en el centro. Lo lamió y Yolanda se estremeció. El gajo se puso firme y el Negro lo frotó con la lengua arqueada como si fuera un cono. Yolanda echó el torso y la cabeza para atrás, apoyando las palmas de sus manos sobre la cama, los brazos extendidos a todo lo largo, el pelo en cascada hasta la sobrecama.

Sus gemidos subieron de ritmo y tono. El Negro sintió llegado el momento y se abandonó a la voluntad de ella, dejándola decidir cuándo y cómo, agarrándose de sus nalgas con las dos manos para hacer más fuerte el contacto, las piernas de ella estiradas, hasta que de pronto juntó las dos piernas con brusquedad, sus gemidos se volvieron gritos cortos y sus

nalgas se endurecieron en contracciones rápidas, que poco a poco fueron bajando de intensidad. El Negro sacó la cara de entre las piernas y la besó en los labios duros, fríos y casi insensibles como gajos de mandarina verde.

Ya para entonces el Negro había desarrollado una tremenda erección, pero la siguió besando hasta que los labios de ella se volvieron a suavizar y sus pezones a endurecer. Se levantó, se quitó los tenis, el pantalón y el calzoncillo y dejó en libertad a su reptil amorado. A Yolanda se le fueron los ojos y el Negro se lo acercó a la cara. Ella lo tomó con las manos, le puso los labios alrededor de la punta y chupó con extrema suavidad. El Negro se dio cuenta de que Yolanda era tímida para esa clase de cosas y haciéndole presión sobre los hombros la recostó en la cama. Ella se extendió de espaldas sin soltarle la mano, acomodando las piernas.

La penetración fue sedosa, firme y profunda haciendo a Yolanda soltar un grito corto y agudo, de gozo y sorpresa. Estaba toda mojada pero todavía conservaba restos del calambre de sus recientes contracciones. En este punto al Negro le dio por explicarme una de sus teorías raciales pero yo le dije que mejor siguiera contando.

Se sostuvo de los barrotes de la cabecera de la cama con una mano y agarrándole las nalgas con la otra la hizo trinar como una chicharra en celo o como un chelo de una sola cuerda, respondiendo a los gemidos de ella con sus arremetidas. Sacaba una mano de debajo de las nalgas y la hacía aletear sobre la cara, los pechos, la cintura y los muslos. Cuando le entraba la tentación de atragantarse, el milagro de lo que le estaba sucediendo le hacía contenerse; un imperativo de cadencia lo hacía aguantarse como si ya conociera el rango de posibles sonidos de ese instrumento y como músico le fuera imposible no hacerle toda la justicia del mundo. Yolanda lo

besaba en forma precipitada, no queriendo que el Negro se distrajera del vórtice hacia el cual de manera inevitable gravitaba.

Los gemidos de Yolanda se volvieron otra vez agudos y frecuentes. El Negro le siguió el ritmo hasta que las piernas de ella se volvieron a juntar con brusquedad y él sintió sus contracciones, al tiempo que los labios de ella se ponían otra vez turgentes y fríos. El Negro aceleró hasta que sobrevino una explosión en sus orejas, se le aguadaron los muslos y le temblaron los brazos, el pecho y el vientre en un pequeño catastrófico terremoto, haciendo chocar sus ilíacos descontrolados contra los de ella.

Todo se puso oscuro. En el fondo de sus ojos apareció un celaje naranja que lo inundó por completo. Ella siguió moviendo la pelvis con ricura, pero nada podría haber hecho más grande el placer que el Negro estaba sintiendo. En agradecimiento le acarició la cintura y se relajó encima de ella durante unos minutos.

Al terminar su historia nos quedamos callados. Al Negro le volvió el color a la cara y de cenizo pasó al morado berenjena que le es natural. Le dije que ahora sí me podía explicar su teoría racial y me dijo que la gente cree que los negros la tienen grande, pero que eso no es del todo cierto porque a los blancos les crece más cuando se les para; a los negros es más como que se les enderezara. Sí la tienen un poco más grande, dijo, pero también menos sensible porque los nervios se reparten en un mayor volumen y eso hace que puedan coger más tiempo sin venirse, no como los blancos que treinta segundos y a la calle, como dicen las putas del malecón.

Habían vuelto a coger con Yolanda un par de veces hasta que Joaquín se volvió a aparecer en su vida, a decirle que sin ella el mundo le parecía artificial y de mentiras y no sé qué

más pajas. Le dijo que si vivían juntos se le iban a quitar los celos, le habló de matrimonio y Yolanda había aceptado darle otra oportunidad. Esto tenía al Negro chipe pero al desahogarse conmigo recuperó la alegría.

—Vos Bernal, ahora que ya conocés mi teoría no te vas a sentir mal cuando te la veas tan chiquita.

—¡Comé mierda! El tamaño no es lo que importa sino la maña.

—Eso dicen todos los blancos.

Nos terminamos la tercera cerveza ya en ambiente de chingadera. Le pregunté por la escultura de Joaquín y me dijo que seguía en el apartamento de Yolanda. Terminé diciéndole que bendijera su suerte, pues ni en sus más descocadas alucinaciones se le habría ocurrido que Yolanda le fuera a abrir las piernas. Él me miró feo, como si yo lo estuviera menospreciando, pero rápido se dio cuenta de mi buena intención y de lo acertado de mi comentario.

—Más suerte tuvo ese patojo cerote.

La noche en que bailé con Susana para darle celos a Damaris, Pepino había ido a sacarla cuando yo la fui a sentar, actuando todo el tiempo como un joven educado y caballero condescendiendo al bailar con una mujer mayor. Después de la reunión cada quien agarró por su lado y Pepino se quedó platicando con Manfredo, pero rápido se despidió y bajó corriendo. El Negro se había ido con Yolanda, ella se le había hecho el quite y el Negro se había regresado a la terraza. Entraron al apartamento con Reinaldo y se pusieron a intercambiar acordes.

Estaban alternándose la guitarra y presumiéndole uno al otro cuando oyeron pasos precipitados en las gradas y golpes en la puerta. Reinaldo abrió y era Pepino.

—¡Muchá, qué bueno que los encuentro! Vi luz bajo la puerta y por eso toqué. Con lo que me acaba de pasar no me puedo ir a dormir todavía. Vos Reinaldo, ¿tenés algo de tomar, una cerveza o un trago?

—¿Qué te pasó?

—Ni mierda, Pepino. Ustedes se lo tomaron todo y no dejaron nada. Además aunque tuviera no te daría porque sos menor de edad y no quiero meterme en problemas con doña Perla.

—Comé mierda. No, fijense muchá que me fui detrás de Susana; ustedes me vieron. La alcancé cabal cuando estaba abriendo la puerta de su apartamento; le estaba costando, como si se le hubiera trabado la llave y yo se la abrí. ¡Qué si cuando le di las llaves me agarró la mano!

—¿En serio?

—¿Y qué pasó?

—Me jaló para adentro, me besó, me llevó a su cuarto, se arrodilló frente a mí y me mamó la verga. De ahí nos quitamos la ropa y cogimos en la cama de ella. ¡Se vino como tres veces! ¿Vos Reinaldo, no tenés aunque sea un cigarrito, mano?

—¡Patojo pajero!

—Si quieren no me crean, pues.

Reinaldo y el Negro lo oyeron incrédulos porque Pepino es muy dado a hablar babosadas y Susana una mujer decente y seria, pero lo que no se le podía quitar a Pepino era la cara de felicidad. Por si sí o por si no, le dijeron que no anduviera repitiendo la historia ni hablando babosadas, que fuera un poco más caballero.

En lo que nos llevaban la cuenta, el Negro me preguntó cómo miraba la posibilidad de vender la escultura. Le dije que en realidad no le había puesto demasiada atención porque todos nos manteníamos demasiado ocupados con lo de los ce-

lulares. Me dijo que no tuviera pena, que de todas maneras España no se estaba yendo a ningún lado y que Reinaldo no se iba a morir si le tocaba quedarse unos meses más aquí.

El dinero de esa venta podría financiar mi liberación. Yolanda aún la debe tener porque sin nosotros no la pueden vender. Si estuviera en la calle yo haría lo imposible por encontrarle comprador pero cabal así es, cuando uno más urgencias tiene es cuando más maniatado está.

Ya tenía dos semanas de no abrir este cuaderno. No ha habido nada bueno qué contar o se me quitaron las ganas de escribir. Todo este tiempo he estado pendiente de la visita de Manfredo y Ambrosio pero ninguno de los dos ha venido, ni han vuelto a aparecer las luces en mi ventana. Tampoco ha habido nada malo qué contar. Después de que me ensartaron los alambres eléctricos en el culo me han dejado tranquilo. Sintieron que ya no hay más que me puedan sacar o ya se les acabó el repertorio de zanganadas que pueden hacer sin dejar huellas imborrables en mi deteriorado esqueleto.

Los pies y la verga ya se me deshincharon y el culo me dejó de arder. Fuera de sentir un malestar en todo el cuerpo, como si me hubieran envenenado, me siento casi igual que cuando entré, sólo que con unas quince libras menos. Estar aquí se está convirtiendo en mi vida normal y esa es la peor y más insidiosa de todas las torturas, acostumbrarse a lo malo, verlo normal y hasta encontrarlo bonito.

Estos últimos días me han hecho poner los pies en la tierra. Al principio yo me sentía como si fuera el protagonista de una película o algo emocionante estuviera pasando y yo estuviera en el centro. Ahora me doy cuenta de que nada más soy un preso común y corriente en una cárcel de tercera en un país pobre, pequeño y atrasado y que nadie se está preocupando por darle un final bueno o malo a mi historia.

Aquí me puedo podrir. Mañana podría pelar rata y nadie se va a dar cuenta. El protagonismo de las desgracias pasa tan rápido como la novelaría de una noticia roja en la televisión.

Mis papás estaban recién trasladados a la Centenaria cuando me agarraron. Yo les dije a aquellos que no les fueran a decir nada para no preocuparlos y además porque tenía la esperanza de salir pronto de aquí. Además, mi papá nunca quiso comprar un celular por ser anticuado y no querer ser parte de un negocio ilegal.

Hugo Matías, Reinaldo y el Negro siguen desaparecidos. Mi encarcelamiento les debe haber dejado de importar. Así son las cosas; nadie es perfecto ni siquiera Hugo Matías y yo en su lugar habría hecho lo mismo. El muerto al pozo y el vivo al gozo.

Durante las primeras semanas me salió pintarlo todo color de rosa, pero no siempre fue así. Como en toda comunidad, en nuestro multifamiliar había envidias, celos, competencias desleales, mezquindades, mentiras, hipocresías y chismes.

Entre Reinaldo y el Negro, por ejemplo, siempre hubo una gran rivalidad. Reinaldo es un guitarrista clásico, de concierto, de academia, profesor de la escuela de Bellas Artes y tiene un ingreso estable. Además, es coquetón y suertudo con las mujeres. El Negro también es músico de escuela pero perfeccionó el arte de la guitarra en la calle. Le gusta el rock, el jazz, los blues, el reggae y la música popular. No tiene oficio más que ayudarle a su mamá a acarrear pacas de ropa cuando se las traen en los barcos. Nunca le he conocido una novia de verdad, salvo las meseras de los bares, cantinas y restaurantes del puerto que se logra levantar; con la sublime excepción de Yolanda, por supuesto.

Es natural que Reinaldo y el Negro tengan desavenencias y encontronazos. Ese rollo de que el Negro nunca lleva su

propia guitarra y siempre chinga a Reinaldo que le preste la suya es el resultado de alguna desavenencia que tuvieron y se siguen restregando. Reinaldo no desaprovecha oportunidad para hablar mal del Negro y éste trata a Reinaldo como un músico de segunda categoría; un músico a fuerza de estudios y disciplina, no uno natural como él.

Una vez vino un gringo en un crucero. Salió a caminar por el puerto y nos encontró descargando en el parquecito frente a la tienda de doña Chona. El Negro tenía la guitarra y estaba sentado en un círculo de músicos que le hacían segunda, le llevaban el ritmo o cantaban con él. En una pausa el gringo se presentó diciendo que se llamaba Harry Flint y nos dijo que era promotor de espectáculos; a mí me pareció uno de esos personajes que siempre anda sirviendo de intermediario, que igual promueve un concierto que sirve de agente de viajes o vendedor de bienes raíces o representante de algún artista. Nos pareció buena gente, sobre todo cuando mandó a comprar una botella de Tata Kiao y después otra.

Harry estaba muy impresionado por el Negro. En los intermedios le metía plática y al terminar le ofreció organizarle un tour, un concierto en Miami, una audición en un estudio de grabación gringo y no sé qué más pajas. El Negro le llevó el rumbo, le dijo que sí, que con mucho gusto, que por supuesto, que sólo le dijera cuándo y así siguieron la plática hasta que aparecieron las primeras claridades por encima de los techos. El gringo dijo que el barco se iba a quedar en puerto unos días y quedamos de volvernos a juntar.

Al día siguiente coincidimos con el Negro y Reinaldo en el apartamento de Hugo Matías. El Negro contó la anécdota del gringo sin darle mayor importancia y yo lo chingué diciéndole que por fin iba a tener la oportunidad de volverse un mú-

sico famoso. El Negro me siguió la broma mientras Reinaldo nos oía hablar; miraba al Negro, me miraba a mí.

—¿A qué horas vas a bajar al muelle hoy en la noche, Negro?

—A la hora de siempre, enano. Como a las diez, ¿por qué?

Reinaldo casi nunca llegaba a esas descargadas porque siempre tenía planes culturales o había quedado de juntarse con alguna chava, o nada más se quedaba en su apartamento leyendo o practicando guitarra. A mí me sorprendió que esa noche apareciera por el parquecito del puerto como a las diez y media, cargando su guitarra. Todos le dimos la bienvenida porque casi nunca se dignaba llegar y además porque es un excelente guitarrista; otros porque acostumbran sobarle la leva con la esperanza de que los conecte en el ambiente académico y artístico de la escuela de Bellas Artes, les consiga trabajo en algo relacionado con el arte o la música, les abra las puertas para armar alguna presentación o los invite o les dé colada a algún evento cultural.

El Negro le dijo que tocara primero. Reinaldo sacó su guitarra, tocó un par de temas clásicos, otros de flamenco y cuando iba por algo con sabor gitano se apareció el gringo, con dos botellas de vodka nacional dentro de una bolsa de papel. Le dio la mano a todo el mundo y a Reinaldo lo saludó con una inclinación de cabeza. Se sentó en el suelo, destapó una de las botellas, se la pasó al que estaba a la par y la botella dio la vuelta mientras el gringo seguía pendiente de la ejecución de Reinaldo. Éste se tomó un descanso, diciéndole al Negro que era su turno.

Reinaldo metió su guitarra al estuche y se levantó a saludar a Harry. Lo hizo como si estuviera dándole la bienvenida al grupo, cuando ya todos lo conocíamos de la noche anterior.

Se sentó a la par de él y hasta se dio el taco de decirle un par de cosas en inglés.

Al rato ya se habían vuelto grandes amigos. Harry se reía y le palmeaba la rodilla a Reinaldo. Hacia el final de la noche Reinaldo ya se había vuelto el enlace entre el gringo y todos nosotros, incluyendo el negro Samper. Intercambiaron teléfonos y Reinaldo lo fue a dejar a la escalerilla del barco. Al Negro se le pasó por alto la maniobra pero algunos nos dimos cuenta de que Reinaldo le había comido el mandado; aunque a saber cuál mandado porque ser gringo no es garantía de nada.

A las dos o tres semanas Harry Flint llamó a Reinaldo desde los Estados Unidos, pero no le propuso nada concreto. A Reinaldo tampoco le importó, siguió con su plan de irse a España a juntarse con sus amigos tipo Gypsy Kings, a ganarse la vida tocando en los bares de tapas. Para mí que los conozco bien, lo que hizo fue nada más trocearle el conec-te al Negro sin necesidad; no que el Negro se estuviera muriendo por irse de tour a los Estados Unidos ni tampoco que el gringo fuera en serio, pero el caso es que la envidia hace a Reinaldo actuar así.

El Negro tampoco es ningún santo. Jamás hace nada con mala intención o con interés calculado, pero su egoísmo ciego lo tiene convencido de que el mundo gira a su alrededor. Nada importa más que su música, su guaro y de vez en cuando echarse un polvo con alguna chava que se le ponga a tiro. Esta actitud lo hace irresponsable, incumplido y hasta aprovechado.

Antes de que empezáramos el negocio de los celulares, cuando era cien por ciento mantenido por su mamá, el Negro le gorroneaba a todo el mundo. Le debía dinero a muchos y nunca se acomedía a ayudar. De todos es sabido que dejó embarazada a una chava en Breathingrock y que

jamás se interesó por darle apoyo, ni siquiera por saber si su hijo había nacido.

Hugo Matías también tiene su lado oscuro. Es frío y calculador como una serpiente. No se tiente el alma para hacer una jugada de negocios aun pasando por encima de los demás. Uno siempre piensa en no pisar a los pobres pero para Hugo no hay rico ni pobre, sólo socios, clientes y rivales.

Algunos vecinos de nuestro multifamiliar le pidieron teléfonos en arrendamiento sin tener que dejar depósito y les dijo que no. Ellos dijeron que lo conocían desde siempre, que vivían en el mismo edificio y que no se estaban yendo a ningún lado, mucho menos sin pagar o llevándose un aparato que de nada les iba a servir en otra parte, pero Hugo se mantuvo firme. De esa cuenta nuestro multifamiliar es el único que no tiene servicio en todos los pisos.

También es inflexible en su política de cortes. Los pagos se vencen al mes de que se firma el contrato de arrendamiento, con tres días de gracia. Casi todos pagaban puntuales pero a veces alguien tenía una emergencia; se le enfermaba un pariente, le pedían una contribución en la escuela de sus hijos o le caía algún familiar del interior. Iba a hablar con Hugo para que le diera una semana de gracia y él siempre le dijo que ya tenía programado el sistema de manera que si no ingresaba el pago el día en que se vencía el servicio se descontinuaba en forma automática y se acumulaban intereses.

He sido demasiado optimista al confiar en que mis socios y amigos me van a sacar de aquí. Para Hugo Matías mi encarcelamiento debe ser poco más que leche derramada sobre el piso, la pérdida de un peón en su juego de ajedrez. En cuanto a Reinaldo, no me extrañaría que haya sido el responsable de que me dejaran atrás, mientras que el negro Samper andará como siempre interesado en la música, el guaro, las

mujeres y las amistades del lugar a donde el destino lo fue a dejar caer parado.

Para mientras me seguiré pudriendo en esta cárcel. Ya me salieron hongos en los pies, la entrepierna, las axilas y hasta en la nariz porque uno sin querer se mete el dedo y se infecta. Aquí nos dejan darnos un baño cada vez que vamos a la enfermería pero eso lo que hace es revitalizar la infestación de hongos. Además, algunos presos ya agarraron la maña de coger con otros hombres o quizá siempre la tuvieron; se le arriman a uno más de la cuenta, lo apuntalan cuando está orinando o le hacen ojitos y eso hace que uno no se pueda bañar con tranquilidad, mucho menos embrocarse a lavarse bien los pies.

A veces me pongo a pensar por qué habrán acuchillado a Ricardo, si era un hombre tan recto y cabal, que no le hacía daño a nadie sino al contrario. Como dijo el bocón del Pepino una posibilidad es que haya sido un crimen pasional. Allí donde uno lo veía, tan seriecito y bien portado, Ricardo era entrador y amable con las mujeres. Cuando uno tiene una mujer buena y bonita mira a todas las demás con el mismo lente. Muchas le tiraban el calzón y él nunca les hacía caso porque su relación con Marlene era perfecta y ella no dejaba nada qué desear, pero quién sabe. Un par de veces me lo encontré tomándose un café en la Patisería y en gran plática con alguna jovencita. Aquí en el puerto hay gente que por nada manda a acuchillar a alguien y hay otra cáfila de cabrones que por unos cuantos pesos se quiebran a cualquiera.

Ricardo se pasaba de legalista y eso lo pudo haber metido en problemas con la autoridad. Desde que le prohibieron ejercer la medicina en lo privado se entercó en hacer valer sus derechos y le entabló una demanda al Estado. No se puso a pensar que si Cepillo se limpió el culo con la Constitución y ha estado gobernando a fuerza de decretos—ley

con mayor razón le iban a pelar la verga los derechos legales de un ciudadano cualquiera. Con su ensarta de demandas, recursos, interposiciones y amparos, tal vez Ricardo se cruzó con algún juez matrero, quien acostumbrado a manejar el sistema de justicia a su antojo pudo haber mandado a quitarlo del camino.

También es posible que como él era tan acomedido y atrevido en cosas de medicina le haya dado a algún paciente algo empírico y sin querer se lo haya quebrado. A todo médico se le mueren pacientes, máxime con la escasez de medicamentos y equipos y la mala higiene que hay aquí. A mí me consta que varios de sus pacientes se murieron; quién quita algún deudo rencoroso quiso sacarse el dolor matando al galeno.

De allí ya sólo quedaría la posibilidad de que haya sido un error.

Marlene es un ángel y por lo mismo tiene muchos admiradores y enamorados. Por su buen corazón nunca le hace un desprecio o desaire a nadie, pero muchos locos pisados lo toman como si les estuviera dando puerta y se ponen necios. Además, trabaja en una dependencia del gobierno y esa clase de organizaciones está administrada por una banda de gánsteres allegados al presidente Cepillo, del mismo corte del viejo don Andrés, que se creen dueños y señores de este país y están acostumbrados a hacer lo que les da la gana. No me extrañaría que alguno de estos mandamases le haya echado los perros. Varias veces Ricardo tuvo que ahuyentar a algunos por la fuerza, ante la decencia y amabilidad de su esposa; cabrones que la siguieron hasta su apartamento o se vinieron con ella todo el camino bajo el pretexto de acompañarla o la fueron a buscar a su casa fuera de horas. Quién quita algún despreciado, vengativo y amargado, le hizo la mala pasada a Ricardo.

A pesar de los pesares también me causa un estremecimiento de alegría pensar que Marlene es ahora una encantadora y joven viuda, para qué lo voy a negar.

Sea como fuere, la muerte de Ricardo me convenció de que hasta a las personas más buenas les pueden pasar las cosas más pura mierda. Nadie es perfecto y Ricardo tampoco lo era. Uno acostumbra a verle el lado bueno a las cosas, sobre todo a sus amigos, si no la vida se convierte en un continuo bajón.

Hasta la misma Teresa, tan buena hija, tan inteligente y bondadosa, tiene el defecto de ser demasiado consentida y golosa. Cuando algo le provoca no puede resistir la tentación y por eso está tan gorda. Esa gula se le revela también en su enamoramiento de Reinaldo. Se le antojó como un bocadito, se encaprichó con él y se lo quiso comer hasta que se lo comió porque a mí me consta. Con una sola vez no le debe haber bastado porque después se mantuvo pendiente de Reinaldo y oliéndole los calzoncillos, por eso nunca se consiguió un novio de verdad, uno que la apreciara tal y como ella es.

Justa su madre es quien la ha vuelto así, con todos sus consentimientos y alcahueterías. Desde que enviudó ha tenido miedo de quedarse sola. Su forma de mantener a Teresa a su lado es dándole gusto y amamantando sus debilidades, que son la gula y la pereza, cocinándole platillos especiales y no dejándola hacer nada en la casa bajo el pretexto de que debe dedicarse a su trabajo profesional en la universidad. Uno no debe manipular a los otros por miedo a quedarse solo porque solos siempre estamos, como lo he venido a constatar en esta maldita celda.

La misma Susana, con todas sus virtudes, tiene la debilidad de no querer envejecer. Anda todo el tiempo con vestiditos vaporosos, el pelo aclarado, maquillada con un look

natural pero maquillada, con sus sandalias de hippie bien lustradas, pulseritas y collares y flores en el pelo. Ésos son recuerdos de otra época que la hacen verse atractiva, pero no quita el hecho de que poco le falta para ser abuela. Gracias a esos arrancones juveniles fue que al Pepino le salió noche premiada y como él es un güiro cínico y cabrón tampoco es como que se lo haya robado de la cuna. El problema es que Susana no está haciendo nada con su vida, más que sus collares y pulseritas. Como no tiene mayor cosa qué hacer ella es quien organiza las reuniones, las cuales son alegres y hasta tienen buenos resultados, pero eso no la beneficia mayor cosa. El tiempo pasa y ya va siendo hora de que encuentre a un hombre de verdad, que le dé la talla, la haga sentirse respaldada y le eche el hombro, en vez de estar jugando con muchachitos.

Susana es psicóloga. Antes del autogolpe de Cepillo trabajaba en el Seguro Social. Cuando la despidieron trató de continuar su práctica en lo privado, pero no la logró sostener porque aquí en el puerto casi nadie paga por un psicólogo. Entonces se metió a la aromaterapia, la iridología, el yoga, el veganismo y la acupuntura y llegó al borde de la misma brujería metiéndose a adivinar el futuro por medio de los sueños y a tratar de influenciarlo a través de las técnicas de autoayuda y control mental. Estas cosas no tienen nada de malo y algunas hasta pueden ser buenas pero tampoco le dieron suficientes ingresos para vivir. Ahora ya se retiró de todo eso, excepto cuando se lo piden sus amigas o vecinas.

En resumidas cuentas, Susana vive de lo que le mandan David y Elsitá de los Estados Unidos, de lo que ganan con sus trabajos de medio tiempo y hasta del dinero de sus becas. Aquí se puede vivir con poco pero es necesario admitir que una mujer como ella podría estar haciendo mucho más con su vida.

¡Por fin! Hoy vinieron a verme Manfredo y Ambrosio, me trajeron la batería, el alambre, el chicle y la bombilla y también noticias frescas del multifamiliar. No se ha sabido nada de Reinaldo, del Negro o de Hugo Matías ni se sabe todavía quién mató a Ricardo pero todos los demás están bien.

Armé la lamparita en un minuto. Pegué una punta del alambrito al polo negativo con chicle, que al secar se puso duro como cemento de dentista y a la otra punta le hice un aro donde encaja la bombilla. Al pegarla y despegarla, la lamparita se enciende y se apaga.

De una vez les pedí a aquellos que me traigan otra pila, otro alambre y otra bombilla para tener una lámpara de reemplazo y también para aumentar la potencia de la luz. Con Manfredo acordamos usar el alfabeto numérico. Me pidió que no escribiera mucho porque va a resultar demasiado sospechoso si lo ven anclado a media bahía, mirando lucecitas parpadear en una ventana de la cárcel. De momento no tenemos nada qué decirnos, pero vamos a ensayar el sistema este viernes en la noche.

Con la perspectiva del tiempo veo a Damaris como en realidad es, una chica vacía, superficial e interesada. Ambrosio me dijo que se la encontró en la Pati comiéndose un helado con el alférez. No me extraña porque desde hace rato me había oído que ese cabrón le llevaba ganas y también a ella la conozco por interesada y pragmática, al punto de no tener escrúpulos ni siquiera cuando se trata de su propia madre. Tampoco puedo negar que me dolió porque aunque uno se las lleve de hombre de la calle también tiene su corazoncito.

Según Ambrosio, en su viudez Marlene se ha vuelto más tímida y recatada todavía. Sale de su apartamento sólo para ir al trabajo y hacer compras. No fue a la única reunión que se organizó después de mi captura, aunque ahora las reuniones

ya no deben ser lo que eran. En mi cielo oscuro Marlene es la única estrella que sigue brillando con la misma intensidad.

Yolanda volvió con Joaquín. No es que en realidad se hayan separado, sino se dio uno de esos interludios en las parejas, que se pelean durante un par de meses y alguien más, en este caso el Negro, se aprovecha para saborear la fruta que el dueño dejó al garete. Cuando las aguas vuelven a su cauce la aventurilla se convierte en nada más otro motivo de recriminación a la hora de la siguiente pelea.

Ambrosio ya casi ni se acordaba de la escultura de Joaquín. Me dijo que no tenía idea de si todavía estaba en la casa de Yolanda, pero me ofreció averiguar. Venderla sería mi salvación y la forma más segura de salir de aquí. Ambrosio estuvo de acuerdo en ayudarme, pero sin mucho interés, más bien por llevarme el rumbo. Manfredo jugaría un papel clave por sus contactos en el puerto y porque la podría sacar del país. ¡Después de tanto que luchamos por conseguir un poco de libertad financiera ahora me doy cuenta de que la libertad física es lo más importante!

Ya todos los negocios del multifamiliar colapsaron. Susana sigue con su negocito de collares y pulseras artesanales y Justa sigue fabricando sus mismas diez o doce botellas de vino de marañón. Sólo Simón sigue viento en popa con su negocio de vídeos pirateados.

Durante una de las sesiones de tortura confesé que Manfredo le estaba ayudando a Simón en el negocio de los vídeos pirateados. Sabía que al hacerlo no comprometía a Manfredo porque es empleado de confianza del gobierno y además bien visto como deportista, mientras que Simón ya no trabaja para la policía y es obvio que está lucrando en forma abierta e ilegal. ¿Por qué no lo han capturado y ha podido seguir operando como que si nada?

Anoche probé la lamparita. En la oscuridad alumbra hasta el último rincón de esta celda. Probé leer pero como la batería es triple A me dio miedo que se fuera a gastar demasiado rápido. Estuve encendiéndola y apagándola y nadie me vino a molestar.

Hablamos de que Manfredo les ofrezca la escultura a los buceadores que lleva a los cayos, gringos que sueñan con encontrar un tesoro en el fondo del mar, una pieza precolombina o los restos de un galeón español. Cuando no encuentran nada se desilusionan y en esas condiciones pueden estar dispuestos a comprar una pieza prehispánica, valiosa no sólo por su antigüedad sino por sus materiales.

Le dije que la venda en lo que le den, pero que no sea menos de cinco mil dólares porque con eso yo convengo a los de la perrera que me dejen ir. Bajan a todos los presos en la enfermería, yo me quedo de último, cierran la puerta sin llave y cuando regresen ya no estoy. Nadie se va a dar cuenta hasta que la perrera esté de regreso aquí en la cárcel y hagan el recuento. Ya en la calle yo arreglaría cualquier cuenta pendiente con Manfredo y Joaquín, usando los recibos y pagarés que tengo guardados en la gaveta de mi mesa de noche.

Los de la perrera van a querer pago anticipado o por lo menos contra entrega de mi persona al mundo de la libertad. Debo hacer arreglos para que alguien llegue a algún lugar cerca de la enfermería el día y la hora en que me van a soltar, con el dinero contante y sonante en la mano. Un buen sistema de comunicación es necesario para que yo sepa que la escultura se vendió y en cuánto, para que haga trato con los de la perrera y para coordinar la entrega del dinero.

La gente sigue aceptando nuestros pagarés y recibos con la fe de que vamos a regresar, que Hugo va a volver a hackear las señales y que sus celulares van a volver a funcionar. Las

iguanas sólo corren en el puerto y no en todas partes ni entre todas las personas; sólo las aceptan en los negocios que quedan cerca de los multifamiliares y colonias que utilizaban nuestros servicios y donde los comerciantes se acostumbraron a tenerles confianza. También en tienditas, ventas callejeras, puestos de licuados y helados y expendios de licor. Los que trabajan para el gobierno no las recibían antes y menos las van a recibir ahora.

Las autoridades han tomado la monetización de nuestras facturas y pagarés como otra muestra de lo alagartados que éramos al aprovecharnos de la credulidad de la gente. No lo han visto todavía como lo que en verdad fue, un golpe exitoso contra el monopolio monetario del Estado, contra la dictadura financiera que impone el que tiene la maquinita de hacer billetes. Nosotros estamos siendo perseguidos por el pecado venial de hackear celulares, cuando nuestro pecado capital es habernos liberado de la esclavitud en que nos tenía quien controla el dinero.

Esa liberación también me hizo caer en una tentación. Además de meterle mano a la plata de los depósitos para hacer alguna compra, logré armar un pequeño negocio de cambio de moneda. Los depósitos de arrendamiento me los daban a veces en efectivo y a veces con nuestros propios recibos y pagarés. Yo rápido me di cuenta de que a la hora de pagar en una tienda la gente seguía prefiriendo el dinero del gobierno. Aceptaban nuestros recibos o pagarés, pero siempre les aplicaban un descuento. Si yo compraba una cerveza que costaba dos cincuenta y pagaba con un recibo de a diez, por ejemplo, en vez de darme siete cincuenta la doña me daba siete y se quedaba con cincuenta centavos. Por ser de circulación restringida, nuestro dinero recibía una penalización, sobre todo para cosas que no tuvieran nada qué ver con los celulares.

Una vez una señora me pagó un depósito de arrendamiento con tres de nuestras facturas de a cincuenta. Me dijo que tenía otras tres y me pidió favor que se las cambiara por dinero del gobierno porque una hija suya andaba de visita y antes de que se regresara a su pueblo quería darle unos centavos. Yo le dije que estaba bueno y sin pensarlo dos veces le di ciento cincuenta pesos por las tres facturas.

Caminando de regreso al multifamiliar me di cuenta de lo bruto que había sido. Si le hubiera ofrecido ciento cuarenta o hasta ciento treinta ella habría aceptado y yo me habría embolsado diez o veinte pesos. Claro que habría sido mala onda bajarle dinero a una señora pobre que encima se los iba a dar a su hija, pero de todas maneras la oportunidad había estado allí y yo la había desperdiciado.

La siguiente vez que alguien me ofreció iguanas en pago yo le pregunté si no tenía más. El cuate me dijo que tenía un montón y que pensaba usarlas para irnos pagando su consumo telefónico mensual. Le pregunté si no quería vender algunas y él se me quedó viendo.

—¿Cómo así, cuate?

—Pues tal vez usted no se quiera esperar hasta que las pueda usar para pagar sus gastos de celular. De ser así, yo se las podría recibir. Sólo le haría un descuento del diez por ciento, o sea que le doy noventa pesos por cada cien que usted me dé en recibos o pagarés.

—¡Ve qué de a huevo! Ustedes dan esos papeles al uno por uno y ahora me los quieren recibir por menos.

—No, si nuestra compañía se los sigue recibiendo al uno por uno, cuate. Yo por hacerle el favor le cambiaría algunas iguanas dándole de mi propio dinero, así usted no tiene que esperar hasta que termine el mes para gastárselas. Ahora si no quiere ¡a la fuerza, ni la comida es buena, compadre!

Cerré mi mochila y le di la mano pero él en vez de tomarla se levantó.

—Espérese compa, tiene razón. Más vale pájaro en mano. Trescientos le voy a cambiar.

Fue a la cocina, regresó con un fajo de papeles y contó trescientos, mientras yo contaba doscientos setenta, sintiendo mi corazón palpar de la emoción de estarme ganando treinta pesos de la nada y con trinquete.

De allí en adelante cada vez que alguien me pagaba con nuestros recibos o pagarés yo le preguntaba si no tenía más y seguido hacíamos negocio. El descuento normal era del diez por ciento y de esa cuenta y sin hacerle ningún daño a nadie paraba ganándome trescientos, cuatrocientos pesos adicionales a la semana, los cuales casi siempre cambiaba a dólares para comprarle productos a Damaris, la ingrata.

La cosa se complicó sin que yo me diera cuenta. Algunos cabrones me robaron la idea y se dedicaron a comprar nuestros pagarés y recibos también. Se aprovechaban de que la gente tenía alguna urgencia, les descontaban el quince y hasta el veinte por ciento y después los daban en pago por servicios de celular o los colocaban conmigo. Yo les descontaba el diez por ciento y ellos se quedaban con la diferencia. Estos cambistas coyotes llegaron a manejar regulares volúmenes y hacían sus buenas fichas también.

Algunos de ellos se dieron cuenta de que habían logrado centralizar mis puntos de compra y se sintieron con mayor poder de negociación. Me obligaron a bajar mi margen primero al ocho, después al siete y por último al cinco. Lo bueno fue que también facilitaron mi vida, pues ya sólo me tocaba tratar con uno o dos intermediarios en cada multifamiliar o colonia y mis negocios eran al por mayor.

Una vez una doña me dijo que ella podría dedicarse a juntarme pagarés y recibos, siempre y cuando yo le diera alguna constancia, algún papel donde dijera que yo le iba a comprar esos recibos y pagarés en tal fecha, para tener ella un respaldo. Saqué de mi mochila una hoja en blanco con el membrete de la salamandra y escribí el equivalente a una promesa de compra. “Por este medio yo, Bernal Alejandro Gutiérrez Nájera, prometo comprarle a la señora fulana de tal el equivalente a mil pesos en recibos y pagarés emitidos por la compañía *Celulibre*, por los cuales pagaré un total de novecientos cincuenta pesos, compra que realizaré el día tal y tal del presente año, en efectivo y en moneda nacional”. Le puse mi firma y se lo entregué.

En la fecha indicada toqué a su puerta pero nadie contestó. El apartamento sonaba vacío. Una vecina me dijo que a la señora se le había muerto su hija y se había tenido que ir a vivir a su pueblo para cuidar a sus nietos.

—Pero me dejó un mensaje para usted. Don Bernal, ¿verdad? El del negocio de los celulares.

—Para servirle, señora. ¿Cuál es el mensaje?

—Que le había dejado unos papeles con el señor del trescientos dieciocho. Ese apartamento queda cabal encima de éste, un piso más arriba.

Me abrió la puerta un tipo alto, moreno y flaco, con una gran panza cervecera. Me pasó adelante y fue a sacar un fajo de pagarés y recibos, más la promesa de compra que yo había firmado.

—¿Cuánto me tiene?

—Mil, o sea lo que dice este papel.

—Muy bien. Entonces yo le doy novecientos cincuenta, como dice el papel.

—Pero mire caballero, a mí la señora me cobró veinticinco por el papel que usted le firmó. Dijo que me tenía que cobrar porque ese había sido un negocio seguro, ya que aunque bajara el valor de los pagarés usted me tendría que mantener el precio.

—¡Ah, pero ese no es problema mío! Ese fue un trato entre ustedes, yo no tengo nada que ver.

Alegamos un rato y le di novecientos setenta. Mientras bajaba las gradas me reía para mis adentros, pensando en lo tremenda que es la gente, que no deja pasar una sola oportunidad para ganar dinero, lo cual me llevó a pensar que sin querer había descubierto otra forma de ganar dinero y también. Si la doña había logrado vender mi papel en veinticinco pesos y el cuate se lo había comprado, bien podría yo hacer lo mismo, o sea comercializar mis propias promesas de compra de facturas y pagarés.

Lo fui dejando al tiempo y cuando sentí ya me habían agarrado, pero ahora entiendo que así nacen y se hacen las grandes estafas financieras, inventando papeles y vendiéndoselos a la gente. Igual pudo haber venido otro más cabrón y comprado mis contratos al por mayor para venderlos con ganancia, creando una bolsa de valores. Por eso debe ser tan fácil que todos esos negocios se conviertan en grandes estafas, porque no hay nada detrás de ellos más que la ambición y la inseguridad de la gente. Son castillos de naipes y aún así hay burros que se tiran por la ventana cuando se vienen abajo.

En mi pequeña operación de compra de recibos y pagarés, a veces juntaba más papeles de los que le podía entregar a Hugo Matías a cuenta de los anticipos y los tenía que ir guardando para írselos soltando poco a poco. Él me miró raro un par de veces que no le entregué ni un centavo en efectivo, sólo puros recibos y pagarés, pero no me dijo nada. Quizá se

dio cuenta de lo que yo estaba haciendo y se hizo el desentendido, pensando que así como él había inventado el dinero yo también había descubierto la forma de jugar con la tasa de cambio. Por esos días le entró cierta frialdad hacia mí; como si lo supiera pero no me quisiera reclamar para no agrandar las cosas. No me debería extrañar que ahora me tenga abandonado. En su mundo electrónico yo debo haber sido un corto circuito y ahora el flujo de carga se ha vuelto a balancear.

Gracias a ese negocito paralelo todavía tengo un gran fajo de pagarés y facturas en la gaveta de mi mesa de noche. Mis papás sabían que yo tenía esos papeles, pero nunca los tomaron en serio; siempre los vieron como una cabronada que algún día acabaría mal. Para ellos, habíamos cometido un delito al hackear el sistema de telefonía nacional, pero para mi viejo es fácil hablar porque él tiene asegurado su sueldito como celador rotativo del ferrocarril.

Le pedí a Ambrosio que fuera a sacar de mi gaveta el equivalente a cien pesos, los cambiara y le diera el dinero a mi abuelita para ir aceitando la maquina, en caso de que sea necesario cambiar más. Además a la viejita siempre le caen bien unos centavos extra para comprar una botella de ron o un paquete de cigarros, porque le encanta fumar.

A raíz de que Hugo Matías inventó el dinero, la escasez de comida y bebida se volvió una cosa del pasado en nuestro multifamiliar, pero yo a veces sentía que no la pasábamos igual de bien. En los tiempos de penuria uno valora más las cosas; la media botella de ron robada al papá de Ambrosio, la bandeja de tortillas con queso que nadie se esperaba, la caja de galletas danesas que algún dignatario le había regalado a Yolanda. Ya con plata, el dinero mismo se volvió tema de conversación. Comentábamos que la vez anterior se había gastado más o menos y qué cosas habían salido más caras.

Los vecinos se volvieron más exigentes. Mientras antes todos nos conformábamos con lo que había, ahora alguien se quejaba de que se habían acabado las boquitas, de que este ron no estaba tan bueno como el de la vez anterior o exigía que se mandara a traer hielo o se comprara cerveza. En lugar de disfrutar lo que teníamos, nos quejábamos de lo que no teníamos. La libertad financiera nos convirtió en esclavos del dinero, por eso ahora ya sólo me interesa recuperar mi libertad física y me pelaría la estaca seguir siendo igual de pobre que antes.

Una noche Simón pidió la palabra. Dijo que así como Hugo Matías había hackeado la telefonía celular también podría hackear la señal de los satélites que transmitían películas. Hugo dijo que esas cosas era mejor hablarlas en privado, pues había detalles técnicos que iban a aburrir a los demás y además un par de asuntos delicados. Yo me quedé intrigado por la idea y los pocos días le pregunté si había logrado reunirse con Simón.

—Mirá vos Bernal. Simón no es una mala persona pero es demasiado necio y cerrado. Yo le expliqué que hackear un satélite es igual que hackear una torre telefónica, pero que en mi opinión no vale la pena porque muy poca gente compra películas pirateadas por no tener aparatos de reproducción, mientras que todo el mundo tiene celulares. Para eso sería mejor vender las antenas y el servicio y que a ese negocio sí le podíamos entrar juntos. La cosa es que yo los tendría que meter a todos ustedes porque son mis socios y a él le tocaría sólo la quinta parte. De todas maneras, habría que hacerlo todo de nuevo; hackear la señal, fabricar las antenas, poner un control de tiempo y un sistema de desconexión cuando la gente no pague, visitar los multifamiliares y colonias, vender el servicio, hacer las instalaciones, etcétera. Él sólo no lo iba

a poder hacer, mientras que nosotros ya teníamos todo el sistema montado.

—¡Putas vos Hugo! ¡Qué buena idea! ¿Y qué te dijo? Yo me encargaría de vender los servicios. Lo hacemos igual que con los celulares, con contrato, depósito y toda la cosa. ¿Vos decís que podés hacer un programa para llevar el control y cortarles a los que no paguen? ¿Qué te dijo Simón?

—Por eso te decía que es muy necio y cerrado. Primero insistió en que hackeara la señal satelital, para seguir él grabando los DVD y vendiéndoselos a la gente. Después como que vio la luz y me dijo que tal vez sí era posible hacer lo que yo le estaba proponiendo, ¡como si yo no lo hubiera pensado! Si un satélite es la misma cosa que una torre, sólo que se encuentra hasta la puritísima mierda, allá arriba en el espacio. Entonces salió con que él quería controlar todo el negocio y yo le dije que eso no era posible; número uno porque había sido idea mía y número dos porque nosotros haríamos casi todo el trabajo. Lo que él había hecho era haberme puesto a pensar y ahora todo lo que tenía que hacer era ayudarnos en las ventas.

—Pues sí, mano. Tenés razón. No lo necesitamos para nada. ¿Qué te dijo?

—Siguió necio en querer controlar todo el negocio y si no que yo le hackeara un satélite para su uso personal. Le repetí que era mejor hacer el negocio completo, pero él me dijo que en esas condiciones no le interesaba trabajar.

—¿Y cómo quedaron?

—Se fue como la gran puta. Dijo que éramos unos azadones y que no colaborábamos con nadie a menos que nos fuéramos a servir con la cuchara grande, cosa que vos sabés no es cierta porque si algo hacemos es ayudar a los demás. Yo creo que va a entrar en razón. Tiene que hacerlo porque si no

él va a seguir en las mismas mientras nosotros seguiremos avanzando.

—Sí, mano. La idea es buenísima, pero haciéndolo como vos decís, no con su sistema anticuado. ¡Nosotros somos el futuro!

Teníamos los humos hasta arriba. Estábamos en la cúspide de nuestro imperio de operadores telefónicos piratas. A partir de allí nos fuimos para abajo y yo no he logrado tocar fondo todavía.

Cuando las cosas importantes se salen de rumbo, lo demás termina por desmoronarse; o tal vez cada cosa tiene una duración determinada: un principio, un acenso, un apogeo y un descenso hasta llegar al final, que es cuando todo se jode. En retrospectiva me parece que a partir de ese desencuentro con Simón nuestros asuntos en el multifamiliar se comenzaron a torcer.

Teresa llegó a una reunión con un juego de dibujos con el diseño de una máquina para hacer helados. Igual que la licuadora, se trataba de una bicicleta adaptada, sólo que sobre la mesita iban dos cubetas, la de afuera fija y la de adentro daba vueltas cuando uno pedaleaba. En el centro iba un juego de paletas también fijas y al girar la cubeta las paletas agitaban el contenido, o sea la leche endulzada, con los sabores que uno le quisiera echar. Entre las dos cubetas había un espacio para poner hielo con sal. Dijo Teresa que la sal bajaba el punto de congelación del agua y que eso producía un agua tan fría como el hielo, pero con un mejor contacto con la superficie metálica de la cubeta de adentro y no sé qué más cosas.

Luego pasó a la parte de producir hielo. Dijo que se podía fabricar usando molinos de viento o usando calor a base de gas propano o kerosén para expandir los gases refrigerantes. Hugo la interrumpió.

—Perdoname, Teresita. A mí me parece muy interesante todo lo que estás diciendo, pero para hacer un rehilete se necesita de un taller que trabaje con alta precisión y aquí en

el puerto no hay. En cuanto a un refrigerador a base de calor, va a ser un problema conseguir el combustible. Mejor dejame ver si logro diseñar un concentrador de calor solar. No importa que sólo opere durante el día porque si el enfriador está bien aislado se conserva el frío durante la noche.

Teresa lo miró con ojos tiernos y le dijo que estaba bien. Hugo tenía razón. No sólo se iba a volver problema lo del combustible, sino que todo el proyecto era demasiado trabajo sólo para producir helados, cuando aquí la gente los fabrica en el congelador de su casa o los compra en las tiendas; además se come si mucho un helado o dos al día. Lo que Hugo había hecho era darle una buena excusa para abandonar el proyecto, pero no todos los negocios tienen que ser una mina de oro como el nuestro. A veces basta con que al dueño le salgan las cuentas, pueda vivir de eso y le esté prestando algún servicio a la comunidad, al estar produciendo algo útil.

Yo me fui para donde estaba Damaris, pero antes de que me sentara ella le habló a todo el grupo.

—Quisiera hablarles del siguiente paso que quiero dar en mi salón de belleza.

Dijo que gracias al movimiento que estaba teniendo había llegado el momento de comprar un par de secadoras profesionales y que había que traerlas de Walís. El precio de cada juego era dos mil dólares, dijo, sin poder evitar lanzarle una mirada a Hugo Matías. Dijo que tal vez Manfredo le podría hacer el favor y Hugo Matías achinó aún más los ojos, porque ya de por sí los tiene chinos, seña de que le estaba encontrando peros a la idea.

—Damaris, ¿no será que te estás complicando la vida más de la cuenta? Tú vas bien, creciendo poco a poco y promocionándote de boca en boca, ¿por qué mejor no seguís así? ¿Para qué querés dar un salto tan grande? A mí me daría clavo

que aquel se viniera desde Walís en una tiburonera llena de equipo. Va a ser demasiado choteado ¿y qué tal si lo agarran? Perderías tu inversión y aquel va a parar a la cárcel y le decomisan la lancha.

—Gracias Hugo, pero yo ya necesito dar un salto y trabajar de una manera más formal. ¿Qué piensan los demás? —Las mujeres se miraron entre ellas o vieron para otro lado.

—O sea que tú querrías que Manfredo te estuviera trayendo cosas de Walís todo el tiempo. ¿Se puede, vos?

—Se puede, pero mientras más seguido más probabilidades hay de que a uno lo agarren. Un solo viaje se puede hacer sin mayor problema pero luego te comienzan a controlar los guardacostas o te chilla un lanchero de allá.

—Yo te pienso seguir consiguiendo cosas en los barcos, sólo que en estos días no ha entrado ninguno—. Damaris me miró furibunda y me arrepentí de haberle bajado el piso.

La conversación derivó hacia las actividades de patrullaje de la Marina y sus riesgos para nuestras actividades. Manfredo paraba en Punta Gruesa camino a los cayos con los DVD de Simón, a Nicolasa la mamá del Negro a veces le decomisaban un cargamento, mucha gente trataba de salir del país por vía marítima yéndose a Golondrina o a Islas de la Bahía en tiburoneras y eran detenidos por la Marina. Todos teníamos alguna queja contra los guardacostas y nos olvidamos de Damaris.

—¿Y entonces en qué quedamos?

Lo dijo en una voz ruda y diferente a su ronquita de todos los días; una voz que yo no le conocía, casi masculina. Algunas mujeres le sonrieron con condescendencia.

—El problema de entrar las cosas se puede resolver—, dijo Damaris—. Los de la Marina tienen contactos con los de Walís y yo tengo contactos con los de aquí.

—Pero eso también tendría un costo, ¿verdad?

Damaris se puso seria. Su cara perdió el color agarrando un tono aceitunado. Sus facciones se estiraron. De repente me pareció una mujer mayor ¡y hasta bonita la dejé de ver!

—De eso no te preocupés, Hugo. Yo sé cómo lo resuelvo.

En aquel momento lo presentí, pero ni siquiera quise admitírmelo a mí mismo. Ahora me parece obvio que desde entonces el alférez ya andaba tras ella y ella lo estaba considerando, si eso significaba adelantar su posición. Como aquella vez la prioridad era hablar mal de los guardacostas y de la Marina, cada quien siguió contando sus anécdotas y peripecias y ya no se hizo necesario que Damaris diera detalles sobre cómo pensaba resolver el problema del control aduanal.

A raíz de esa reunión pasó varios días portándose seria conmigo. No me pasó adelante ni mucho menos pudimos coger. Después de un par de semanas se relajó, pero yo sentí como si hubiera perdido la moral. De allí en adelante las pocas veces que cogimos fue sin pasión, ella como pagándome un favor.

Aquella noche el Negro se levantó y sin decirle nada a Reinaldo fue a sacar la guitarra. Éste sólo le echó una mirada fea, pero no interrumpió su plática con Hugo. Sin molestarse en afinar, el Negro hizo un acorde de *bossa nova* metamorfoseando los dedos de su mano en una gran tarántula que se extendía desde la primera hasta la sexta. Arrancó con *Insensatez* y varios soltamos expresiones de alivio.

Pepino se puso a bailar solo. La conversación se volcó hacia la música, la comida y el guaro. Susana bajó a ver qué encontraba en su apartamento y Ricardo, que en paz descansa, fue a traer una botella de aguardiente colombiano con sabor a anís que había recibido en pago por una consulta. Yolanda se levantó a bailar con Pepino ante los vistazos esporádicos del Negro y yo me acerqué a Reinaldo.

—Vos Reinaldo, ¿Ya no se comunicó el gringo con vos?

—Para nada, ¿por qué?

—Me dijo que nos podía conseguir un comprador.

—Ese gringo es un pajero. ¡Vos que le creíste!

—¿Tampoco te contactó para la gira de conciertos, verdad? —Lo dije con sorna

—¡Nada! ¿No te digo, pues? Ese gringo sólo pajas habla. A saber qué metida de verga le habría dado a este Negro. Esperame, vos. Le voy a echar hielo a este trago de Ricardo porque así solo no me pasa.

El Negro tocó varios temas brasileños más. La alegría de la noche se fue extinguiendo. Justa y Teresa se levantaron y se encaminaron hacia las gradas, discutiendo entre ellas. Ambrosio las siguió sin despedirse. Damaris se fue detrás de él como para preguntarle algo. Yolanda y Susana se fueron despacio, tomadas del brazo. Hugo Matías contestó su celular, le dijo un par de palabras a su esposa y bajó las gradas, junto con Ricardo y Marlene. Nos quedamos sólo el Negro, Reinaldo, Pepino y yo.

—Vos patojo, ¿por qué no nos vas a traer otra botella de guaro, mano?

—Ah puta. ¿Por qué no mandás a aquel?

—No porque Bernal también va a entrar a la coperacha, ¿verdad vos? Vos sos el único que nunca pone nada, patojo cerote. Hacete el útil y andá a traer una botella.

—Ah, porque no tengo trabajo. ¡Denme trabajo ustedes!

—Cuando te conviene te hacés el chiquito y cuando no te hacés el grandote, verdad. Andá, pues. ¡Apurate!

Reinaldo le entregó un billete y Pepino caminó de mala gana hacia las gradas.

—Muchá, tenemos que hablar de la venta de la escultura porque yo no veo que se esté moviendo la cosa. A mí me urge esa plata porque la Teresa me está volviendo loco.

—¡Culero cerote! Eso no estabas pensando cuando te la pisaste, ¿verdad?

—¡Comé mierda! No, muchá. Estoy hablando en serio.

—Pues yo he estado dando encargos pero no se le puede ofrecer a cualquiera.

—Además que estamos ganando bastante con el negocio de los celulares, enano llorón.

—Pero ese dinero así como entra, sale. Mejor sería ganar de una vez un buen pucho, que me permita sacar el pasaporte y la visa y comprar el boleto.

—Vos Reinaldo, eso de las fotos no funciona. Se las enseñé al gringo y me dijo que necesitaba ver la calidad de los materiales, que sólo así iba a ser muy difícil. ¿Vos creés que Joaquín te deje sacarla para enseñársela?

—¡Ese gringo sólo pajas es! Lo que quiere es seguirse dando sus tacos, nada más.

—Vos de todas maneras preguntale a Joaquín. Yo la iría a traer y se la llevaría bajo mi responsabilidad.

—¡Responsabilidad será la gran puta! Si le pasa algo ¿con qué la vas a pagar? Va, pero está bueno, sólo para que no después digan que es por culpa mía. Eso sí, te encargás vos porque Joaquín no le confía nada a este Negro desde que lo agarró con los pantalones en la mano, tratando de pisarse a la Yolanda.

Reinaldo soltó una carcajada y yo también. El Negro sonrió apenas, con el orgullo de quien tiene algo maravilloso que contar, pero por discreción se abstiene. Pepino regresó con la botella y un paquete de cigarros.

Nos sentamos en la terraza. El Negro y Reinaldo alternaban la guitarra y la botella rolaba.

—Vos, qué inteligencia y sentido práctico tiene Hugo, ¿verdad? Considera los proyectos de los demás y siempre les da un buen consejo. Si no fuera por él ya muchos habrían quebrado.

—Hasta cierto punto vos, pero a veces se le pasa la mano. Se ha vuelto demasiado crítico. Quisiera medirlos a todos con la misma vara y eso no es posible.

—Como él se está embuchando no le importa que a los demás nos siga llevando la gran puta.

—Vos Pepino, si sólo para decir muladas vas a abrir la boca mejor mantenela cerrada, mano.

—No, muchá. Yo más bien creo que ese Hugo Matías es un artista. A él le gusta que las cosas salgan perfectas. Ya vieron cómo está manejando lo de los celulares. Creo que ese negocio le agudizó el sentido y ahora quiere que todo lo demás salga igual.

—Lo perfecto es enemigo de lo bueno.

—¿Y no fuiste vos el que empezó echándole flores, pues?

El éxito se nos había subido a la cabeza. Nos sentíamos mejores que los demás y en la posición de hacer o denegar favores. Nuestro progreso no había sido producto de la casualidad sino del genio de Hugo Matías y del trabajo cotidiano de todos nosotros, desde que amanecía hasta que anochecía, así que no había razón para sentirnos los hijos favoritos de la diosa Fortuna.

Nos pasaron avisando que mañana va a haber viaje a la enfermería. ¡Eso es! Cabal cada dos semanas quitando o poniendo un par de días, porque la vez pasada fue miércoles. Voy a tantear las aguas con el chofer y el ayudante para ver si se ponen a tiro y me hacen el paro, qué tanto estarían dispuestos a hacer y a qué costo.

Ya cumplí tres meses de estar aquí y es un buen momento para reflexionar. Primero que nada, mi crimen no debe ser tan grave, si no ya me habrían trasladado a la penitenciaría de la Capital o a una de las granjas penales donde lo ponen a uno a hacer trabajos forzados. ¡Ni siquiera han presentado cargos formales en mi contra! No tienen suficiente evidencia o me consideran una pieza menor en todo el esquema.

En los últimos días mis verdugos me han dejado tranquilo. Quizás sea porque han estado ocupados con prisioneros nuevos. Los oigo caminar por todo el corredor, sus pasotes yendo y viniendo, sus voces y sus gritos mezclados con las quejas y lamentos de sus nuevas víctimas.

Es triste sentirse parte de un pasado que se quedó atrás. Muy genio podrá ser Hugo Matías y muy buenos cuates podremos ser con el Negro, pero amor de lejos es de pendejos. Ya aquellos agarraron sus propios caminos y dejaron el pasado atrás, incluyéndome a mí.

Cuando nos estaba yendo bien, debimos habernos esforzado más por jalar a los demás. Lo principal era que todos siguiéramos sintiendo la misma esperanza que al principio. Cuando todos estábamos en cero, sentíamos que habíamos hecho un gran avance con sólo juntarnos a hablar de nuestros planes, con sólo soñar. Al toparnos con la realidad, de que algunos negocios eran buenos y otros no, se dieron las divisiones internas entre los buenos y los malos, los mejores y los peores, nosotros y los demás, entre la élite empresarial del multifamiliar Costa Alegre II y la chusma.

Ahora, risa me da.

Haciendo como que me había doblado un tobillo, me fui quedando de último. En eso vi una gran piedra y obedeciendo a una sublime inspiración me di un tropezón con ella y tuve los huevos de dejarme caer de cara, rompiéndome la frente. Se me bañaron de sangre las mejillas, sentí su sabor agridulce y salado en la boca. El chofer y el ayudante me regañaron por ser tan bruto, pero no tuvieron más remedio que secarme con un trapo oloroso a Diesel, el mismo que usan para revisarle el aceite al motor.

—¡Ay! Cómo me duele. ¡Uf, auch! Gracias cuates. Hoy como que amanecí de malas. ¡Es que ando con un gran problema, hombre!

Estábamos frente a la entrada principal de la cárcel. Uno de los polizontes me secaba la sangre mientras el otro me tenía agarrado del brazo. Al oírme decir esto los dos me miraron.

—Es que antier me vinieron a avisar que mi abuelita está grave y necesito mandarle un poco de dinero.

—¡Estate quieto vos! No hablés. ¿Qué dinero le vas a mandar, acaso te dejan tener dinero aquí? ¿De dónde lo vas a sacar?

—Lo tengo guardado donde un amigo. No es mucho, serán unos dos mil dólares pero con eso es suficiente para resolver los problemas de mi abuelita.

Esto último lo dije arrastrando las palabras. Los miré rápido uno a uno, como un jugador de póker. Ellos me miraron

poniendo la misma cara y se miraron entre sí. El que me estaba limpiando me dejó el trapo sobre la nariz y boca para que los guardias de la entrada no se dieran cuenta de que yo estaba hablando.

—¡Pajero!—Dijo el chofer, acercando su cara y bajando la voz—. ¿De dónde vas a sacar vos dos mil dólares? Si los tuvieras ya no estarías aquí.

—Eso tengo y hasta más, culeros. Lo que pasa es que no los tengo en moneda corriente y necesito cambiarlos, por eso no se los pude ofrecer a los que me agarraron. Además, ni tiempo me dieron. Pero si ustedes me ayudan les puedo dar eso y hasta más.

—¡Para adentro, cerote!

El que me estaba limpiando me agarró del brazo, me llevó hasta la puerta de la perrera y me sostuvo mientras el otro quitaba el cerrojo. Por la espalda, me agarró del otro brazo como para sostenerme mejor.

—Hablamos al llegar pero no le vayás a comentar nada a nadie—. Luego a gritos—: ¡Para adentro cabrón! Y dejá de quejarte que allí en la enfermería te van a curar. ¡Mirá cómo me dejaste el trapo!

Los que ya estaban adentro me miraron con lástima, desprecio, suspicacia.

—¿Qué te pasó vos? ¿Te caíste o te dieron verga?

—Apúrate vos, que tengo un gran dolor de estómago y por culpa tuya vamos a llegar tarde. ¡Voy primas muchá porque yo sí tengo un gran dolor y ustedes no tienen ni mierda!

—Vos algo estás cocinando, cerote.

—No, hombre. Me tropecé con una piedra y me rompí la cara, ¿no mirás cómo me quedó? Me salieron chorros de sangre y esos cerotes con un trapo sucio me limpiaron. ¡Hijos de la gran puta!

Me reí y varios de mis compañeros también. La perrera arrancó a toda velocidad. Los presos nos agarramos de donde pudimos; del techo, las vigas, los barrotos de las ventanas y hasta de nosotros mismos porque en los hoyos brincábamos y en las curvas nos zangoloteábamos. A pesar de nuestra condición de presos y algunos hasta de enfermos, no pudimos evitar reírnos. Al rato ya íbamos todos contentos y bromeando.

La cárcel queda en las afueras del pueblo, sobre la ruta que va a Punta de Palma. Entramos por la avenida donde están casi todos los restaurantes chinos, los bares y los prostíbulos. A esa hora muchos estaban cerrados pero aún así algunos de los presos comentaban acerca de alguna mesera, bailarina o puta conocida o favorita.

—¡Allí trabaja la Diana, muchá! ¡Qué mujerona!

—¿Da fiado?

—No sólo está buena sino que además es una buena persona. Un día amanecí de goma y me prestó cinco pesos. Esa chava le ayuda a todo el mundo. Como le va bien, le sobra el dinero y por su buen modo los clientes regresan. ¡Hasta los padrotes la tratan bien!

Paramos en un semáforo y miré por la ventana. El bar donde trabajaba la Diana se llama El Paquebote. No sé por qué se me grabó el nombre, como si estuviera pensando en visitar ese bar para conocer a la famosa Diana en cuanto saliera del tambo, aunque yo nunca he sido putaño, a pesar de haber nacido y crecido en el puerto.

Al llegar a la enfermería la perrera se detuvo, la puerta se abrió y nos fueron bajando uno a uno. Yo me quedé de último y bajé renqueando.

—¡Apurate vos que no tenemos todo el día! Cuando salgás decí que te cauterizaron unas almorranas y que te arde mucho el culo, así te podés venir adelante. ¡Apurate, pues, por la gran

puta!—El chofer me dijo lo de las almorranas en voz baja, entre grito y grito.

Sentí un calambre de alegría. Las probabilidades de mi salida habían pasado de cero a cincuenta por ciento. Seguí renqueando hasta la puerta de la enfermería y antes de entrar los volteé a ver. Los dos me hicieron mala cara pero yo supe que era por disimular, ya que los policías de la entrada no nos quitaban la vista de encima.

En la enfermería siempre es la misma cosa. Hay dos doctores y al principio pasamos de dos en dos, pero rápido se descontrola y todos entramos y salimos sin ton ni son. En la sala de espera aprovechamos para platicar, porque aunque algunos están en celdas compartidas habremos cuatro o cinco que nos mantienen aislados, no porque seamos de alta peligrosidad sino porque somos de nuevo ingreso; todavía nos están torturando y no quieren que los demás presos se enteren y se lo cuenten a sus visitas. El régimen de Cepillo se cuida de guardar las apariencias, aunque ya hace rato que mostró el cobre y perdió la credibilidad.

Cuando me llegó mi turno le dije al doctor que me había estado ardiendo demasiado el culo por los toques eléctricos que me habían dado, aunque la verdad era que ya se me había quitado el ardor. Me dijo que me desvistiera y me pusiera una bata que estaba asquerosa. Me pesó, me midió, me hizo sacar la lengua, me oyó la respiración y todo eso que hacen los doctores. Me acostó de lado sobre la camilla, me examinó con una lamparita y me dijo que tenía un poco reseco el culo. Me dio una pomada para las almorranas y yo aproveché para hacerle toda clase de preguntas, con la intención de tardarme lo más posible y que se hiciera creíble la historia de que me había cauterizado el culo.

Me quejé de que me daban agruras por las mañanas y le pedí que me recetara limón para ver si los de la cocina me daban siquiera uno diario, pero me dijo que mejor me pusiera a dieta. Le mostré los hongos en los pies y le pedí polvos, pero me dijo que me los secara bien después de bañarme y anduviera descalzo lo más que pudiera. Le dije que mantenía demasiado irritados los ojos y le pedí gotas o aunque fuera que autorizara que me dieran algunos tomates para echarme el jugo limpio que es tan bueno, pero me dijo que tratara de mantenerlos cerrados lo más posible. Me quejé de dolor de espalda a causa de dormir en una cama de cemento y me dijo que durmiera de lado y me pusiera una camisa doblada entre las rodillas. Le enseñé el golpe en la frente y me dijo que no tenía nada, que la hinchazón sola se me iba a quitar. Lo único que me curó fue de lo que no estaba padeciendo, que eran los toques eléctricos en el culo. Me imagino que ése es un aspecto principal de su trabajo, borrar las huellas de cualquier cabronada que le hagan a uno.

Ese día la consulta duró más que otras veces y ya no dio tiempo a que nos bañáramos. Como a la una nos arrearón de vuelta a la perrera, yo renqueando y caminando con las piernas abiertas y envaradas como un pato, haciendo muecas de dolor. Delante de todos les dije al chofer y al ayudante que me habían cauterizado unas almorranas y que me estaba ardiendo demasiado el culo. En apoyo a mi argumento les mostré el tubo de ungüento que el doctor me había dado y con voz lastimera les pregunté si me podía ir adelante para no ir sentado sobre las tablas, porque se me podían reventar las ampollas. Los dos farsantes se miraron.

—¿Vos creés que esto es servicio de limusina, grandísimo cerote? Aquí nadie tiene derecho a tratamientos especiales. ¡Atrás te vas, igual que los demás!

—No cuates, no sean mala onda. Si se me revientan las ampollas les va a tocar traerme de vuelta porque me van a sangrar y se van a perder la hora de almuerzo, ustedes y los demás compas.

Siguiéndome el teatro, los dos movieron las cabezas como si yo les estuviera infligiendo algún daño o insulto personal.

—Bueno, pues. Te venís adelante pero cuidado te sangra el culo. ¡Si te sangra, limpiás vos!

Cerraron la puerta de atrás con cerrojo y candado. Nadie protestó porque ya había pasado antes, que algún enfermo con problemas de la espalda o sangrado de nariz se había tenido que ir adelante. Me abrieron la puerta del pasajero, me sentaron en medio, pusieron seguro y arrancaron.

—Teatrero profesional nos saliste, verdad cerote. Quien te oyera pensaría que te metieron un tizón en el culo.

—¡Tza! Ustedes tampoco se quedan atrás, mis cuates. En serio que nos salió bien, ¿verdad?

—Tampoco te columpiés, que cuates no somos. Decinos lo que tenés que decir y veremos qué tan cuates podemos llegar a ser.

—De algo me sirvió haber trabajado como artista callejero, cabrones. No, ya hablando en serio. Necesito salir de aquí cuanto antes. Primero está lo que les contaba de mi abuelita, verdad.

—Vayamos al grano. ¿Qué proponés?

—Que la siguiente vez que vayamos a la enfermería ustedes me dejen ir y yo les doy mil dólares a cada uno.

Los dos fruncieron el ceño e inclinaron las cabezas hacia adelante para poder verse las caras, sin que la mía les estorbara. Las movieron con incredulidad y sonrieron con burla.

—Vos que estuviste en negocios, ¿de verdad creés que con dos mil dólares vas a salir de aquí? ¡No pisés con pija aguada! La libertad tiene precio, ¿verdad vos? Cinco mil. Dos y medio

para cada uno y te dejamos ir. Sin garantía y por adelantado. La siguiente vez te venís adelante, nos das el pisto, al llegar a la enfermería nos hacemos los locos y vos te vas a la chingada. Si te vuelven a agarrar, es problema tuyo. ¿Qué decís?

—¡A la puta! ¿Cinco mil dólares? ¿De dónde voy a sacar tanto dinero? Tengo un poquito guardado, pero apenas llego a los dos mil. Tal vez pidiéndoles prestado a mis carnales llegaría a los tres mil. ¡Va, pues! Mil quinientos a cada uno. Hasta allí puedo llegar. Eso es un montón de dinero, no me lo van a negar.

—Este cerote cree que está en el mercado, ¿verdad, vos? Nosotros ya te dijimos nuestro precio y ahora te toca a vos decirnos si le llegás o no. Si no le llegás, ahí lo dejamos y aquí no ha pasado nada. Nosotros no nos hacemos bolas, ¿verdad vos Peluca? ¿Vas a ir al partido de beis a la noche, vos Peluca?

—No sean pura mierda, hombre. Déjenme hacer cuentas y ver qué más puedo conseguir, pero por favor no se pongan en ese plano. Hagamos el negocio de manera que salgamos ganando todos. De momento estoy seguro de que les puedo dar los tres mil, en efectivo y en billete pequeño para que no haya problema.

—Claro que sí, Teta de Vaca. Yo ya tengo mi entrada. ¿Y vos?

—Todavía no, pero la consigo en la puerta.

—Sí, no creo que se vayan a acabar temprano hoy.

—Entonces paso por vos a las seis y media. A la salida nos vamos a comer unas carnitas ahí donde doña Licha, ¿verdad vos? Avisale a tu mujer, para que no andés todo ahuevado como la vez pasada.

—O mejor un ceviche a la Iguana Cuta. Ahí están mejor las meseras. Tenés razón, Teta de Vaca. Hay que mantener contentas a las mujeres.

—¡No muchá! Les estoy hablando en serio. Voy a juntar todo lo que pueda y les aviso. El problema es cómo hago para avisarles. La idea sería tenerlo todo listo la siguiente vez que haya viaje a la enfermería, así no perdemos ni un solo día.

—Nosotros no tenemos prisa, ¿verdad vos Peluca?

—Ninguna, pero tenés razón, compadre. Las cosas mejor hacerlas en caliente. ¿En qué celda te tienen?

—En la veintisiete. Lo sé porque la que queda antes es la veinticinco.

—Del ala poniente, de las que tienen ventana al mar, donde están los especiales. Bueno, te vamos a dar una semana para conseguir el dinero. Hoy es jueves, o sea que el jueves de hoy en ocho uno de nosotros te va a ir a buscar. No va a haber tiempo de regatear ni de ponerse a hablar babosadas porque cuesta mucho que lo dejen entrar a uno a esa ala. ¿Cómo te llamás?

—Bernal Alejandro Gutiérrez Nájera.

—¡Sí, pues! Vos sos el de los celulares hueveados. ¿Estás con Marvin y Tolo, verdad? Entonces va a ser difícil porque ese par de cabrones reciben comisión de lo que recuperen de cada estafador y no te van a soltar hasta que te saquen el pisto o te den aguas. Pero qué pisados, vos Bernal Alejandro. Nos la vamos a jugar por vos. La semana entrante uno de nosotros te va a tocar la puerta y va a preguntar por Nájera. Vos nos confirmás que tenés el dinero y la siguiente vez que haya enfermería te podés ir a la verga.

—Bueno, pero tampoco es así de sencillo, cuates. Necesito saber con anticipación cuándo va a ser el siguiente viaje para hacer los arreglos. No es cosa nada más de irme a la chingada, me tengo que ir de una vez hasta la puritísima mierda, si no rápido me vuelven a agarrar. También, ¿qué pasa si no logro juntar los cinco mil dólares? Yo voy a hacer todo lo posi-

ble pero nada me impide hacerles una contraoferta. Si ustedes no están de acuerdo me lo dicen y allí paró la cosa. Les ruego tener un poquito de flexibilidad. ¡Del lobo un pelo!

—Dentro de una semana uno de nosotros te va a tocar la puerta y procedemos como se dijo. Acordate que no va a haber tiempo qué perder.

El resto del camino siguieron hablando de béisbol, de cantinas con buenas bocas y de meseras bonitas y de putas. No volvimos a tocar el tema, por más que un par de veces yo intenté. Al llegar me bajaron de primero y me tocó fingir otra vez caminando de pato.

Los recibos y pagarés que tengo en la gaveta de mi mesa de noche se me fueron juntando porque mi negocito paralelo me obligaba a aceptarlos más rápido de lo que se los podía entregar a Hugo Matías. Podría tener el equivalente de unos mil quinientos, dos mil dólares, pero es difícil saber porque no estoy al corriente de la tasa de cambio y ahora los reciben con un descuento mayor. En cualquier caso ni de lejos llegaría a los cinco mil, así que tengo que ver cómo hago para conseguir por lo menos unos dos mil adicionales.

Cómo es la vida. ¡Dónde pisados iba yo a pensar en tener cien dólares hace año y medio, no digamos dos mil! Prueba de que el dinero viene y va.

El crucero donde trabaja el gringo Harry viene cada dos meses. En cuanto atraque Manfredo va a ir a donde Yolanda a recoger la escultura, se la va a enseñar y si está interesado se hace el negocio ahí mismo. Otra opción sería pedirles dinero prestado a Manfredo o Ambrosio, pero aquellos no estaban en el negocio de los celulares y no deben tener mucho. También se podría hacer una colecta en el multifamiliar; yo sé que muchos me ayudarían.

Si me voy por agua tengo que ver cómo hago para llegar desde la enfermería hasta la orilla del mar. Hay que hacer los arreglos para la gasolina, llevar algo de comida y algo de tomar y conseguir unas capas de nailon por si está lloviendo. ¡Me emociona pensar en todos estos detalles porque me hace sentir que estoy otra vez en la jugada!

Al chofer le dicen Teta de Vaca por ser blancote, descolorido, tener planta de aguado y unas grandes manchas rojas, especie de lunares, en la cara. Teta de Vaca sólo tiene planta de aguado porque la vez que me agarró me di cuenta de que es forzado y macizo. Seguro que estos dos ya han hecho transes similares, quizás hasta con la anuencia o la vista gorda de las autoridades. Para esta cáfila de cabrones yo no soy más que otro artículo de contrabando.

¡Pequeño gran problema! Anoche que apagaron la luz busqué la lamparita y no la encontré. Mientras estaba en la enfermería me la deben haber decomisado. Quería seguir contando de cuando nos sentíamos en la cima del mundo, pero en lugar de eso me tocó quedarme tres horas en la oscuridad, sudando del calor y sin poder dormir del miedo a lo que me van a hacer, sospechando que están leyendo este cuaderno otra vez.

Me dormí un rato y amanecí descansado. Durante la noche uno se ahoga en un vaso de agua y la claridad del día le permite ver el mar, aunque sea de problemas. Me voy a mantener en lo planeado, armar otra vez la lamparita y confiar en que su decomiso no me va a traer mayores consecuencias.

Cuando uno escupe al cielo, le cae en la cara. Hoy pasadas las ocho que oí los pasotes en el corredor, las voces chabacanas y las risotadas de Marvin y Tolo y se me fue el alma al culo. Por un momento tuve la esperanza de que iban a pasar de largo a buscar a otro desventurado, pero se pararon frente a mi puerta, quitaron llave y la abrieron de un gran empujón.

—¡Vamos pues, cerote! Disculpá que te hayamos tenido tan abandonado, pero hoy nos vamos a desquitar.

En el camino yo les iba preguntando qué había pasado, por qué me estaban llevando otra vez al cuartito, si yo ya les había dicho todo lo que sabía, que no había necesidad, si aquí arriba bien podíamos platicar. Ellos soltaban risotadas y movían las cabezas, mientras me remolcaban de los brazos.

Ya tenían listo el balde de agua fría, el rollo de cinta y el cable eléctrico. Se me agudó la espalda.

—Putá, muchá. Si ya les dije todo lo que querían saber, ¿por qué me van a hacer esto otra vez, hombre?

—Es que todavía no has probado nuestro menú completo. ¡Te falta el *tutti fruti*!—Soltaron carcajadas.

Tolo se arremangó la camisa.

—Desnudate vos, por vida tuya.

—¿Para qué me van a chingar por gusto, si ya les dije todo lo que sabía?

—Dejate de mierdas porque bien sabemos en qué vueltas andás. ¿Cara de qué nos estás viendo?

Se me fue el alma al culo pensando que Teta de Vaca y el Peluca me habían denunciado.

—¿En qué otra cosa puedo andar, si todo lo que hago es dar vueltas en esa puta celda? Aparte de ir a la enfermería cada dos semanas, no me puedo mover de este encierro—. Mencioné la enfermería adrede para ver si Teta de Vaca y el Peluca les habían contado.

—No seas pajero. Ayer se revisó tu celda y se encontró una lamparita hechiza. Eso es prohibido y vos lo sabés. Además había un cuaderno, pero aquí a nadie le importan las mudadas que estés escribiendo.

¡Con que eso era! Ninguno de estos cuadrúpedos se acuerda de cómo leer y no entendieron lo que decía este cuaderno. Ahora me va a tocar extremar precauciones. ¡Suerte que ya le había pedido a Ambrosio que me trajera los materiales para hacer otra lamparita! Todo esto lo pensé en medio segundo.

—¡Ah, pues! Que te desnudés, te dije.

Se me había olvidado mi brete actual. Supe que no tenía más remedio que obedecerles y me empeloté. Tolo me amarró a la silla y me metió los pies dentro del balde de agua. Marvin conectó la espiga al tomacorriente, al tiempo que Tolo se me acercaba con las dos puntas del alambre en las manos.

El famoso *tutti fruti* consistía de sus mismas estúpidas torturas aplicadas a todos los posibles puntos de mi cuerpo. Sólo el culo se salvó porque les dio pereza desamarrarme. Yo grité, salpiqué agua y ellos se rieron, pero esta vez no me meé ni me cagué. Ya había experimentado lo peor y sabía hasta dónde llegaba, que no me iba a matar.

En cierto momento Marvin me preguntó si el dinero que habíamos inventado seguía corriendo, o sea que alguien les había explicado lo de las iguanas. Su siguiente pregunta fue cuánto había logrado esconder antes de que me agarraran. Yo

le dije que me habían quedado algunas en la casa, pero no sabía cuántas.

—Déjeme de chingar y te mando un buen fajo a tu casa para que ustedes dos se lo repartan—. Marvin me vio con ojos conocedores y movió la cabeza.

En el camino de vuelta yo sudaba a chorros. Las caras de ellos dos mostraban desengaño, como si les diera tristeza que ya se les hubiera acabado la macabra diversión o ya no les quedaran más tormentos en su desalmado repertorio.

Me encerraron otra vez y yo me desplomé sobre la banca sintiendo alivio porque ya lo peor del día había pasado, imaginando que quizás ésta sería la última vez y preguntándome de nuevo qué cadena de eventos me trajo desde la etapa más feliz de mi vida hasta la más infeliz. Creo que la piedra que inició el derrumbe de nuestra comunidad se vino abajo la noche en que Justa no llevó nada de comer. Cuando le preguntamos dijo que se había sentido cansada y sin ánimos. Reinaldo le dijo que si había sido por falta de dinero él podía invitar a una buena canastada de panes con queso, pero ella negó con la cabeza lanzándole una mirada rara; una mirada que bien podría haber significado rencor por los desaires que le hacía a su hija o una forma de decirle que ella no era su sirvienta. Yo sentí en el aire el chasquido de algo que se quiebra y supe que a partir de ese momento nada iba a ser igual.

Reinaldo resolvió la situación dándole un par de billetes al Pepino y mandándolo a comprar plataninas. El patojo fue por el interés de quedarse con el vuelto y santos en paz, pero yo me di cuenta de que era la primera vez que se hacía necesario comprar, en vez de que alguna de las chicas, o varias de las chicas, llevaran alguno de sus deliciosos antojos hechos en casa.

A la siguiente reunión ninguna de las mujeres llevó nada. Esa vez Pepino no llegó y Reinaldo me pidió favor a mí. La señora ya había empacado todas sus plataninas para ir a vender al malecón y sólo tenía una gran bolsa de poporopos de maíz corriente y no tuve más remedio que comprárselo. A partir de allí caímos al llamado mínimo común denominador, o sea al mínimo esfuerzo que hace la gente siguiendo el ejemplo de los más dejados, los más tacaños y los más huevones.

La siguiente vez yo me hice el quite diciendo que ahora le tocaba a otro y Reinaldo miró para todos lados buscando a quién encasquetarle el mandado. Al no encontrar, no tuvo más remedio que ir él. Regresó con cara de pocos amigos porque había tenido que ir hasta el multifamiliar Costa Alegre I, donde otra señora hacía empanadas tipo argentino, rellenas de soya texturizada. También trajo un par de botellas de *güisqui* nacional, hecho con ron tipo vodka al que le echan saborizantes y colores.

El negro Samper había seguido tocando sin darse por enterado.

—A ver pues pequeñín. Dele a su papi algo de comer porque ya me dio hambre—. Abrió la boca como un pichón esperando que la pájara le dé su alimento.

—¡No sólo fui a traer yo las empanadas y puse el dinero de mi bolsa sino que ahora este pedazo de charol quiere que le dé de comer en la boca!

Yolanda sacó una empanada y se la puso al Negro en la boca. Justa entró al apartamento de Reinaldo, sacó un azafate y sirvió las empanadas. Yo me sentí agradecido por esa pequeña vuelta a la normalidad.

Cuando terminó de tragar, el Negro se limpió las manos en el pantalón y arrancó con una voz de blues aguardentosa una canción en inglés, acerca del reflejo solitario de la can-

tante en vidrio de una cantina. Cuando llegó a los coros me entró una sensación de nostalgia anticipada por los tiempos que estábamos perdiendo o que ya habíamos perdido.

A media velada Simón se levantó y fue a hablar con Hugo. Discutieron en voz tan baja que no los pude oír. Cuando terminaron de hablar Simón se volteó hacia el grupo.

—Bueno chiquillos. Los dejo con su musiquita importada, su comida comprada y su *güisqui* falso.



Ambrosio me trajo otra batería, otra bombilla y una buena noticia. El gringo Harry vino hace unos días. Manfredo le llevó a enseñar la escultura y le pidió veinte mil dólares. El gringo le dijo que sólo daría diez mil y ahora están tratando de convencer a Joaquín para que se quede con cinco, así serían cinco para nosotros tres y podríamos hacer un arreglo interno.

Aproveché para mandarle una carta a Marlene. Le repito mis condolencias por el asesinato de Ricardo y le digo que pensar en ella, siempre tan bella, sencilla y digna, me hace más soportable este encierro. No es que fantasee con coger con ella, es nada más que su sola existencia me hace sentir que tengo vivo todo el cuerpo.

Diez mil dólares es mucho dinero, pero aun así le recomendé a Ambrosio que se pusiera firme con el gringo y le dijera que nosotros no podemos bajar de veinte mil; que por ser amigo nuestro se la dejaríamos en quince. Esto nos daría un poco más holgura pero lo mejor sería hacer planes sobre la base de cinco mil.

Yolanda recibió instrucciones de Joaquín de no darle la escultura a nadie, a menos que fuera contra entrega del dinero. En caso que Manfredo concrete el transe le tendríamos que pedir a Yolanda que sea ella quien la lleve hasta un lugar de confianza, que podría ser la tienda de doña Chona. Se le entrega la escultura al gringo, se recibe la plata, se les da su parte a los de la perrera y yo me voy para mi casa.

La enfermería no queda lejos de donde doña Chona y los de la perrera disponen de toda la mañana, así que bien se pueden zafar media hora para que se realice la operación. Todo esto lo arreglaré la siguiente vez que me visiten mis amigos. Le voy a pedir a Ambrosio que consiga a alguien de confianza para que acompañe a Yolanda, así no le toca cargar la escultura ni se arriesga a que se la roben.

Armé la nueva lamparita y nomás apagaron la luz la encendí y seguí escribiendo. A eso de las once voy a hacer un ensayo, a ver si Manfredo anda por la bahía y capta mis señales. El alfabeto numérico es engorroso. Hay que poner palabras cortas y expresiones sencillas.

Probé con “mañana 9 AM” y tardé poco más de un minuto; el nueve se confunde con la i pero por el contexto Manfredo se va a dar cuenta de que es un número. Probé con “recogeme nueve muelle municipal” y tardé menos de cinco minutos. Entre letra y letra choco los dientes un par de veces y entre palabra y palabra cinco veces para separarlas. Manfredo sólo tiene que apuntar los números y al llegar a su casa decodificarlos.

Se acerca el momento de la verdad, cuando uno está siempre solo. Aunque mis antiguos socios quisieran hacer algo por mí ya sería imposible. La policía secreta está conformada por una partida de ineptos y analfabetas al interior del país, pero cuando se trata de un sospechoso o enemigo a nivel internacional tienen un equipo de investigación del más alto nivel porque saben que allí no pueden dar palos de ciego. Están bien entrenados, hablan inglés, francés, italiano y alemán y tienen contactos con las policías de otros países porque para eso todos los gobiernos son iguales: aunque en apariencia estén peleados, cuando se trata de pisar a algún ciudadano siempre encuentran la forma de ponerse de acuerdo.

Damaris y el alférez se han emparejado. Ambrosio se topó con ellos en la Patiserí, en el parquecito frente al muelle, en las gradas del multifamiliar y otra vez comiéndose a besos en la terraza. Al principio me volví loco de celos al pensar en el alférez cogiendo con Damaris, que es tan dulce y tan rica. Me daban ganas de somatarme la cabeza contra la pared, me preguntaba cómo podría ser ella tan puta para meterse con el amante de su propia madre y fantaseaba con sorprender al alférez por la espalda y partirle un adoquín de cemento en la cabeza. Luego me di cuenta de que por más que maldijera a Damaris, renegara contra su madre por alcahueta y fantaseara con matar al alférez, a ella la seguía deseando. La deseaba más que nunca. Me masturbaba pensando en sus nalgas morenas pálidas, moderadas y perfectas. Me acordaba de cuán ricos eran sus muslos cuando los agarraba con ambas manos, previo a hacer armas al hombro; de su olor, de la textura de su piel, a veces lisa y a veces como carne de gallina cuando se excitaba demasiado o le entraba frío, la linda infeliz.

Así me di cuenta de que los celos no son más que deseo sexual por la persona que uno no puede tener en ese momento. Pensando en Damaris mientras me entregaba a Manuela Palma de Muñeca, los celos, de manera infalible, se me quitaban.

En estas soledades y abandonos uno termina extrañando a la gente. Aquí he aprendido a ponerme en el lugar de todos y a no juzgar a nadie. Si Marvin viviera en nuestro multifamiliar, yo lo vería subir y bajar gradas, tender sus calzoncillos en la ventana y quedarse sin agua igual que nosotros. Tal vez no seríamos amigos, pero sí habría asistido a más de alguna de nuestras reuniones, como lo hizo Simón. Claro que no lo habríamos incluido en nuestros negocios, aunque nunca sabe; estos cerotes son tan dos caras que igual mantienen su trabajo con el gobierno y hacen negocios turbios bajo la mesa.

Manfredo me ha dicho que cuando el alférez está de turno jamás lo chinga, que se porta buena onda cuando le toca llevar su lancha a que se la inspeccionen y varias veces lo ha dejado entrar con DVD sin pedirle mordida. Manfredo es otro que le ve el lado bueno a todas las personas. Mientras Ambrosio me alebrestaba hasta la locura con las infidelidades de Damaris, Manfredo decía cosas buenas de los dos como para tranquilizarme o como para que no fuera a excluir al alférez de una posible colaboración en mi huida.

La perfidia de Damaris no me sorprende. Yo fui el primero en darme cuenta de que era interesada y el primero en aprovecharse de su ambición y desvergüenza. Lo heredó de su madre, pues doña Perla es galana pero huevona y acomodaticia y prefirió darle el culo al alférez que trabajar. Damaris es trabajadora pero ahora que se acabaron los negocios en el multifamiliar no le quedó más remedio que caer con el alférez, por lo mismo que no se conforma viviendo con poco. ¡Hasta es posible que lo haya hecho en contubernio con su propia madre!

El alférez siempre anda bien rasurado, con el bigotito recortado, oloroso a loción, con el uniforme limpio y bien planchado y camina poniendo un pie adelante del otro como si fuera modelo. Esto confirma el dicho de que no hay maricón sin suerte, aunque dicho sea de paso también anda siempre con el pistolón al cinto. Entonces qué pisados. Me admito a mí mismo lo mucho que me gustaría estar en el lugar del alférez, gozándome a Damaris en toda su feminidad, belleza y perversión.

Anoche no me fue posible probar el sistema porque al final de la tarde trajeron a un preso nuevo y lo pusieron en una de las celdas que quedan al fondo del corredor. Toda la noche oí los pasos de los guaruras yendo a interrogarlo, acarreado sillas y hablando entre ellos.

¡Acaba de pasar Teta de Vaca! Me preguntó si había conseguido los cinco mil dólares y le dije que sólo a tres mil había podido llegar. Le expliqué el plan y cuando le enseñé las fotos de la escultura se le iluminaron los ojos, pero cuando le dije que le iba a pagar hasta después de entregársela al gringo los achinó.

—Putá, pisado. Ése no era el trato. Nos estás pidiendo una rebaja de dos mil dólares, cosa que no es posible. Número dos, nosotros no podemos andar de arriba abajo, tenemos que quedarnos estacionados frente a la enfermería a esperar a que salgan los presos. ¿Vos creés que vamos a pasear? Va, está bueno pues. Que sean cuatro mil pero anticipados, si no ni mierda—. Hizo el amago de irse.

—No, hombre, compadre. Vos mismo dijiste que era imposible entrar dinero aquí. Claro que puedo seguir tratando porque como vos también dijiste tampoco se va a caer el mundo, pero no seas mula. Más vale pájaro en mano que cien volando. Les voy a dar los cuatro mil, pero como te lo estoy diciendo. Consultalo con el Peluca y vas a ver.

Teta de Vaca se me quedó viendo largo y suspicaz, su cara enrojeciéndose al punto que apenas se le distinguía las manchas rojas. Casi podía leer sus pensamientos mientras se debatía entre su natural recelo y la tentación del dinero fácil.

—¿Cuánto les va a dar el gringo por esa pieza?

—Diez mil, pero cinco son para el dueño y los otros cinco para nosotros. Yo creo que puedo convencer a mis socios que se queden con uno para los dos y yo con cuatro para dárselos a ustedes, con tal de salir de esta mierda.

Me miró de nuevo y sentí que en cualquier momento me iba a dar una trompada o mentar la madre.

—Es más, decile al Peluca que sólo pude conseguir tres mil. Te vas conmigo a recibir el dinero, te quedás vos con

dos mil quinientos y le das a ese cerote mil quinientos, qué pisados. ¡Ése es más dinero del que él ha ganado en toda su vida!—. Teta de Vaca me miró por lo bajo, no dijo nada y supe que teníamos un trato.

—¿Dónde estás pensando que se realice la operación? Apurate, porque si ese par de cerotes me ven hablando con vos me van a chillar.

—En la tienda de doña Chona, que a esa hora está vacía. Decile al Peluca que te vas a ir a comer algo porque no desayunaste, por si alguien pregunta, que él te tenga una buena coartada.

—Dejame pensarlo y platicarlo con el Peluca y te paso avisando. ¡No te hagás ilusiones porque no te he dicho que sí todavía!

Así lo dejamos pero yo sabía que ya le había despertado el gusanito. Alguna necesidad o capricho tiene. Se me hace que es putero porque cuando pasamos por la calle de los bares y prostíbulos casi detiene la perrera con tal de verles las piernas a las chavas y echarles piropos de albañil. Igual, como decía el viejo don Andrés, un negocio es bueno cuando todos ganan y aquí todos vamos a salir ganando.

Para probar con textos más largos y exorcizarme de mi odio le mandé a Manfredo el siguiente mensaje: “invita alférez cerveza de mi parte”. Tardé cinco minutos y al terminar me sentí liberado, habiendo aceptado el hecho de que gracias a la alquimia de los besos, los pezones y los jugos vaginales de Damaris, el alférez y yo nos hemos vuelto hermanos de leche.

Me dijeron que en las últimas semanas ha habido un incremento en el uso de nuestro dinero, como si lo siguieran imprimiendo. Quién quita algún cabrón le está falsificando la firma a Hugo Matías, a pesar de que es un verdadero jeroglífico y todos los recibos y pagarés llevaban la original. Bueno

que aquí en el puerto hay un compadre que por dos pesos le falsifica la firma a cualquiera.

A fuerza de practicar, me he vuelto un experto en el alfabeto numérico. Como dice mi viejo que hacían los telegrafistas de antes, ni siquiera tengo que ver la lista para saber cuántas veces tengo que encender y apagar la lamparita. Lo curioso es que aunque no hayamos coordinado con Manfredo a veces recibo relumbrones de vuelta, como si alguien que por casualidad viera las luces estuviera respondiéndome desde la bahía.

¡Teta de Vaca aceptó los cuatro mil dólares contra entrega! En la tienda de doña Chona, la siguiente vez que vayamos a la enfermería. Me tiembla la mano y me sale desfigurada la letra de la pura emoción. Puso una serie de condiciones. Me va a llevar amarrado con las manos detrás de la espalda y otro lazo en el pescuezo para remolcarme como si fuera animal. No quiere ver a ninguna otra persona además de Yolanda en la tienda de doña Chona. Quiere que la transacción con el gringo se haga antes y que él y yo lleguemos a las nueve sólo a recoger el dinero. Una vez pisto en mano caminamos de vuelta hacia la perrera mientras él lo cuenta y si está cabal me suelta del pescuezo y ahí que vea yo qué hago para desamarrarme. Quiere billetes de a veinte porque le va a tocar hacer la repartición con el Peluca en cuanto regrese a la perrera y también tiene que dar algunas propinas y no quiere ponerse a hacer sencillo en la calle.

Yo le dije que sí a todo, qué más le podía decir, sintiéndome como una sardina en el pico de un pelícano. Además, ya en la calle cualquier vendedora de licuados me hace el favor de cortar el lazo.

Ahora que Manfredo y Ambrosio han estado viniendo a visitarme los he visto más unidos, más amigos y hasta cóm-

plices, como si estuvieran metidos en otra cosa. Al principio Ambrosio vino a verme porque él sí es mi amigo y además no tiene mucho qué hacer, fuera de una novela que dice estar escribiendo, mientras que Manfredo lo acompañó porque es de esos cuates que nunca deja a nadie en la estacada. Ambrosio es un tipo pensante y sensible mientras que Manfredo es práctico, no se anda con babosadas y lo hace todo con sencillez y naturalidad. Juntos hacen un buen equipo para mi fuga.

El próximo viaje a la enfermería toca a finales de esta semana o a principios de la otra. Yolanda tiene la escultura en su apartamento y puede disponer de ella en cualquier momento y sin consultarlo con Joaquín. De todas maneras, por tratarse de material hueveado, Joaquín tampoco tiene mucho poder de negociación.

El gringo Harry es un transero y vive a salto de mata y de rama en rama como los monos; cabal como vivíamos nosotros antes de inventar los celulares pirateados, sólo que las de él son ramas de tamaño gringo, de diez, veinte, cuarenta mil dólares. Por lo que dice Ambrosio, esa escultura es una verdadera joya y no vale diez ni quince mil dólares, sino cincuenta o cien mil. El gringo ya olió buen negocio y se va a quedar hasta rematarlo y largarse con una pieza que le va a generar una buena ganancia.

Teta de Vaca y el Peluca sí me preocupan porque son empleados públicos con un sueldo seguro; acomodados, como gato en tienda, que sólo caza echado y cuando el ratón pasa enfrente. Son veleidosos, caprichudos, no tienen nada qué perder y por nada podrían cambiar de opinión. Claro que cuatro mil dólares son cuatro mil dólares y no se consiguen así nomás. Además estoy seguro de que aquí todo el mundo quiere que me vaya porque ya no me están sacando nueva

información y al contrario, les estoy ocupando un cuarto y me tienen que dar de comer.

Mis papás regresaron de La Centenaria. Mi mamá casi tuvo un ataque cuando supo que yo había caído preso, pero a ella muchas cosas casi le dan un ataque. Ambrosio le dijo que no se preocupara, que ni siquiera me viniera a visitar porque se iba a deprimir más todavía. Mi papá arrugó la nariz y dijo que con seguridad en algo malo andaba metido.

Anoche seguí practicando mi lenguaje alfanumérico y de nuevo alguien, quizá un pescador, me contestó con lamparazos. Me da gusto y me siento reconfortado cada vez que termino una oración y él me contesta porque siento que me estoy comunicando, aunque no sepa con quién ni qué nos estamos diciendo, como dos chuchos ladrándose en mitad de la noche por el puro gusto de oírse uno a otro.

¡La suerte está echada! El jueves tenemos visita a la enfermería. Me entraron unos grandes nervios porque cualquier cosa podría salir mal. Me estoy arriesgando a que me agarre otra vez la policía y me traigan de vuelta y me torturen con más ganas todavía. Alguno de mis amigos o amigas podría salir perjudicado o verse en problemas. Yo mismo puedo salir cortado, golpeado, herido o hasta muerto.

Supongamos que Teta de Vaca y el Peluca me estén tendiendo una trampa y ya le avisaron a los de la Secreta para que me agarren en cuanto me dejen ir. Ellos se quedan con mi dinero mientras que yo seguiría en las mismas, habiendo perdido cuatro mil dólares y además cometido una grave infracción a los ojos de la autoridad. Si al momento de encontrarme en plena huida se aparece un par de guaruras, no sé cómo voy a reaccionar. Con lo desesperado que estoy lo más posible es que salga corriendo, me disparen por la espalda y me quiebren el culo.

Si me capturan sería peor que la misma muerte. Yo soy incapaz de regresar a este chiquero oscuro, húmedo y triste; de seguir oyendo los taconazos en los corredores, los somatones de puerta y los gritos de los guaruras; vivir con el miedo a que Marvin y Tolo me vengan a sacar para llevarme al cuartito; morirme del calor en la oscuridad; ver en una perspectiva de pesadilla cómo se alejan hasta el infinito mis posibilidades de tener otra vez lo que uno tanto da por sentado, una vida común y corriente.

También puede ser que algunos de los charas, maras o trasnochados que se mantienen por el muelle se den cuenta de que una gran cantidad de dinero está cambiando de manos y nos asalten cuando estemos en plena transacción. Puede haber cuchillazos, trompadas, botellazos; alguien puede salir herido y hasta muerto. Yo podría morir acuchillado como el pobre Ricardo, en manos de alguno de esos desalmados que por cien pesos lo matan a uno, no digamos por cuatro mil dólares.

Si no me agarran ni me asaltan tampoco me puedo ir para el multifamiliar Costa Alegre II como que si nada ni quedarme baboseando por allí. Me debo alejar lo más rápido posible del área del puerto, de este pueblo y si es posible salir del país. Voy a tener que improvisar. No sé si me va a tocar viajar por tierra o por agua. En mis circunstancias y por mi falta de plata, lo más seguro es que vaya a ser en la palangana de un *pick up*, en cayuco, caminando por la selva hasta cruzar la frontera de México o Walís, a merced de los asaltantes y los animales. El resultado podría ser que yo muera en un accidente de tránsito, ahogado en el mar o devorado por las fieras.

El plan es que Damaris me preste su motoneta. Ella la dejaría estacionada frente a la Patiserí y me dejaría la llave con la encargada. Yo me voy disparado para Bananera y de allí tomo

el tren para la capital, dejando la motoneta encargada con el jefe de la estación, quien es amigo de mi viejo.

Damaris no se pudo negar. Después de que me traicionó con el alférez ahora se debe estar sintiendo de a centavo. A través de mis amigos yo le he dado a entender al alférez que no tengo nada contra él ni contra ella, que ya los perdoné.

Si este plan no funciona, tampoco se descarta una fuga por agua, pero en esta época del año el oleaje se pone perro en dirección a Walís y hay que ir demasiado despacio. Esto nos pondría en riesgo de que nos persiga y nos dé alcance una patrulla de la Marina, o bien que por ir muy rápido nos vayamos al agua o demos vuelta. Morir ahogado debe ser la peor de las muertes. Sentir cómo se cansan los brazos y las piernas y se enfría el cuerpo, recibir en la cara el azote de las olas que uno ya no alcanza a remontar mientras el agua se le mete por la nariz, esforzándose por aguantar la respiración mientras pasan. Ya cansado, asustado y acezando, tampoco se puede aguantar mayor cosa. Cuando llega el final, las fuerzas se acaban y uno entra en un estado de resignación parecido a la euforia. Pierde conciencia de la realidad y siente que nada malo le puede pasar. Sin mucho pensarlo, da un último jalón de respiración ya sumergido, se traga la gran bocanada de agua, siente un ardor insoportable por toda la tráquea y la sensación de que los pulmones van a reventar. Entre tosidos, el cuerpo hace un último esfuerzo por patear hasta la superficie y luego hay un estallido rojo en la cabeza. Después oscuridad, silencio por una eternidad que no se puede dimensionar.

Hay muchas formas de morir y en estas soledades he tenido tiempo de pensar en todas. He llegado a la conclusión de que uno no sólo tiene que aceptar que se va a morir, lo cual es seguro, sino también la forma en que se va a morir, que puede ser trágica, dolorosa, penosa, aburrida, heroica y hasta ridícula. Ésta quizá sea la incertidumbre más triste de todas.



¡Qué increíble estar afuera! Ver a todo lo ancho hasta donde la vista alcanza, respirar este aire con olor a mar y algas podridas, sentir el ardor del sol sobre los antebrazos y piernas, enterrar los pies en la arena y mover los dedos.

Nada salió como estaba planeado o mejor dicho nada era como yo lo había puesto en este cuaderno. Marvin y Tolo dijeron que no lo estaban leyendo pero yo no les creí. De allí en adelante cada vez que me tocó salir de mi celda dejé el ala de la mariposa en un lugar donde era fácil moverla y casi todas las veces la encontré movida.

El mero plan era diferente. La escultura de Joaquín nunca salió del apartamento de Yolanda y ni siquiera sé si ella todavía la tiene. El gringo Harry a saber dónde está.

Los cuatro mil dólares que le di a Teta de Vaca salieron de cambiar los recibos y pagarés que tenía en mi gaveta, más otros que falsificamos; quinientos dólares que puso mi papá de sus ahorros y lo de una colecta que se hizo entre los vecinos del multifamiliar.

Yolanda sí tuvo que llegar a la tienda de doña Chona porque de otra forma Teta de Vaca habría sospechado. Le pidió al Pepino que la acompañara y el patojo calentón no se pudo negar. Teta de Vaca y el Peluca me llevaron en la cabina del *pick up* con el mismo cuento de las almorranas y Teta de Vaca todavía tuvo el descaro de parar frente a uno de los prostíbulos, preguntar por una de las chavas y ponerse a platicar con ella, de seguro haciendo planes para ir a gastarse con ella mi dinero.

Teta de Vaca y el Peluca se bajaron como que si nada al llegar a la enfermería. Cerraron las puertas de adelante con llave y fueron atrás a sacar a los demás presos. Regresaron, se metieron a la cabina, Teta de Vaca manejó a la esquina y dobló hacia la tienda de doña Chona y en cuanto perdimos de vista la enfermería paró el *pick up*. Los dos matreros se miraron y sonrieron.

—Vos Peluca, ¿creés que sea un buen negocio cambiar a este cerote por tres mil dólares?

—¡Putá! Por cien pesos lo daría yo.

—Entonces empacámelo para regalo por vida tuya—. Se rieron. Peluca sacó un lazo de debajo del asiento y me amarró las manos detrás de la espalda.

—¿Querés que le ponga una su moña también?

—Nah, está bien así. No te pensás escapar, ¿verdad vos? Con las manos amarradas no va a poder correr. Rápido lo alcanzo y allí sí se lo llevó la gran puta.

Teta de Vaca salió de la cabina y me hizo el gesto de que saliera yo también. Caminamos hasta el parqucito frente a la tienda de doña Chona y cruzamos la acera; para ser tan temprano tenía gente adentro, se oían las voces de un hombre y una mujer. Teta de Vaca arrugó el entrecejo, miró para un lado como arrepintiéndose, se decidió y asomó la cabeza al interior, manteniéndome a rienda corta.

—¡Señor agente por favor ayúdenos, que nos quiere robar!

La voz de Yolanda me hizo estremecer del susto. Teta de Vaca me entró de un jalón a la tienda y me empujó contra la pared junto al mostrador.

—¡Quedate allí!—Me dijo y al grupito—: A ver ¿qué está pasando aquí? Yo soy autoridad, ¡díganme qué está pasando!

Yolanda tenía un puñado de dólares en una mano y con la otra cubría varios billetes esparramados sobre la mesa. Pe-

pino prensaba con sus dos manos una bolsa de tela típica de mujer y Simón sostenía a Pepino del pescuezo.

Yolanda me sonrió con la mirada. Volteé a ver; detrás del mostrador, doña Chona miraba la escena con los brazos cruzados y una expresión imparcial, como acostumbrada a que en su tienda pasaran cosas más raras.

—¿Quién es usted, señorita?

—Señor agente, mi amigo y yo estábamos aquí contando un dinero cuando entró este señor y nos lo quiso robar. ¡Qué bueno que a tiempo vino usted!

—¿Y usted quién es, compa?

—Simón Rodríguez, ex agente de la policía secreta.

—¿Y qué estaba usted tratando de hacerle a la señorita, señor ex agente?

—Es que la encontré tratando de vender una pieza arqueológica robada al Museo de Bellas Artes con la ayuda de este sinvergüenza y estoy haciendo un arresto ciudadano.

—¡Mentira! ¿Qué pieza arqueológica? ¿De qué locuras está hablando usted, viejo cerote?

—De la que está dentro de esta bolsa, patojo cabrón. ¡Dá-sela al agente!

Con cara de burla, Pepino abrió el zíper de la bolsa y se la enseñó a Teta de Vaca. Alcancé a ver un bulto de trapos amarrado con un cincho.

—Ropa, para el Bernal aquí.

—¿Y ese dinero?

Yolanda me lanzó una mirada y yo asentí. Ella juntó lo que había sobre la mesa con lo que tenía en la mano, más otro puñado que sacó de su bolsa. Lo emparejó todo como si fuera un naipe y se lo entregó a Teta de Vaca. Éste me lanzó una mirada y se metió los billetes en la bolsa del pantalón. Moviendo la cabeza, Simón dio un paso hacia la puerta.

—¿A dónde cree que va, usted? Queda detenido por tratar de hurtarle el dinero a la señorita.

Teta de Vaca puso la mano sobre la cache de su revólver viejo y Simón se paró en seco. Yo me escondí detrás del mostrador y le dije a doña Chona en voz baja que por favor fuera a traer un cuchillo. Ella entró a la cocina y salió con uno largo y reluciente. Me volteé, le presenté mis manos amarradas y ella como quien le quita las hojas a una zanahoria cortó el lazo. Le di una palmadita en el hombro y corrí a la puerta mientras Teta de Vaca contaba su dinero, pronunciando los números en voz baja. Lanzándole a Yolanda una mirada de agradecimiento y sin detenerme a recoger el bulto de ropa que ella con tanta gentileza me había traído, salí de la tienda de doña Chona a toda la velocidad que mis piernas envaradas me permitían.

Atravesé el parquecito, llegué al muelle y seguí por todo el malecón hasta donde empiezan las piedras que usaron para amurallar la playa. Mi corazón dio un tumbo cuando vi la tiburonera blanca de borda azul balanceándose a pocos metros de la orilla y a Manfredo en la popa, con su mano sobre el maneral. En la proa Ambrosio se sostenía con las dos manos de un hierro ensartado en el concreto. La bahía estaba tranquila y sedosa.

—¡Hey!

—¡Hey Bernal!—Ambrosio me dio la mano y yo me subí a la lancha.

—¿Por qué tardaste tanto?

—¡Hola Manfredo! Es que el chofer se paró a hablar con una puta.

—¡Apurate pues!

Arrancó el motor de un pitazo y metió retroceso al tiempo que Ambrosio separó la lancha del muelle de un gran empujón. Manfredo me tiró una gorra con el logotipo de la

compañía turística del Estado, dio marcha adelante y nos encaminamos al centro de la bahía. Había una patrullera anclada y sobre la cubierta un alférez nos miraba, pero no era el que se había vuelto mi hermano de leche. Manfredo levantó la mano y el alférez le respondió con un saludo nazi. Luego le dio toda la gasolina al motor y a los pocos minutos la lancha se mecía con el lento bamboleo del mar abierto.

Lo de la venta de la salamandra era paja. Me sirvió para convencer a Teta de Vaca y al Peluca de que podía conseguir todo el dinero. Desde el principio el plan era usar mis recibos y pagarés hasta donde alcanzaran, hacer una colecta entre los vecinos y ajustar con lo que Ambrosio y Manfredo me pudieran prestar. Suerte que a tiempo regresaron mis viejos y pusieron lo que hacía falta.

Ambrosio le iba a entregar todo el dinero a Yolanda y explicarle el plan. También le iba a pedir que encontrara quién la acompañara y el Pepino cayó de su peso porque ahora se siente con el campo libre. Lo de la motoneta de Damaris también era paja. Desde el principio acordamos que mis amigos me iban a estar esperando desde las nueve, donde termina el malecón y empiezan las piedras. Todo esto lo coordinamos a través de las señales luminosas.

Ambrosio se pensaba regresar con Manfredo, pero decidió quedarse unos días. Dice que esta isla le va a servir para ambientar mejor la novela que está escribiendo. A mí su compañía me hace sentir bien y me está ayudando a ponerme al día de todo lo que pasó durante mi encarcelamiento.

La noche antes de que Manfredo se fuera le escribí una carta a Marlene. En ella le reitero mis simpatías y le ofrezco cualquier apoyo que le pueda dar a través de mis amigos. También le repito que pensar en ella durante mi estadía en la cárcel me ayudó a tolerar las peores soledades. Risa le va a dar

y ni siquiera me va a contestar, pero el peor tiro es el que no se hace y una pequeña atención nunca cae mal.

Ayer conocimos a una chava danesa que se llama Rita. Nos la encontramos en la playa, le sacamos plástica, nos metimos al mar y quedamos de volvernos a juntar. Es alta y delgada y camina como si estuviera entrando a un escenario de ballet, con un bamboneo tan gracioso que me dan ganas de ponerme en cuatro patas y correr detrás de ella por toda la arena. Luego me río de mí mismo y de las cosas que se me ocurren.

Obvio que la presencia de Yolanda iba a encandilar a Teta de Vaca y facilitar las cosas. Lo que no sabía era que Simón también se iba a aparecer. Con seguridad ya tenía tiempo de estar controlando las idas y venidas de Ambrosio; la vio salir con la gran bolsa acompañada de Pepino y decidió seguirlos creyendo que era la escultura de Joaquín. Habiéndola ya ofrecido a varias gentes en la vecindad y en el puerto, más de alguno lo habrá puesto sobre aviso.

Cuando a Yolanda le tocó incriminar a Simón lo hizo con tanto aplomo que hasta yo me lo creí, no digamos Teta de Vaca, quien no podía quitar los ojos de su escote. Ni le importó que yo me fuera mientras contaba su dinero, sintiendo que la tenía a ella como rehén y que de una forma u otra se iba a emparejar.

Teresa todavía tenía algunos blocks de recibos y pagarés que no nos había entregado. Le pedimos a Manfredo que se los llevara al señor que por dos pesos le hace la firma a cualquiera y falsificamos el equivalente a mil dólares. Con toda la cambiadera la tasa de cambio se ha venido para abajo y sólo logramos conseguir ochocientos, pero con la colecta y lo que puso mi viejo ajustamos los cuatro mil.

Lo que sí resultó ganancia fue que se llevaran preso a Simón. Teta de Vaca y el Peluca van a encontrar la forma de

hacerlo responsable de mi fuga, ofreciéndolo a las autoridades como chivo expiatorio. Aunque sólo pase un día en la cárcel y lo suelten gracias a sus antiguos conectes, más que merecido se lo tiene.

Cuando llegamos a la mera punta Dary, cabal donde hay una playita llena de basura, Manfredo viró a la izquierda y enfiló hacia el norte franco. Una hora después estábamos llegando a los cayos Culebra. Todo el camino Ambrosio me iba preguntando cosas de la cárcel, pero el ruido del motor no nos dejaba oír. Igual nos daba gusto irnos comunicando aunque no nos entenderíamos nada, como dos chuchos que ladran en mitad de la noche contestándose uno a otro, haciéndose compañía.

Manfredo encalló la tiburonera en la playa del islote más grande. Sacamos unas gaseosas de la hielera y nos comimos unos panes con chile relleno. Mientras conversábamos yo me sentía raro con tanta libertad, sentados frente a un mar tan azul que parecía que al sacar una guacalada con las manos el agua se iba a seguir viendo igual color turquesa. El cielo estaba despejado y no había moros en la costa, pero yo todavía sentía el cuerpo intoxicado por la adrenalina de la huída.

Al terminar de comer seguimos hacia Ricura, unos siete o diez grados al oeste. Era cerca de medio día y las olas ya se habían agigantado, pero no lo suficiente como para dificultar el avance de la lancha de Manfredo, que tiene 30 pies. Llegamos pasada la una y nos metimos por un canal, a cuya orilla iban a dar los muelles de varios hoteles.

Manfredo atracó en uno de ellos y caminamos al hotel, que quedaba al final de un andén de unos doscientos metros. Nos dieron un cuarto sobre la playa. Manfredo me compró una calzoneta en la boutique del hotel y pasamos la tarde metidos en el agua, comentando mi encarcelamiento, el paradero de nuestros amigos y nuestra reciente aventura.

Reinaldo logró irse para España. Ahora está viviendo en Barcelona y tocando con su grupo de amigos imitación Gypsy Kings. El Negro agarró por toda la costa de México hasta Veracruz, cruzó el Golfo en un camaronero y ahora está viviendo en Tampa. Hugo Matías compró una moto en Chetumal, atravesó México y entró a los Estados Unidos por El Paso, con pasaporte y visa falsificados; está viviendo en Silicón Valley con su mujer y su hijita.

La tarde en que me agarraron mis tres socios habían logrado salir huyendo en una lancha inflable de la marina piloteada por el ayudante del alférez, quien a última hora se había zafado, a pesar de constar su nombre en el zarpe. Se fueron a esconder cabal al islote que queda en la desembocadura del río Chahal. Habría habido espacio para mí y dice Manfredo que me llamaron varias veces, pero que mi celular no contestó y que ellos no tenían un solo minuto qué perder. Manfredo y Ambrosio no habían querido contarme nada de esto para no comprometerme ni comprometerse ellos, pues bajo tortura lo que uno no sabe se lo inventa.

El ayudante del alférez los fue a dejar y se regresó al puerto. Mis socios pasaron la noche en el islote bajo unos grandes vergazos de agua, tapándose nada más con un pedazo de nailon. Manfredo llegó de madrugada al día siguiente y los fue a dejar a Punta Gruesa. Claro que ahora todo esto nos daba risa, con el agua hasta la cintura, los pies en la arena y una cerveza Wiliken bien fría en la mano.

En la noche fuimos a cenar a una pizzería y después a oír reggae en una discoteca de negros. Por ser jueves todo estaba tranquilo, pero de todas maneras nosotros sólo queríamos platicar, comer y tomar algo antes de irnos a dormir. Al día siguiente hicimos café instantáneo en la habitación, pagamos el hotel, fuimos a llenar los tanques a la gasolinera y nos vi-

nimos para acá, para South Water Key, donde hay un centro de extensión de la universidad de Walís dedicado a la oceanografía y a la biología marina asociado con un instituto gringo. Manfredo conoce a los instructores y les dijo que Ambrosio y yo nos vamos a quedar buscando lugares para que los turistas que él traiga puedan hacer snorkel y ver langostas y peces de colores. Alquilamos una cabañita sin luz, pero con agua, sin refrigeradora, pero con una hielera grande y una estufa a gas. Queda a cien metros del mar, por un sendero de arena bordeado de grama que pasa entre ranchos de los que salen riachuelos con olor a mierda.

Todas las mañanas, Ambrosio y yo caminamos en una dirección o la otra y nos metemos al mar con las caretas y snorkel que Manfredo nos dejó. Los del centro universitario nos regalaron un mapita y ahí vamos marcando los lugares donde los turistas podrían meterse a ver las antenas de las langostas escondidas entre las piedras, los peces negros, rojos y amarillos y alguno que otro tiburón pequeño. De tanto caminar y nadar, regresamos a la cabaña cansados y contentos. Los negros nos traen a vender pescado o langosta y los cocinamos fritos o a las brasas. También nos consiguen cervezas, pan, malanga y algunas conservas y a veces nos ofrecen monte o coca.

El centro universitario está bajo supervisión gringa y el uso de drogas muy controlado. A mí tampoco me gustaría meterme en problemas y llegar a conocer las cárceles Wali-señas sólo por una pendejada de éstas. De todas maneras, con todas las emociones y el cansancio del día, si mucho se me antoja un par de cervezas o un par de tragos de ron con coco antes de cenar. A veces, pero muy de vez en cuando, me esnifo<sup>11</sup> un pascito. El sol, el mar y el ejercicio se han vuelto nuestras drogas naturales.

---

<sup>11</sup> Anglicismo de *snif*, en este contexto significa inhalar cocaína (N. del ed.).

Ambrosio y yo nos mantenemos en shorts, sandalias de hule y camisetas sin mangas. Tenemos pantalones y camisas para ir al pueblo, pero si mucho vamos cada tres o cuatro días. Comemos de lo más sano, aunque también de lo más sencillo. Por las noches vamos a ver televisión a donde un negro que se llama Winston junto con su esposa, su suegra, su hermano, sus hijos, sus sobrinos, las visitas, un gato, un pato y un chuchó. Su rancho también huele a mierda por tener los desagües a flor de tierra, pero igual nos distraemos viendo la televisión gringa.

Regresó Manfredo y nos trajo ropa, frijoles volteados en lata, champurradas, tamales y el verdadero pan francés. ¡También una nota de Marlene en la que agradece mi carta, se alegra de que todo nos haya salido bien y me desea suerte en mi reciente libertad! Me dice que dichoso yo, por estar viviendo en una isla, porque a ella se le está haciendo difícil vivir en el puerto sin Ricardo. No me cabe el corazón de la alegría, pero también me doy cuenta de que estamos a trescientas millas náuticas de distancia, que de momento no pienso volver y que aunque volviera no tengo nada que ofrecerle.

No pienso volver, no por miedo a que me agarren, sino porque ya no quiero vivir en un país donde con tal de existir debo convertirme en un criminal. Tampoco es que me haya vuelto moralista, sino que después del tiempo que perdí encerrado en esa celda no quiero perder un minuto más complotando, engañando y haciendo cosas a escondidas de la gente y fuera de la ley, aunque sea una ley pura mierda. Cepillo demostró que todo su programa socialista era una cortina de humo para acumular dinero y poder, quitando del camino a quien se le atravesara y obligando a los demás a vivir vidas truncadas.

Tampoco satanizo a Cepillo porque como dije antes si uno no cree en Dios tampoco puede creer en el Diablo. Cualquier otro en su lugar habría hecho lo mismo. Los sistemas políticos, socialistas o capitalistas, están basados en el poder y el poder corrompe, a menos que uno sea un santo y para los ateos los santos son la excepción y no la regla. Ya con poder cualquiera se vuelve codicioso y goloso, los que quieren componer el mundo deberían saberlo.

Estar preso tantos meses me ha hecho valorar la libertad. Ahora me doy cuenta de que mis deseos mórbidos por Damaris eran producto de mi encarcelamiento mental, de mantenerme preso en una personalidad adulterada que me había inventado para sobrevivir al régimen de Cepillo sin volverme loco. La libertad física me ha devuelto la libertad mental. Pensar en Damaris todavía me para la verga pero pensar en Marlene, por ejemplo, me para todo el ser.

Tampoco debo idealizar a Marlene. Dejando a un lado todos sus atractivos me doy cuenta de que su perfección consiste en que me figuro que estando con ella yo sería lo máximo. Eso quiere decir que estoy enamorado de lo que yo puedo ser, pero lo que uno es depende sólo de uno mismo. La cárcel me volvió filósofo.

Yolanda le pidió a Nicolasa que nos mandara la guitarra del Negro. Esto va a alegrarnos las noches y a rescatarnos de la esclavitud de la televisión gringa. La buena de Nicolasa también nos mandó un fajo de CD grabados por el Negro con todo tipo de música, pero no tenemos cómo tocarlos.

El Pepino ha andado como chucho detrás de Yolanda y por eso ella se aprovechó para pedirle que la acompañara a entregar el dinero. Al salir del multifamiliar vieron a Simón, pero no se dieron cuenta de que los había seguido; como que el muy cabrón todavía conserva su sigilo de oreja. Un día an-

tes Yolanda había ido a mi apartamento, le había pedido a mi mamá un poco de ropa y me la traía en la bolsa típica y eso fue lo que lo hizo sospechar.

Se acababan de sentar a la mesa cuando Pepino le pidió que le invitara un pan y un café diciendo que todavía no había desayunado. Yolanda le dijo que se olvidara, que no tenía dinero ni tampoco tiempo y el Pepino le dijo que cómo no, si andaba con cuatro mil dólares entre la bolsa y que por lo visto yo venía atrasado. Esto hizo que a Yolanda se le ocurriera contar el dinero porque cuando Ambrosio se lo entregó ella sólo lo había metido entre su cartera. En aquellos momentos la tienda estaba vacía.

Contó mil dólares y los puso sobre la mesa. Hizo otro fajo igual y se lo puso a la par. Haciendo el tercero estaba cuando entró Simón y le preguntó qué estaba haciendo en ese lugar a esas horas. Ella no le quiso dar ninguna explicación y entonces él la acusó de estar transando la escultura de Joaquín. Yolanda le dijo que estaba loco y el Pepino se burló de él por andar inventando babosadas. Simón exigió registrar la bolsa, ella le dijo que no tenía ningún derecho y en esas estaban cuando entramos Teta de Vaca y yo.

Mientras yo corría y Teta de Vaca contaba su dinero, Pepino aprovechó para irse a la verga él también, dejando a Yolanda abandonada a su suerte; pura mierda de su parte, pero al fin y al cabo es todavía un patojo y era el menos involucrado. Teta de Vaca confirmó que el dinero estaba completo y verificó que en la bolsa típica no había más que trapos viejos. Ya para entonces yo iba corriendo por el malecón a toda la velocidad que mis piernas tiesas me permitían.

Con mucha cortesía, según Yolanda, Teta de Vaca le pidió a doña Chona los pedazos del lazo con que me habían amarrado y con ellos amarró a Simón. Con la misma cortesía, le

preguntó a Yolanda su nombre y apellidos y dónde la podría localizar, por si tuvieran que llamarla a declarar en el caso de Simón. Yolanda se siente segura y no conoce el miedo, así que no tuvo ningún empacho en darle toda la información. Teta de Vaca se despidió de doña Chona y salió caminando por la puerta con sus cuatro mil dólares entre la bolsa, remolcando a Simón como si fuera un buey mal cabestro.

Han pasado tres semanas y Simón no ha salido de la cárcel todavía. Me imagino al mismo par de invertidos aplicándole sus estúpidas torturas. No me cabe la menor duda de que Simón ha estado cantando como un pajarito, pero de nada le va a servir porque todo lo que valía la pena contar del multifamiliar Costa Alegre II ya los carceleros lo leyeron en las páginas de este cuaderno.



Ambrosio se regresó con Manfredo dejándome los números en los que los puedo localizar y la guitarra del Negro. Tocando y cantando, me entretengo al final de la tarde y en las noches, cuando no tengo ganas de ver televisión gringa. Rita también se regresó a Dinamarca. Tuvimos una cena de despedida en la pizzería y también me dejó su dirección y teléfono, pero no creo en los amores turísticos.

Hay noches en que me voy a sentar a la playa a oír el palmeteo de las olas sobre la arena y a ver las estrellas. Cuando apagan la planta la Vía Láctea parece un chorro de azúcar regado sobre el fondo de una gran jícara negra. Mi vista se pierde a lado y lado, arriba y al frente. A veces me quedo viendo en medio de dos estrellas hasta que logro distinguir otra.

Si uno viera el Sol desde esas distancias lo vería también como una estrella, como un puntito de luz nada más y ni se le ocurriría que hubiera planetas dando vueltas a su alrededor y menos que en uno de ellos hubiera mares, plantas y animales, mucho menos que un cuate estuviera sentado en una playa, abriendo la boca y viendo hacia arriba. En noches así me siento suertudo de poder respirar, de poder darme cuenta de las cosas y hasta de pensar babosadas. Más temprano que tarde todos vamos a parar al otro potrero y mientras tanto hay que agradecer estar vivos.

Me di cuenta de que la libertad financiera no es suficiente cuando estábamos en la cima del éxito del negocio de los celulares pirateados. Después, cuando estuve preso, me mo-

ría por recuperar mi libertad física pensando que con eso me bastaría para alcanzar la felicidad. Ahora, viendo las cosas con claridad, la época más feliz de mi vida fue cuando compartíamos esperanzas y sueños al compás de la música del Negro, disfrutando la comida sencilla de nuestras amigas y con una botella de ron Tata Kiao dando la vuelta al ruedo. Compartir así es celebrar estar vivos aunque en el momento uno no se dé cuenta, es algo que no tiene precio ni comparación.

Si Hugo Matías, el Negro, Reinaldo y yo algún día regresáramos, hackearíamos otra vez el sistema telefónico y también el de televisión satelital. Levantaríamos otra vez el negocio de los celulares y lanzaríamos uno de televisión inalámbrica. Retomaríamos la impresión de pagarés para usarlos como dinero y terminaríamos creando un país dentro de otro, pero esta vez no seríamos tan mulas. Nos cuidaríamos de que no se nos subieran los humos, no dejaríamos que nadie se quedara atrás, ni les estaríamos restregando nuestro éxito a los demás para evitar que surgieran envidias, seguirla pasando bien y compartir nuestras esperanzas y penurias. La vida es talacha, interrumpida por momentos de celebración.

Eso no va a suceder. Mi plan es conseguir pasaje para Ratán de aquí a un par de semanas porque en esas islas hablan español. Aquí Winston habla un poco y también algunos de los instructores del Centro, pero fuera de alguna que otra palabra el resto de la gente sólo habla inglés, mientras que allá yo podría conseguir trabajo en algo relacionado con mi profesión.

Si lo logro hasta podría invitar a Marlene a que llegue a conocer; que se tome unas vacaciones y salga unos días del puerto, por qué no. Se lo puedo plantear sin compromiso, como un viaje turístico nada más y si la logro convencer veríamos qué onda. No me hago ilusiones pero libertad significa también no quedarse con las ganas.

Según Manfredo, a Reinaldo le está yendo de maravilla con su grupo imitación Gypsy Kings. Aún así dice que extraña las reuniones frente a su apartamento, las chucherías de Justa, las atenciones de Teresa, las caderas de Yolanda, su preciada guitarra en manos del Negro, el ron barato y los amigos que tanto ninguneó antes de aprender a valorar su compañía, como les debe estar pasando a todos los ex vecinos del multifamiliar Costa Alegre II, incluyendo a los que se las daban de hombres de la calle y ahora les toca vivir con la tortura leve y agridulce de la nostalgia.

# DONDE COME UNO, COMEN DOS

de Eduardo Villagrán, se terminó de imprimir en septiembre de 2018 en los talleres de Litográfica Dorantes. El tiraje consta de 500 ejemplares. Coordinación editorial: Lucina Ayala López. Corrección de estilo: Edith Muciño Martínez. Formación: Elizabeth Vargas Albarrán y Ángel Esquivel López. Diseño de portada: Mayra Flores Mercado.

*Editora responsable:*

GABRIELA LARA



Fotografía: Pascale Wagner



**EDUARDO VILLAGRÁN.** Es guatemalteco. Maestro en Ciencias por la Universidad Cornell; trabajó como consultor independiente quince años y dirigió una organización dedicada a la electrificación rural. En los ochenta ganó dos veces el primer lugar en los Juegos Florales Hispanoamericanos de Quetzaltenango, en la rama cuento. En 1990 fundó el grupo literario La rial academia, con la cual publicó 120 artículos de comentario social y político en el diario de mayor circulación de Guatemala. A partir de 2000 se ha dedicado a escribir novelas y guiones cinematográficos. Tiene publicadas las novelas *En el camino andamos* (Guatemala: La rial academia, 1991), *Amadeo Brañas historiógrafo* (México: Editorial Praxis, 2009) y *La suerte legendaria de don Juan* (México: Editorial Praxis, 2012); en manuscrito: *El otro lado del silencio* y *Donde comen dos, comen tres*. Actualmente está trabajando en *Quinientos años no es nada*. Ha escrito dos guiones para largometrajes de ficción, *La macha* y *Amadeo*, esta última basada en la novela del mismo nombre.

**IMAGEN DE PORTADA:** TÍTULO: *Bernal dice* (acuarela y tinta, 50 x 35 cm).

**AUTOR:** Mauro Osorio (Guatemala, 1960). Artista visual autodidacto con trayectoria artística iniciada en 1980. Premiado en los principales eventos de arte en su país. Docente y comentarista de arte. Actualmente define su medio expresivo en la fotografía.

## DONDE COME UNO, COMEN DOS

El autor, a través de una voz narrativa sólida y cuyos decibeles se incrementan conforme la trama avanza, entrega un relato de una sola pieza, una aproximación a una parte de la vida social cuya oscuridad se clarifica al entender las razones íntimas de los personajes. La descomposición social como reto y como verbo encarnado que revisa una historia tan fresca que probablemente no haya llegado a los periódicos. Me parece que la intención tradicional de “contar una historia” permanece sobre todo a través de los giros dramáticos que intrigan al lector hasta el final.

*Jaime Mesa*

SDC

